
HARLEQUIN
Deseo™
SU MAYOR AMBICIÓN
EMILY McKAY



SU MAYOR AMBICIÓN

EMILY McKAY



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

N.º 1967 B - marzo 2014

Su mayor ambición

Título original: All He Really Needs

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-4402-5

Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo Uno

Griffin Cain sabía cómo hacerle el amor a una mujer.

No era la primera vez que Sydney Edwards pensaba eso. De hecho, ni siquiera era la primera vez que lo pensaba aquel día. Ah, las cosas que le hacía. Las cosas decadentes y pecaminosas que le hacía experimentar...

Pero ese era Griffin: decadente, pecaminoso, exquisito.

Y totalmente opuesto a ella. Incluso en aquel momento, cuatro meses después de que empezasen su clandestina relación, apenas podía creer las cosas que le hacía. Las cosas que ella dejaba que le hiciera. No, para ser justos, las cosas que le suplicaba que le hiciera.

Suplicar... ella, Sydney Edwards. La persona más responsable y conservadora que conocía.

Debía reconocer que era masilla entre sus manos. Una de las cuales, por cierto, estaba en aquel momento haciendo perezosos círculos sobre su cadera.

–Debería irme –murmuró, intentando apartarse.

–No –el sonido, ronco y posesivo, era más un gruñido que una palabra–. Aún no –dijo Griffin, tirando de ella.

–Ya llego tarde a la oficina –insistió Sydney. Pero ni ella misma se creía sus protestas. Y menos cuando Griffin enterró una mano entre sus piernas y ella arqueó la espalda automáticamente.

–No pasa nada porque llegues tarde –dijo él, mordiendo su hombro.

Habían hecho el amor dos veces esa noche y una por la mañana. Normalmente no se quedaba a dormir en su apartamento, de modo que a esas horas ya estaba en casa duchada y vestida. Y jamás llegaba tarde a trabajar.

Pero Griffin había vuelto de un viaje la noche anterior y la semana previa también había estado fuera. En resumen, últimamente viajaba demasiado para su gusto.

Aunque no lo necesitaba.

Aunque no lo echaba de menos.

Era solo que... en fin, le gustaba que la tocase. Y eso no era lo mismo que echarlo de menos.

Sydney sabía que su relación era extraña, antinatural incluso. Pasaban muy poco tiempo fuera de la cama y empezaba a pensar que se había vuelto adicta a sus caricias... si ella fuese la clase de persona dada a tales debilidades.

Pero tenía veintisiete años. Era joven y sería extraño no sentirse atraída por un hombre como Griffin. No le preocupaba encariñarse con él. Después de todo, se trataba de Griffin Cain, un playboy encantador, el donjuán de la oficina, el heredero de un tercio de la fortuna de Hollister Cain. En resumen, un hombre que no era para ella.

De modo que no le preocupaba haber saltado de la cama la noche anterior, en cuanto recibió un mensaje de Griffin diciendo que acababa de aterrizar en Houston. Era

muy tarde, por eso se había quedado a dormir allí. Nadie quería volver a casa a las tres de la mañana.

Ni siquiera le preocupaba no estar angustiada porque iba a llegar tarde a la oficina, pero no iba a decírselo.

–Tú puedes llegar tarde a trabajar porque eres Griffin Cain. Tu familia es la propietaria de la empresa y la gente te lo perdona todo.

–Y acabo de llegar de Noruega.

–¿No era Suecia? ¿O era Oriente Medio?

Griffin no lo recordaba. Siempre estaba yendo a algún sitio exótico o volviendo de otro y los destino se mezclaban.

–Tu jefe no irá a la oficina esta mañana –murmuró mientras la acariciaba entre las piernas, haciéndola temblar de arriba abajo.

Debería ser más fuerte, debería tener fuerza de voluntad, pensó Sydney, pero no era así. Además, no pasaba nada por hacerlo una vez más.

El calor de su erección acarició los pliegues de su feminidad. Estaba tan cerca... solo tenía que levantar las caderas para acomodarlo por detrás. Griffin la tomaría rápidamente. Un empujón y los dos tendrían lo que querían.

Sydney arqueó la espalda, dispuesta a entregarse al deseo, pero Griffin la tumbó de espaldas, sujetando sus manos sobre la cabeza con una de las suyas y acariciándola con la otra, haciendo que se arquease y gimiese de gozo.

–Abre los ojos –a pesar del suave tono de voz, aquello era una orden.

Ella mantuvo los ojos cerrados, deseando que siguiese acariciándola, que la llevase al abismo.

Pero Griffin se detuvo. Sabiendo que estaba haciéndola esperar hasta que le diese lo que quería, Sydney clavó los talones en el colchón y levantó las caderas.

–Abre los ojos –repitió él.

Por fin, tuvo que hacerlo. El deseo la hacía sentir lánguida y débil y su protesta sonó como un gemido de satisfacción.

Griffin se inclinó sobre ella, su sonrisa normalmente relajada convertida en una mueca. También a él le costaba. Estaba torturándolo y eso la hizo sonreír.

Recibió sus embestidas con los ojos clavados en los suyos hasta que sintió que él perdía el control. Solo entonces cerró los ojos. Solo entonces dejó que el orgasmo la hiciese perder la cabeza.

Griffin cayó sobre ella, pero la sensación era agradable. Se sentía satisfecha. No solo su cuerpo sino su orgullo. Podía necesitarlo, pero él la necesitaba del mismo modo.

Cuando tiró de ella, Sydney no se resistió. Tenía razón: su jefe, Dalton Cain, no iría a la oficina esa mañana. No tenía nada en la agenda para aquel día, ni reuniones, ni conferencias. Por una vez, nadie la echaría de menos.

Aunque llegaba tarde a trabajar, aunque tenía que ducharse y desayunar, cerró los ojos y durmió un rato más. En parte porque estaba agotada, en parte porque saber que Dalton no iría a la oficina le daba cierta sensación de tranquilidad.

Griffin también estaba agotado. No debería tener energía para seguir deseando a Sydney, pero así era.

Y, a pesar de la fatiga, no podía dormir. Seguía en la hora de Noruega... ¿o era Suecia? Había viajado tanto recientemente que apenas sabía dónde había estado el día anterior.

De modo que hizo lo que hacía siempre que no podía dormir: encendió la televisión y se sirvió un cuenco de cereales. Estaba a punto de empezar a comer cuando sonó el timbre.

Sorprendido, abrió la puerta y se encontró a su hermano, Dalton, en el descansillo. Dalton, que normalmente parecía recién salido de un catálogo de trajes de chaqueta, llevaba una camiseta y un pantalón vaquero. ¿Vaqueros, Dalton? Griffin ni siquiera sabía que los tuviese en el armario, pero allí estaban. El pobre parecía hecho polvo, como si alguien le hubiera dado una paliza.

–Parece que te has levantado muy temprano.

Dalton miró el pantalón de pijama que se había puesto cinco minutos antes.

–No me he levantado temprano, son casi las doce.

Las doce y Sydney seguía en la habitación...

Dalton no sabía que se acostaba con su secretaria. No creía que le importase, ¿pero qué demonios sabía él?

Griffin miró el reloj e hizo una mueca.

–Son las once y llegué anoche de Oriente Medio. ¿O era Noruega? ¿O Suecia?

Como él no recordaba de dónde había vuelto, esperaba que Dalton tampoco lo recordase. Sabía que había estado en el norte de Europa antes de ir a Yemen, un día en cada sitio. Y luego se había tomado un largo fin de semana para ir a Rwanda.

Nadie en la compañía Cain lo sabía, pero para él había sido la parte más importante del viaje porque estaba secretamente involucrado con una organización no gubernamental llamada Hope2O, cuyo objetivo era construir pozos de agua en Rwanda.

Viajaba por todo el mundo por su trabajo, pero nadie en la Compañía Cain sabía nada de Hope2O. Los Cain donaban grandes cantidades de dinero a asociaciones o proyectos benéficos, pero nadie de la familia se ponía en contacto director con la pobreza, dejándole el trabajo sucio a otros. Para los Cain, la compasión era una debilidad y Griffin no quería que nadie de su familia, ni siquiera Dalton, supiera lo «débil» que era.

–¿Quieres comer algo?

–No, gracias –Dalton cerró la puerta.

–¿Quieres un café?

–Sí, por favor.

La cocina estaba abierta al salón, con una encimera de granito negro y armarios de roble. Su empleada mantenía la nevera llena con lo esencial: café, cereales, leche, embutidos y pan. No necesitaba nada más.

Griffin pulsó el botón de la máquina de café expreso y dejó que hiciera su magia mientras observaba a Dalton, que tenía los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre

las manos. El pobre parecía derrotado y eso era algo que Griffin jamás hubiera creído posible.

Dalton había pasado toda su vida bailando al son que marcaba su padre, Hollister Cain, y hasta aquel día había pensado que no le importaba. En cambio Cooper, el hijo ilegítimo de Hollister, apenas tenía nada que ver con la familia.

Él no se doblegaba ante todos los caprichos de Hollister, pero había tenido aceptar un trabajo en la Compañía Cain, un conglomerado de petróleo, negocios inmobiliarios, construcción, desarrollo e inversión que operaba sobre todo en Estados Unidos. Su puesto como director del departamento de Relaciones Internacionales, que su padre había creado exclusivamente para él, era muy cómodo, sin ningún estrés. A Hollister le gustaba controlarlo todo, incluyendo a sus hijos, y a Griffin le gustaba el cheque que recibía todos los meses. Ni una sola vez había envidiado la posición de Dalton como director ejecutivo de la compañía.

Dalton era el líder, Cooper el extraño y Griffin el tipo del que nadie esperaba mucho. Hasta unos días antes, todo el mundo estaba contento.

Pero la semana anterior, Hollister, que estaba prácticamente en su lecho de muerte, los había llamado a todos. Aparentemente, la noticia de su enfermedad había llegado al mundo exterior y una antigua amante le había escrito una carta anónima en la que decía que tenía una hija de la que no sabía nada. Y quería que muriese sin conocer a esa chica.

Pero eso era algo que Hollister no iba a aceptar, de modo que los había desafiado: el que encontrase a la heredera perdida heredaría la Compañía Cain. Si nadie la encontraba, todas sus posesiones pasarían a manos del Estado.

Griffin se había enfadado por ese burdo intento de manipulación, pero no estaba preocupado porque sabía que Dalton encontraría a la heredera. Él era quien más tenía que perder.

Pero, a juzgar por el aspecto de su hermano, la búsqueda no iba bien. Dalton había estado trabajando sin descanso para encontrarla...

Por primera vez desde que apareció en su puerta, Griffin pensó en lo que diría Sydney si supiera que su jefe estaba allí. Aunque llevaban cuatro meses juntos, ella no quería que nadie supiera nada.

Especialmente Dalton.

Y allí estaba, a punto de servirle un café, con Sydney en el dormitorio. Como si la máquina pudiese leer sus pensamientos, emitió un suave pitido para indicar que el café estaba hecho.

Griffin llevó la taza al salón y la dejó sobre la mesa.

–Bueno, ¿qué te trae a mi humilde morada a estas horas?

–Creo que la pregunta es por que tú no estás en la oficina.

–Oye, el jet lag es un asco –de repente, se le ocurrió que mientras Sydney no saliera del dormitorio no había razón para estar nervioso. Dalton no iba a entrar en el dormitorio...

En ese momento, oyeron el ruido de la ducha.

–Ah, ya veo –murmuró Dalton, sumando dos y dos y llegando a la lógica

conclusión.

Griffin miró la puerta del dormitorio y luego a su hermano. Aquel era el momento de la verdad.

Sydney era parca en todo salvo en el sexo, de modo que estaría en la ducha cinco minutos como máximo y otros dos minutos para vestirse... eso significaba que en minutos saldría del dormitorio con el pelo mojado y la ropa arrugada porque había pasado la noche en el suelo.

Podían pasar dos cosas, que a Dalton no le importase y Sydney se diera cuenta de que su relación no era un problema o que Dalton se enfadase al verla allí. Y eso significaría el final de su relación. No más entusiastas bienvenidas, no más sexo fabuloso. Y él no estaba dispuesto a renunciar a nada de eso.

Cuando vio que Dalton estaba mirándolo, Griffin se obligó a sí mismo a sonreír.

–Espera un momento. Voy a vestirme.

–Tómate el tiempo que quieras.

Una vez en el dormitorio, Griffin se cambió de ropa a toda prisa y tomó las llaves antes de entrar en el baño.

Sydney estaba en la ducha, el vapor distorsionando las curvas que normalmente escondía bajo una ropa siempre discreta. Sydney no solía mostrar su cuerpo, pero tampoco le importaba estar desnuda y a él le encantaba verla ducharse.

Desgraciadamente, en aquella ocasión no terminarían en la cama, pero apoyó un hombro en la pared para disfrutar de la sensualidad de sus movimientos y de sus suspiros mientras se lavaba el pelo. Poco después cerró el grifo y alargó una mano para tomar la toalla.

Mientras se secaba la cara se dio cuenta de que él estaba mirándola y esbozó una sonrisa.

–Sabes que tengo que ir a trabajar.

–Lo sé.

Habían dejado claro desde el principio que la suya solo era una relación sexual, nada más. Algo perfecto para él porque ese era el tipo de relación que le gustaba.

Sydney se inclinó para envolver su pelo rojizo con una toalla a modo de turbante, algo que solo las mujeres eran capaces de hacer, y luego se irguió, con el ceño fruncido.

–¿Qué ocurre?

Griffin dejó una llave sobre la encimera, al lado de su bolsa de aseo.

–Tengo que irme. Cierra con llave cuando salgas.

–Espera, no quiero quedarme aquí...

–No te preocupes. Me las devolverás la próxima vez que nos veamos. Quédate el tiempo que quieras –la interrumpió él–. Si te apetece desayunar, hay bollos y galletas en la cocina. O come cualquier otra cosa. Marcella siempre deja algo en la nevera.

–Pero...

–Mándame un mensaje esta noche para decir qué te apetece hacer.

Sydney lo tomó del brazo cuando iba a darse la vuelta.

–¿Se puede saber qué pasa?

–Dalton está aquí. Vamos a comer algo.

–¿Dalton, mi jefe?

Griffin sonrió, en parte esperando desarmarla, en parte porque su cara de susto era muy graciosa.

–¿Conoces a otro Dalton?

–¿Crees que ha venido porque sabe lo nuestro?

–No –respondió él–. Creo que ha venido porque está harto de buscar a esa heredera. Puede que sea tu jefe, pero también es mi hermano –Griffin se inclinó para darle un beso en los labios–. No te preocupes, no sabrá que estás aquí. Yo me encargaré de eso.

Y luego, porque era irresistible, apretó su trasero por encima de la toalla antes de salir del baño. Esperaba que la aparición de Dalton no la hubiera asustado tanto que no quisiera saber nada más de él.

Sydney dejó escapar un suspiro. ¿Qué demonios había querido decir con que él se encargaría de ello? ¿Iba a encargarse como se encargaba del poto que se moría en el salón de su casa? Griffin Cain no tenía ninguna responsabilidad aparte de mantener esa maldita planta y ni siquiera era capaz de hacerlo.

Sydney se quedó en la puerta, aguzando el oído. De repente, le parecía importante saber si su jefe estaba o no enfadado.

Lo cual era ridículo porque seguramente aquella visita no tenía nada que ver con ellos. Dalton tenía muchas preocupaciones en ese momento. Ella lo sabía mejor que nadie porque era una de las pocas personas a las que había contado lo de la heredera perdida. Durante la semana anterior le había pedido que le pasara su trabajo habitual a otra secretaria y dedicara su tiempo a esa extraña investigación.

Y era lógico que Dalton estuviese preocupado. Su medio de vida estaba en juego, toda la compañía estaba en juego. Su trabajo también.

De modo que era comprensible que quisiera hablar con Griffin.

Cuando oyó que cerraban la puerta del apartamento se vistió rápidamente y tomó su bolso, pero se detuvo con la mano en el picaporte.

La llave.

Sydney la miró un momento, como si no se atreviera a tocarla.

–No seas tan cobarde, solo es una llave.

La tomó a toda prisa y salió del apartamento para dirigirse al ascensor. Se la devolvería al día siguiente, pensó. La suya era una relación informal, basada en el sexo. Una relación en la que no se intercambiaban llaves.

Sí, eso era lo más sensato y ellos eran dos personas sensatas. Griffin incluso le había mostrado su último informe médico para demostrar que no tomaba drogas y estaba sano. Al principio le pareció un poco raro, como si estuviese mal tener esa información sobre alguien a quien apenas conocía, aun siendo alguien con quien se acostaba. Había descubierto que sus niveles de colesterol eran perfectos y que le habían puesto la inyección antitetánica en 2010 porque se había clavado un anzuelo mientras estaba de pesca...

Pero ella no quería saber nada sobre la inyección antitetánica como no quería saber el origen de la cicatriz que tenía en el cuello. Y tampoco quería la llave de su apartamento.

Y por eso, cuando llegó a su casa, se quedó sentada en el coche un momento, intentando llevar oxígeno a sus pulmones.

¿Qué estaba haciendo?

¿Cuándo iba a dejar de engañarse a sí misma?

Acostarse con Griffin era un error. Un gran error.

Cuando empezaron a acostarse juntos no le había parecido que lo fuese. De hecho, había sido más bien un accidente. Como cuando adoptó a su gato, Grommet. Se lo había encontrado empapado y medio muerto de hambre en la puerta de su casa y no pudo dejarlo allí. El veterinario le había recomendado que lo llevase a un refugio, pero tampoco pudo hacerlo. Y después de gastarse mil dólares en inyecciones para su alergia era la orgullosa propietaria del gato más feo del mundo.

Acostarse con Griffin había sido algo así.

En fin, no... Griffin no era patético, no estaba domesticado y no le producía alergia.

Pero cuando encontró a Grommet había pensado dejar que durmiera en su casa esa noche, nada más. Y eso era lo que se había dicho sobre Griffin: solo una noche.

El verano anterior, en medio de una ola de calor y después de romper con su prometido, Brady, se había acostado con Griffin Cain.

En realidad, no era culpa de Brady. Nueve meses antes de la boda, una fecha que habían tardado dos años en acordar, él había vuelto a ver a su novia del instituto y había roto su relación. Se había disculpado profusamente, ¿pero cómo podía ella sentir algo más que indignación al descubrir que su novio de seis años estaba enamorado de otra mujer? Tan enamorado que había dejado su trabajo y se había mudado al otro lado del país para estar con esa mujer cuando ni siquiera había querido compartir casa con ella.

Sydney había sentido el deseo de darle un puñetazo. Era la primera y última vez en sus veintisiete años de vida que había querido ser violenta con otro ser humano.

Pero no lo hizo. En lugar de eso, vació el cajón donde guardaba sus cosas y las metió en una caja. Ni siquiera se había tomado el día libre en la oficina y se decía a sí misma que estaba bien. Perfectamente.

Y había seguido estando bien hasta que encontró unas fotos en Facebook sobre la boda de Brady y su novia del instituto. Y entonces, de repente, ya no estaba bien. Treinta y seis horas después de que Brady se casara con otra mujer hizo lo impensable: se encontró con Griffin Cain en la cafetería de la oficina y le dio el número en su móvil. Sí, había estado flirteando con ella desde que Dalton la contrató, pero Griffin flirteaba con todo el mundo y ella jamás había soñado que sería una de sus conquistas.

Griffin era guapo y encantador. Con su pelo rubio despeinado y sus ojos azul mar parecía más un surfero californiano que un ejecutivo. Su sonrisa un poco torcida y los hoyitos en sus mejillas hacían que todas las mujeres de la oficina suspirasen por él.

Pero ella estaba segura de que podría resistirse a sus encantos, a pesar de las veces que iba al despacho de Dalton para charlar con ella o le llevaba un café haciéndole un

guiño. A pesar de todo, sabía que no iba a caer en la tentación porque Griffin trataba igual a todas las mujeres.

Ella detestaba esas tonterías y a la gente que usaba su aspecto físico para conseguir lo que quería, casi tanto como a los que lo conseguían gracias a su apellido. Griffin Cain tenía todo lo que ella despreciaba en el mundo laboral.

De todos los hombres que conocía, él era el que menos podría interesarle y por eso precisamente le resultó tan atractivo tras su ruptura con Brady. Estaba dolida y cuando se encontró con él en la cafetería, y Griffin se puso encantador, hizo lo impensable: decidió soltarse el pelo.

No sabía que necesitase soltarse el pelo, pero Griffin había hecho que quisiera hacerlo.

Había pensado pasar con él un fin de semana como máximo, pero el fin de semana se había convertido en una semana y la semana en un mes. Y luego en cuatro.

El breve encuentro sexual ya no era breve y la relación empezaba a complicarse. Una mera llamada hacía que saliera de su casa de madrugada, había llegado tarde a trabajar por su culpa y, además, tenía la llave de su apartamento.

Era hora de parar. Su relación con Griffin ya no era solo una relación sexual y estaba actuando como una adicta. Era hora de desengancharse.

Capítulo Dos

Griffin tomó un sorbo de café, mirando la carpeta que su hermano había dejado sobre la mesa. Lo había convencido para comer en un restaurante argentino próximo a su casa, pensando que iba a contarle algo de la oficina, pero Dalton acababa de soltar una bomba.

–¿Cómo que no quieres saber nada? –exclamó.

–Lo que he dicho –Dalton se echó hacia atrás en el asiento.

–¿No vas a seguir buscando?

–Eso es.

–¿Quieres que yo me haga cargo de la investigación? Tengo un viaje la semana que viene, pero...

Hollister esperaba que buscasen a la heredera por separado, pero no había dicho que no pudieran buscar juntos.

–Yo no voy a seguir buscando. No pienso seguir bailando al son que toca Hollister, se acabó.

–Muy bien, si quieres que me encargue de esto, lo haré. Ya sabes lo que pienso de los juegos de Hollister, pero te contaré lo que haya averiguado.

–Cuando digo que se acabó es que se acabó, no voy a seguir buscando a la heredera perdida. No quiero el premio de Hollister. Dejo mi puesto como director, te paso la antorcha a ti.

–¿A mí? –Griffin soltó la carpeta como si le quemara–. Yo no quiero la Compañía Cain.

–Yo tampoco.

–Claro que sí. Eso es lo que has querido durante toda tu vida. Todo...

–Sí, lo sé, todo lo que he hecho ha sido por la empresa. ¿Y qué he conseguido con eso? Nada. Así que esta mañana he presentado mi renuncia.

–¿Que te vas?

–He recomendado tu nombre al consejo de administración y, aunque no puedo garantizar que acepten, he hablado con Hewitt, Sands y Shchield y creo que ellos podrán convencer a los demás.

–¿Te marchas, de verdad?

–Ya te lo he dicho –Dalton miró su reloj.

–No puedes dejarlo todo así, de repente. La compañía te necesita, ahora más que nunca.

–Estoy de acuerdo, la Compañía Cain necesita un líder fuerte, pero tú también puedes ser ese líder.

Y ahí era donde Dalton se equivocaba.

Dalton había estado preparándose para ese puesto desde que era un niño. Él, sin

embargo, esperaba conseguir su herencia y apartarse del negocio.

–Aunque quisiera, yo no estoy preparado para dirigir la Compañía Cain.

–Mi secretaria sabe todo lo que se cuece en la oficina. Si hay algo que no entiendas, ella puede explicártelo. No te preocupes, Sydney es estupenda.

La impresión debía haberle afectado el esófago porque el trago de café fue directamente a sus pulmones, a punto de ahogarlo.

La ironía era increíble. Durante años, su trabajo en la compañía solo era un pasatiempo hasta que pudiera dedicarse a lo que le interesaba de verdad. Se había quedado solo para que Hollister no lo desheredase y, de repente, Dalton le encargaba la dirección de la empresa.

–¿Se puede saber qué ha pasado? ¿Y qué vas a hacer si no eres el jefe de la Compañía Cain?

–Voy a conquistar el corazón de la mujer de mi vida –respondió Dalton.

Muy bien, su hermano se había vuelto loco.

–¿Cómo has dicho? Déjalo, da igual. Yo sé quien es la culpable de esto: Laney.

–Sí, Laney.

Griffin murmuró una palabrota.

–¿Vas a dejarlo todo por una mujer?

–Laney no es solo...

–Sí, ya, Laney es encantadora, maravillosa. Siempre me ha caído bien e incluso de niños estaba claro que era alguien especial para ti. Me parece muy bien que quieras estar con ella, pero no tires por la borda todo aquello por lo que has trabajado durante toda tu vida.

Dalton lo miró entre irritado y divertido.

–Jamás pensé que diría esto, pero hablas como nuestro padre.

–Espero que no –Griffin dejó escapar un suspiro de frustración–. No es que no quiera que seas feliz, es que...

Él tenía demasiadas cosas en su plato en ese momento. El mes siguiente tenía programados dos viajes a Guatemala y uno a África. El proyecto de Rwanda estaba en un momento crucial. Durante su última visita había conseguido que un banco local apoyase el proyecto, pero si no volvía pronto tal vez todo se quedaría en nada. La verdad era que no tenía tiempo para ser el director de la Compañía Cain.

Griffin dejó su taza sobre la mesa, conteniendo el deseo de estrangular a su hermano.

–¿Se te ha ocurrido pensar que yo tengo cosas mejores que hacer?

Dalton lo miró en silencio durante casi un minuto y luego soltó una carcajada.

–Mejores cosas... qué gracioso.

Griffin apretó los dientes.

–Lo digo en serio. Ahora mismo estoy muy ocupado.

–Lo que tú haces en tu departamento puede hacerlo otra persona.

Sí, seguramente era verdad. Su trabajo en la empresa requería muy poco esfuerzo y

le gustaba que fuera así porque de ese modo tenía horas libres para trabajar en Hope2O. Y para el ocasional encuentro con alguna mujer guapa, como Sydney.

–No creo que de verdad quieras dejar tu puesto. Tú eres el líder de la empresa, el que va a encontrar a la heredera perdida.

Hasta ese momento, Griffin no había tenido la menor duda de que Dalton encontraría a la heredera y se quedaría con la compañía, pero él conocía a su hermano. Dalton era una persona honesta y dividiría la fortuna familiar entre los tres hermanos... o los cuatro. Pero si se iba, aquello sería un desastre.

Dalton sonrió.

–Es hora de que tú te conviertas en esa persona porque yo ya no lo soy.

El problema era que tampoco lo era Griffin, que desde niño había escondido su verdadera personalidad.

Él era, palabras textuales de Hollister, un «incauto con el corazón de oro». A los nueve años, que el padre al que adoraba como si fuera un dios lo despreciase de ese modo había sido el peor de los insultos. Y desde entonces había escondido quién era en realidad y qué le importaba: los que no tenían nada, los desamparados del Tercer Mundo.

Y seguiría escondiéndolo.

Hasta entonces lo único que había tenido que hacer era disimular, pero Dalton esperaba que se hiciese cargo de la empresa. Y tendría que encontrar a la heredera. Si controlaba la fortuna de su padre podría dedicarse a Hope2O o a cualquier otra organización que le interesase. En resumen, podría hacer lo que quisiera.

Cuando Sydney llegó a la oficina había conseguido calmarse un poco. Aquel día más que nunca quería impresionar a Dalton con su competencia y eficacia.

Si su experiencia con Brady le había enseñado algo era a depender de sí misma. En realidad, estaba sola en el mundo y no podía distraerse por un hombre.

Y menos con uno de los Cain.

Pasó toda la tarde frente al ordenador, respondiendo correos y copiando informes. La angustiaba saber que Dalton y Griffin estaban comiendo juntos, aunque no hablasen de ella. Era una mala señal, como un cometa en el cielo anunciando la llegada de un terrible desastre natural.

Las dos mitades de su mundo estaban a punto de colisionar y no sabía dónde resguardarse del impacto.

A las tres, cuando se abrió la puerta de la oficina, Sydney se levantó de la silla dispuesta a saludar a su jefe.

Pero no era Dalton sino Griffin y tuvo que luchar contra el absurdo deseo de salir corriendo. Había tres puertas en la oficina, una llevaba al despacho de Dalton, otra a la sala de juntas. Griffin bloqueaba la que daba al pasillo, pero podría salir por la sala de juntas. Eso sería una ridiculez, pero aquel hombre no debía ser parte de su vida laboral. Era una fantasía y las fantasías deberían tener la cortesía de no aparecer en el lugar de trabajo.

Como si supiera lo que estaba pensando, Griffin, que llevaba una carpeta en la mano, esbozó una sonrisa.

–Hola.

–Hola –Sydney hizo una mueca. «Hola» parecía demasiado informal en la oficina. Le recordaba cómo lo había saludado por la noche, cuando se echó en sus brazos–. Quiero decir buenas tardes. ¿Querías algo, Griffin?

–¿Has hablado con Dalton? –le preguntó él.

–No. ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

–No, bueno... ¿has abierto tu correo?

–Sí, claro, hace un par de horas –respondió Sydney, sorprendida.

–Pues entonces deberías abrirlo de nuevo.

Griffin estaba sonriendo, pero no era una sonrisa divertida sino más bien la del hombre que sabía los pocos botes salvavidas que había en el Titanic.

Sin decir una palabra, Sydney se acercó a su ordenador. Había diez mensajes nuevos y cuando abrió el de Dalton tuvo que leerlo dos veces. Y luego una tercera, para estar segura del todo.

–¿Que ha dejado su puesto? No puede ser, es absurdo. ¿Tú sabías que iba a hacerlo?

–No, acabo de enterarme.

–No puede renunciar a su puesto –repitió Sydney, atónita.

Naturalmente, Dalton podía hacer lo que quisiera. No estaba legalmente obligado a ser el director de la Compañía Cain, no era un prisionero. Pero Dalton Cain estaba completamente dedicado a la empresa. En los ocho meses que llevaba con él lo había visto trabajar de catorce a dieciocho horas diarias, fines de semana, vacaciones... la Compañía Cain era toda su vida.

–Espera un segundo, aquí dice que te recomienda a ti para el puesto de director interino.

–Sí, eso ha dicho.

–Y quiere que yo siga en mi puesto para que te enseñe cómo funciona la oficina.

–Me ha dicho que estoy en buenas manos.

–¿Te pone en mis manos? –exclamó Sydney.

Griffin sonrió.

–Una ironía, ¿verdad?

Ella se levantó, nerviosa.

–No es una ironía, es... –no se le ocurría un calificativo.

Impensable. Desastroso. Humillante.

–Oye, tranquila, no pasa nada.

–¿Que no pasa nada? Mi jefe, el director de la Compañía Cain, acaba de renunciar y me ha dejado a cargo de la empresa.

–Bueno, en realidad, me ha dejado a mí a cargo de la empresa.

–¿Ah, sí? ¿Y qué sabes tú del trabajo diario de esta oficina?

–No mucho porque...

–Exactamente. No sabes mucho porque tú siempre estás viajando de un país a otro para «hacer negocios».

Sydney se mordió los labios. Estaba siendo muy desagradable, pero no le gustaban los cambios repentinos y odiaba aquella sorpresa. Estaba estresada, asustada y lo pagaba con Griffin.

–Lo siento. Eso ha sido...

–¿Exagerado? –sugirió él.

–No debería haber dicho eso. Lo siento, es que me he asustado.

Griffin se acercó al escritorio.

–No te preocupes, todo saldrá bien.

–¿Cómo? Dalton ha dejado una empresa multimillonaria en manos de una persona que tiene un título en psicología y un playboy... no te ofendas.

–No me he ofendido.

–Ninguno de los dos está preparado para llevar la compañía –Sydney suspiró, mirando a Griffin. Mirándolo de verdad. Sí, pasaban mucho tiempo juntos... en la cama. Pero aquel día lo miraba de otra manera, como a un posible líder de la empresa.

Griffin había crecido rodeado de los privilegios de una familia millonaria. Era el segundo hijo de un hombre poderoso e influyente, pero ahí estaba el problema, el segundo hijo.

Sabía, por su trato con Dalton y por los cotilleos de la oficina, que la familia lo consideraba un perezoso. Dalton nunca lo había dicho en voz alta, por supuesto, pero todos sabían que Griffin tenía un trabajo inventado para él. La empresa le pagaba una fortuna por viajar y ser encantador.

Y, por primera vez, se preguntó si ese trabajo era lo que él quería.

–¿Tú quieres ser el director de la compañía?

Tal vez eso era lo que quería. Ellos nunca hablaban de trabajo, ni de la familia o de sus ambiciones personales. Tal vez siempre había querido ser el director...

–¿Yo, director de la Compañía Cain? No, nunca he querido serlo.

Sydney se mordió los labios.

–¿Entonces qué quieres hacer?

–Quiero encontrar a la heredera perdida. Si lo hago, todos los demás problemas desaparecerán –en sus ojos azules había un brillo de satisfacción que Sydney no estaba acostumbrada a ver fuera de la cama.

Y eso era bueno. Se alegraba de que algo le importase. Aunque solo fuera encontrar la manera de evitar las responsabilidad que le había caído encima.

–Tú sabes lo que va a pasar, ¿no? Tu padre se ha acostado con docenas de mujeres, cientos tal vez. Y por todo el mundo. Tu hermanastra podría estar en cualquier sitio.

–Mi padre suele ser cuidadoso con los métodos anticonceptivos y quiero pensar que la mujer a la que dejó embarazada era alguien con quien mantenía una relación...

–Espera un momento. ¿Cómo sabes que tu padre usaba métodos anticonceptivos? –le preguntó Sydney.

–¿De dónde crees que he sacado yo esa paranoia? –Griffin esbozó una sonrisa–. Me lo metió en la cabeza desde que era un crío.

–Tienes un hermano ilegítimo, así que está claro que dejó embarazada a otra mujer aparte de tu madre.

–Porque mantuvo una relación con la madre de Cooper y debió olvidar las precauciones. Pero eso significa...

–¿Que en lugar de cientos podemos reducir el número a sesenta o setenta? –preguntó Sydney, irónica.

–Más bien quince o veinte. El viejo canalla es muy cauto –la voz de Griffin no contenía emoción, pero Sydney se compadeció de él por tener un padre así.

Ella era la huérfana, la que había crecido sin nada, pasando de una casa de acogida a otra mientras Griffin Cain era el chico de oro, el hijo de un multimillonario. Entonces, ¿por qué sentía compasión?

–Quieres encontrar a tu hermana. ¿Y luego qué? ¿Vas a ponerla al frente de la compañía?

Él dejó escapar un suspiro.

–Por favor, échame una mano. Si encuentro a la hija perdida de Hollister conseguiré todas las acciones y Dalton se quedará sin nada. Eso no le sentaría nada bien, diga lo que diga, y cuando le pida que vuelva a la empresa, con un gran salario y más acciones de la compañía, aceptará. Especialmente si no tiene que soportar las tonterías de mi padre. Dejaré que lleve la empresa como quiera –Griffin se sacudió las manos– y todo el mundo contento.

–No siempre se trata de ganar.

–No te engañes a ti misma, siempre se trata de ganar. Lo único que cambia es la apuesta.

Y eso resumía las razones por las que no podía seguir con él. Cuando no había nada en juego era fácil no preocuparse por sus diferentes estilos de vida o porque todo fuese una broma para él.

Pero a partir de aquel momento era su jefe y no podía dejar que unos minutos... bueno, unas horas de placer, se interpusieran con su trabajo, con su medio de vida. Ella no pensaba ser una de esas mujeres que se acostaban con su jefe.

No merecía la pena jugar a la ruleta rusa con su vida por unos cuantos orgasmos, por fabulosos que fueran.

–¿De verdad crees que esto podría funcionar?

–Estoy seguro –respondió Griffin–. Además, la buena noticia es que Dalton cree tener una pista –añadió, guiñándole un ojo–. Confía en mí.

Ya, seguro. Sydney respiró profundamente, intentando no pensar que parecía estar haciendo un trato con el diablo.

–Muy bien, te ayudaré a encontrar a tu hermana, pero nada más.

–¿Cómo que nada más? Eso es todo lo que necesito.

–Pero si vas a ser mi jefe, esto que hay entre nosotros tiene que terminar. Nada de sexo, nada de cenas a la luz de las velas, nada de llamadas de madrugada. Lo nuestro ha

terminado.

Griffin la miró durante unos segundos como si no entendiera lo que estaba diciendo. Y luego hizo algo asombroso, soltó una carcajada.

Capítulo Tres

–No estoy de broma –Sydney apretó los labios, airada.

Griffin intentó controlar la risa.

–Ni yo tampoco.

–Entonces, deja de reírte. Hablo en serio.

–Lo sé, por eso me hace gracia –Griffin la tomó por la cintura, apretándola contra su cuerpo. Le gustaba tanto tenerla así.

Sydney nunca usaba perfume, pero sí un champú que olía a coco y lima. Estaba acostumbrado al olor de su pelo, a cómo se mezclaba con el de su piel. Por alguna razón, lo hacía pensar en tomar tortitas en la cama un perfecto sábado por la mañana. Pero aquel día se había duchado en su casa y, en lugar de ese aroma tropical, le llegó el aroma de su gel. Tal vez no debería parecerle tan sexy, pero así era. Había estado en su ducha unas horas antes y ese olor reforzaba lo que pensaba: Sydney era suya. Lo supiera o no, era suya.

Y, por eso, el decreto de no acostarse juntos le parecía aún más gracioso.

Levantó su barbilla con un dedo, pero en lugar de besarla enterró la cara en su pelo y respiró profundamente porque quería recordar para siempre cómo olía en aquel momento.

La oyó suspirar e inclinó la cabeza para buscar sus labios en un beso profundo, la clase de beso que siempre terminaba con los dos arrancándose la ropa y devorándose el uno al otro.

Desgraciadamente, acostarse con su secretaria no era una forma muy eficiente de pasar su primera tarde como director de la Compañía Cain. Incluso con la puerta cerrada, siempre existía el riesgo de que fuesen interrumpidos.

Le costó un mundo, pero logró contenerse. Sydney seguía con los ojos cerrados, los labios entreabiertos, como si no supiera que había dejado de besarla.

Griffin sonrió de nuevo.

–Bueno, ya me contarás cómo va eso.

Ella parpadeó.

–¿Cómo va qué?

–Ese plan de no acostarnos juntos. No creo que vaya a ser fácil.

Sydney frunció el ceño, desconcertada.

–Esto no es justo. Me has pillado desprevenida.

–Ya, cariño –Griffin tocó la punta de su nariz–. Si necesitas algo, estaré en mi despacho.

Le encantó ver su expresión de sorpresa mientras abría la puerta del que solía ser el despacho de Dalton y la cerraba tras él.

Una vez solo, dejó escapar un largo suspiro.

No tenía tanta confianza en su capacidad para dirigir la empresa como le había hecho creer. No le preocupaba el día a día sino tener que lidiar con el consejo de

administración.

El consejo que Hollister había reunido para la Compañía Cain eran una pandilla de buitres y si supieran lo que había ocurrido en las últimas semanas estarían haciendo círculos a su alrededor. Hollister, que jamás había mostrado señales de debilidad, había tomado una decisión irracional al exigir a sus hijos que buscasen a la heredera perdida o la empresa pasaría a manos del Estado y Dalton había presentado su renuncia.

Desde fuera, debía parecer que habían perdido la cabeza. Los miembros del consejo no eran tontos y si supieran lo inestable que era la situación se lanzarían a la yugular.

En aquel momento, la empresa necesitaba un líder fuerte, alguien que tuviera el respeto de todos. Desgraciadamente, Griffin sabía que él no era ese hombre.

Él conocía sus limitaciones como líder. Sabía que le faltaba la energía y la crueldad de su padre y la determinación de su hermano. Además, él no quería dirigir la Compañía Cain.

En ese momento tenía dos intereses: completar su trabajo en Hope2O y la tentadora secretaria que iba con su trabajo como director de la empresa familiar. Aparentemente, ser director de la Compañía Cain interfería con ambos propósitos. Y, por eso, tenía que quitarse aquel dogal del cuello. Tenía que encontrar a la maldita heredera.

Griffin se dejó caer sobre la silla, echándose un poco hacia atrás, pero no era muy flexible. De hecho, era tan rígida como su hermano, pensó, mientras abría la carpeta y empezaba a leer el resultado de las pesquisas de Dalton y Laney.

Sydney miraba la puerta cerrada del despacho intentando contener la sensación de vacío en el estómago. Ya no era el despacho de Dalton sino el de Griffin. Y aquello no iba bien, nada, nada bien.

Fingiendo una calma que no sentía, se sentó frente al ordenador y empezó a escribir. Si alguien entraba quería que la viese ocupada y competente, no sentada allí fantaseando con su jefe.

Su jefe. Uf. Ella no iba a ser esa mujer.

Su madre había sido esa mujer. La clase de mujer que se acostaba con hombres para conseguir favores. Que ella supiera, nunca había sido una auténtica prostituta, pero sí había intercambiado sexo por dinero para el alquiler o para arreglar el coche o para que su jefe mirase hacia otro lado cuando llegaba tarde a la oficina por enésima vez. Aunque no fuese una prostituta de verdad, eso había ensombrecido su infancia. La falta de dinero, el alcohol y las malas decisiones de su madre dominaron su vida hasta que los Servicios Sociales se hicieron cargo de ella a los seis años. A partir de entonces había ido de casa en casa de acogida hasta que por fin, a los once años, la llevaron a casa de Molly Stanhope.

La casa de Molly había sido un refugio durante los últimos siete años que estuvo a cargo de los Servicios Sociales. De hecho, Molly seguía siendo lo más parecido a una madre para ella. Era su compás moral desde entonces y ella no aprobaría que se acostase con su jefe.

¿A quién quería engañar? Tampoco habría aprobado que se acostase con Griffin Cain.

Acostarse con su jefe comprometía su puesto en la empresa y significaba que no la respetaría. Tampoco sus compañeros de trabajo la respetarían y, lo peor de todo, destruiría su seguridad laboral. Y eso era algo que no podía permitirse.

Siendo un producto de los Servicios Sociales, no tenía a nadie más que a sí misma. Si ocurría lo impensable y perdía su trabajo no podría pedirle ayuda a nadie. No había padres cariñosos que la acogiesen en su casa, no había una red de seguridad. Ni siquiera tenía un tío cariñoso que le prestase dinero si lo necesitaba. Tenía a su gato, Grommet, pero era un gruñón que solo se dignaba a tumbarse sobre su regazo si encendía el aire acondicionado.

Estaba completamente sola.

Si perdía su trabajo podría perder sus ahorros, su casa. Incluso sus hermanos de acogida lo lamentarían porque ayudaba a un par de ellos a pagar sus estudios.

Para darse el empujón que necesitaba sacó el móvil del bolso y buscó un nombre, pasando por encima de Marco y George, que eran buenos si tenía algún problema con el coche, pero no le servirían de nada en aquella situación. Jen estaba estudiando en el extranjero aquel semestre y a saber qué hora sería en España, de modo que buscó el número de Tasha, que contestó inmediatamente.

–Hola, Sydney.

–Hola, cariño. Solo llamo para saber cómo estás.

–¿Un día laborable? ¿Estás enferma?

–No, no lo estoy. ¿No puedo llamar para ver cómo estás?

–¿Un día laborable? –repitió Tasha–. Sí, bueno, claro que puedes, pero nunca lo habías hecho antes... ay, Dios mío, ¿te han despedido?

–No, claro que no. Es que Dalton no está en la oficina –por suerte tenía una excusa porque, aparentemente, Tasha la conocía mejor de lo que pensaba. Y Sydney tuvo que contener el deseo de contarle la verdad, de compartir su carga y pedir una segunda opinión, tal vez porque la gente solía acudir a ella a pedir ayuda y no al revés–. ¿Cómo van los exámenes finales?

Afortunadamente, Tasha se distrajo con la pregunta.

–Uf, fatal. La teoría política es un rollo.

–Pensé que te gustaba.

–No, me aburre muchísimo. Estoy deseando que termine este trimestre para relajarme un poco.

–No hagas ninguna locura –le advirtió protectora.

–No te preocupes, no haré nada que tú no hicieras.

Esas palabras fueron como un puñetazo. Si ese era su barómetro, Tasha tenía un problema.

–Ten cuidado.

–Que sí, que sí. Oye, ¿seguro que estás bien?

–Estoy genial.

–Lo digo porque no me has recordado que te llame si tengo algún problema.

–Ah, perdón, ya sabes que puedes llamarme cuando quieras. De día o de noche.

Pero, por supuesto, Tasha nunca llamaba para pedir ayuda. Como ella, era una chica responsable y decidida a salir adelante en la vida. En cuanto terminase sus estudios y consiguiera un trabajo se iría de la casa de Molly y tal vez ya no la necesitaría para nada...

No le gustaba admitirlo, pero ella seguía necesitándola. Seguía necesitando ser necesitada.

Siempre había sabido que llegaría ese día y pensó que estaría preparada. Pero eso era cuando su jefe aún no había renunciado, cuando su trabajo era estable y su vida tenía sentido. En las últimas horas su vida se había puesto patas arriba, pero Griffin tenía razón: asustarse no serviría de nada. Lo que necesitaba era un plan.

Primera parte: no volver a acostarse con Griffin. Al menos hasta que todo aquello hubiera pasado.

Segunda parte: encontrar a la heredera perdida.

Por supuesto, ambas cosas eran más difíciles de lo que parecían. Había ayudado a Dalton con sus pesquisas llamando a hospitales y ayuntamientos, pero por el momento no había encontrado nada.

Y luego estaba el asunto de Griffin, un hombre que le resultaba irresistible.

No necesitaba un plan, lo que necesitaba era un milagro.

Capítulo Cuatro

Con milagro o sin él, no iba a quedarse sentada esperando... ¿qué? ¿Que Griffin saliera del despacho y se lanzase sobre ella?

Necesitaba poner distancia entre los dos. Tenía que recordarle al nuevo director de la compañía que era su jefe, no su amante.

Su primer jefe, por ejemplo, había insistido en que lo llamase señor Thornton y jamás se había besado con él sobre el escritorio. Daba igual que el señor Thornton tuviese setenta y cuatro años y un poco de chepa. Las formalidades eran buenas para marcar distancias.

Quizá si se concentraba en el trabajo podría olvidar sus deseos personales, pensó. Empezó con lo básico, ponerse en contacto con Marion, la antigua secretaria de Griffin, para pedirle que le enviase su agenda. Y Marion aún no sabía nada porque pensó que la pedía Dalton.

Después de eso, generó una lista de cosas que hacer para facilitar el cambio. Cuando Dalton volviese quería impresionarlo con lo bien que había ido todo durante su ausencia.

Con su iPad en la mano, se dirigió a la puerta del despacho y llamó brevemente antes de entrar.

Encontró a Griffin sentado frente al escritorio de Dalton, con una carpeta abierta frente a él. Su pelo, que siempre llevaba un poco alborotado, estaba más despeinado de lo habitual y golpeaba el escritorio con un lápiz a toda velocidad mientras leía.

Sydney tuvo que tragar saliva. A pesar de su actitud despreocupada, se estaba tomando aquello muy en serio.

¿Lo conocía en absoluto?, se preguntó entonces. Sabía que tenía una cicatriz en el cuello, que no le gustaba el chocolate, pero comía cualquier cosa que tuviese caramelo y que veía la trilogía de La guerra de las galaxias todos los años en Navidad. ¿Pero saber eso era igual que conocerlo?

Desconcertada, dio un paso atrás para salir del despacho sin que la oyera, pero Griffin levantó la cabeza en ese momento y, de nuevo, se quedó sorprendida por su seria expresión.

Pero enseguida esbozó una sonrisa y volvió a ser el mismo de siempre, el encantador y relajado Griffin. Tal vez se escondía bajo una máscara y ese hombre serio e intensamente concentrado era el auténtico. Ese era un pensamiento inquietante.

–¿Necesitas algo? –le preguntó.

–No... bueno, sí, pero puedo volver más tarde si estás ocupado. A Dalton no le importaba que entrase cuando estaba trabajando, pero si a ti te molesta...

«Deja de hablar», se ordenó a sí misma. ¿Por qué estaba tan nerviosa? En fin, era el primer día con su nuevo jefe, no pasaba nada.

Aunque, en realidad, no era el primer día con su nuevo jefe. Griffin era su amante,

un hombre que conocía su cuerpo íntimamente y que la había llevado al éxtasis una y otra vez. Se había mostrado vulnerable con él como no lo había hecho con ningún otro hombre porque era parte de su mundo de fantasía. Pero las dos partes separadas de su vida se habían unido y, francamente, eso la aterrorizaba.

–Señor Cain... –empezó a decir– quiero saber qué espera de mí.

Griffin se echó hacia atrás en la silla.

–Señor Cain, ¿eh?

Sydney apretó los dientes.

–¿Cómo quieres que te llame?

–Me lo pensaré.

–¿Quieres que vuelva más tarde?

–Puedes entrar cuando quieras.

–Muy bien. Tengo que...

–Ah, ya lo he pensado. Deja de llamarme señor Cain.

Sydney tragó saliva.

–Lo que usted diga, señor Cain.

Griffin sonrió de nuevo.

–Prefiero que me llames por mi nombre, como siempre.

–De acuerdo –asintió ella–. Hay varias cosas que deberíamos solucionar para que la transición sea más fácil.

–Muy bien, dime.

Sydney deseó no haberlo llamado «señor Cain». En lugar de impresionarlo con su profesionalidad estaba actuando como una boba.

–Para empezar, me gustaría que revisáramos la agenda de Dalton para la semana que viene.

–Pensé que Dalton había estado concentrado en encontrar a nuestra hermana.

–Sí, pero seguía llevando la compañía –Sydney miró su iPad–. Las reuniones semanales con los jefes de departamento...

–Yo no tengo que hacer todo lo que hacía Dalton. Nadie esperará eso de mí. Al menos, al principio. O tal vez nunca.

Sydney tuvo que disimular una risita. Tenía razón, todo el mundo esperaría menos de él por su reputación de playboy despreocupado.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Griffin esbozó una de sus encantadoras sonrisas.

–Todo el mundo sabe que necesitaré ayuda, especialmente durante las primeras semanas. Y, además, tengo que concentrarme en encontrar a la heredera. Cuando la encontremos ya no habrá tanta presión.

Sydney solo había pensado en cómo le afectaría a ella la renuncia de Dalton. No había pensado en cómo afectaría a la empresa y no quería pensarlo porque daba miedo. La Compañía Cain era una empresa multimillonaria que empleaba a miles de personas y Griffin, afortunadamente, parecía tener eso claro.

–En ese caso, ¿quieres que prepare una reunión entre...?

–¿Merkins y yo?

–¿Merkins? ¿No quieres decir DeValera?

Joe DeValera era el jefe de operaciones, de modo que parecía la elección más natural.

–No, Merkins tiene una buena cabeza sobre los hombros.

–DeValera esperará controlar la compañía mientras tú vas acostumbrándote.

–Más razones para no darle poder. Escribe un informe para todos los ejecutivos explicando mi decisión y diciendo que DeValera tiene ya suficientes responsabilidades y nadie puede hacer su trabajo.

Sydney asintió con la cabeza mientras tomaba notas en su iPad. La verdad era que estaba impresionada por su habilidad para manejar a los ejecutivos, que no siempre eran fáciles de manejar.

Y la sorpresa debía notarse en su cara porque Griffin le preguntó:

–¿No estás de acuerdo con mi decisión?

–No, al contrario, creo que es una buena estrategia. DeValera es un hombre de tu padre. Serio, responsable, pero un poco narcisista... bueno, no debería haber dicho eso.

–Estoy completamente de acuerdo, no confío en él. La compañía ya era vulnerable antes de que Dalton decidiese renunciar y no quiero que DeValera empiece a tener ideas.

–Muy inteligente por tu parte –murmuró Sydney.

–¿Entonces por qué pareces dudar?

Ella inclinó a un lado la cabeza, pensando bien lo que iba a decir. ¿Quería ser completamente sincera?

–No esperaba que conocieses tan bien a la gente que trabaja aquí.

La sonrisa de Griffin de repente parecía un poco amarga.

–Ya.

–Es una estrategia brillante.

–Una estrategia de la que tú no me creías capaz.

–Yo no... –Sydney no sabía cómo terminar la frase–. Das cierta impresión de indolencia... no soy la única persona en la empresa que piensa así –desconcertada al pensar que no conocía al hombre con el que se acostaba, cerró el iPad–. Pero es evidente que no eres así. Conoces los entresijos de la empresa o no sabrías que Merkins se ha rodeado de un buen equipo y que DeValera es un narcisista hambriento de poder.

–Narcisista es un término que has usado tú, no yo.

–No puedes crear un personaje para engañar a todos y luego enfadarte cuando los has engañado –replicó Sydney, molesta.

Griffin sabía que tenía razón. Y también sabía que su enfado con él era totalmente justificado. Le había escondido muchas cosas... cosas que no compartía con nadie, que no quería compartir ni siquiera con ella.

Cuando empezó a trabajar en la Compañía Cain todo el mundo lo había catalogado como el vago de la familia, el que no tenía ambición. Él no había cortejado esa imagen a

propósito, pero le daba igual. Solo estaba allí porque su padre lo desheredaría si no ocupaba el puesto que había creado para él. Además, ser un simple ejecutivo le dejaba tiempo libre para trabajar en Hope2O. Que lo creyesen un perezoso sin ambición hacía su vida más fácil. Todo el mundo lo creía incapaz de trabajar, de modo que nadie esperaba nada de él. Nadie en la Compañía Cain al menos.

En general, le daba igual que la gente pensara que era un vago y un playboy. Entonces, ¿por qué le molestaba que lo pensara Sydney?

¿De verdad creía que iba a olvidar la imagen que cuidadosamente había cultivado para ver al hombre que era en realidad? ¿Quería que así fuera?

No lo sabía y Sydney seguía delante de él, esperando su respuesta.

–Tienes razón y no estoy molesto. No tengo razones para estarlo. Si actúo como un tonto, la culpa es mía, no de los demás.

La expresión de Sydney seguía siendo seria, de modo que no sabía si eso la había aplacado.

–Muy bien. Pediré esa reunión con Merkins y haré un borrador de la carta para los demás jefes de departamento.

–Organiza una reunión con el consejo de administración esta tarde. Todos habrán leído el correo de Dalton y no quiero darles demasiado tiempo para pensar.

–Puede que no lo sepas, pero Dalton pide las reuniones del consejo con una semana de antelación porque algunos de los miembros...

–Viven fuera de la ciudad, lo sé. Será una reunión por videoconferencia. Necesito que me confirmen como director interino. Promételes que será una reunión muy corta, no quiero darles tiempo para debatir alternativas.

–Muy bien.

–Y tengo que ver a Marion.

–¿Marion va a ser tu secretaria?

–No, probablemente no. Ella no está acostumbrada al ritmo de esta oficina y, además, la necesitamos en Relaciones Internacionales hasta que encontremos a otra persona que ocupe mi puesto.

Ella asintió con la cabeza.

–Sydney –la llamó Griffin cuando iba a salir del despacho.

–¿Quieres que pida la reunión con Merkins mañana a primera hora? ¿A las ocho, por ejemplo?

Griffin lo pensó un momento.

–Mejor a las nueve y media.

–¿Las nueve y media? –repitió Sydney, con el ceño fruncido–. Para entonces todo el mundo llevará dos horas trabajando y los cotilleos habrán corrido como la pólvora. Tienes que ponerlo de tu lado inmediatamente.

Tenía razón, pero él había pedido una videoconferencia con el director de un banco de Nairobi a las ocho de la mañana. Había tardado dos semanas en conseguirla y cambiarla de hora sería una pesadilla.

–Tengo otro compromiso a las ocho –le dijo, esperando que no discutiera.

Debería haber imaginado que no sería así. Sydney apretó los labios y volvió a abrir su iPad.

–No tienes nada a las ocho. Me he tomado la libertad de hablar con Marion para pedirle tu agenda y sé que tienes la mañana libre.

–Marion no lleva toda mi agenda y tengo una videoconferencia mañana a las ocho.

Sydney exhaló un suspiro.

–¿No puedes dejarla para más tarde?

–No –respondió Griffin. A las ocho serían las cuatro de la tarde en África.

–En serio, no deberías estropear esto. DeValera estará buscando alguna manera de echarte y si tiene mucho tiempo...

–Muy bien, a las ocho y media entonces. Intentaré adelantar la reunión previa.

Y hablar a toda velocidad.

Sydney debió darse cuenta de que no iba a ceder más porque asintió con la cabeza.

–Si me dieras tu agenda personal tendría la agenda completa. Así todo sería más fácil para ti y para mí.

–Marion nunca ha tenido acceso a mi agenda personal y tú tampoco la necesitas.

–¿Cómo voy a ser tu secretaria si no sé qué reuniones tienes o si vas a estar fuera de la ciudad?

–Llámame cada vez que haya algo antes de confirmar nada. Así es como lo hacía con Marion.

Evidentemente, a Sydney no le hacía ninguna gracia.

–Pero yo no puedo...

–Con Marion funcionaba y contigo también funcionará. Es así como me gusta hacer las cosas.

–Muy bien –asintió ella–. Si tu vida personal es tan misteriosa...

Cuando iba a salir del despacho, claramente enfadada, Griffin estuvo a punto de llamarla para contarle la verdad sobre Hope2O, pero mantuvo la boca cerrada.

Marion había sido contratada para él por la secretaria de su padre y le caía bien, pero no confiaba en ella del todo. Además, conociendo a su padre, no le sorprendería que hubiese micrófonos en la oficina.

–Espera un momento –le dijo, tomando la carpeta que le había dado Dalton–. Aquí están las notas de mi hermano sobre la investigación. Haz copias para ti y tómate una hora para leerlas, luego seguiremos hablando.

Sydney lo miró con expresión cauta, pero menos desconfiada que antes.

–Muy bien.

–Mira, sé que soy un poco difícil y que la compañía está pasando por un momento delicado, pero voy a hacer todo lo posible para no meter la pata y espero que me eches una mano.

–Lo haré –respondió ella antes de cerrar la puerta.

Una vez a solas, Griffin miró la recargada decoración, los muebles franceses, el

enorme escritorio de caoba que había estado allí desde que él era pequeño. Las paredes parecían ahogarlo.

Hacer malabarismos con los diferentes elementos de su vida era algo que se le daba bien. Mantenía su trabajo en la Compañía Cain separado de Hope2O y su vida amorosa separada de ambas cosas. Funcionaba mejor cuando todo estaba dividido en compartimentos estancos.

No había mentido al decir que iba a hacer lo posible por no meter la pata, pero eso era cierto para la compañía y también para su relación con ella.

Sydney trabajó furiosamente durante las horas siguientes para preparar la reunión del consejo. Que todos los miembros estuvieran dispuestos a cancelar viajes y reuniones para estar allí, o en persona o virtualmente, era una buena señal o una señal catastrófica.

Media hora antes de la reunión fue a la sala de juntas para verificar que los del departamento de informática lo tenían todo preparado para la videoconferencia y que el servicio de catering había llevado las bandejas. Incluso arrancó un lirio desvaído del jarrón que había sobre la mesa. Así todo estaba perfecto.

Aquella reunión tenía que ir bien. Si el consejo no aprobaba a Griffin como director interino, seguramente ella se quedaría sin trabajo. Encontraría otro, pero aquel era un buen trabajo, especialmente para alguien tan joven como ella. En realidad, había tenido mucha suerte. La habían contratado temporalmente cuando la antigua secretaria de Dalton tuvo que ser operada de la rodilla, pero conservó el puesto porque Janine decidió no volver a la oficina.

En otro trabajo no le pagarían tan bien y eso significaba que tendría problemas para pagar la hipoteca. Cuando compró la casa le había parecido una buena inversión porque representaba la seguridad que necesitaba desesperadamente. En aquel momento representaba lo que podría perder si las cosas no iban bien.

Sydney salió de la sala de juntas y cuando entró en el despacho Griffin salía del suyo.

–Todo está preparado en la sala de juntas.

–Gracias –Griffin sonrió, con sus dientes blancos y sus hoyitos. Y, de repente, los nervios por la reunión se convirtieron en una anticipación que no tenía nada que ver con el trabajo.

–He hecho una copia del orden del día. Es muy simple.

–Muy bien.

Griffin estaba a punto de darse la vuelta cuando Sydney lo detuvo.

–Espera un momento. ¿Vas a llevar esa ropa?

Él miró su pantalón vaquero y su camisa.

–Claro.

–No pareces el director de la Compañía Cain.

–No he tenido tiempo de ir a casa a cambiarme.

–Espera un momento –Sydney corrió al despacho de Dalton y volvió unos segundos después con algo en la mano–. Toma, ponte esto.

Él hizo una mueca.

–¿Un jersey?

–Confía en mí.

–¿Un jersey? –repitió él, mientras se lo ponía.

–No había mucho donde elegir –Sydney lo ayudó, tirando del bajo–. Hay un par de chaquetas en el armario, pero tú tienes los hombros más anchos que Dalton –dijo luego, mirando las dos corbatas que llevaba en la mano–. ¿La amarilla o la verde?

–¿Qué tal si no llevo corbata?

–Una corbata dice que eres poderoso e importante –observó Sydney.

–Una corbata con un jersey dice que soy un abuelo –replicó él, sin dejar de sonreír.

Ella puso los ojos en blanco.

–Tú nunca podrías parecer un abuelo.

Tuvo que reconocer que tal vez sin la corbata estaría mejor, pero no pudo evitar colocarle el cuello de la camisa. Al rozar la cálida piel de su cuello y su barba incipiente tuvo que tragar saliva. No se había afeitado esa mañana, pero debía haberlo hecho por la noche. Griffin siempre se afeitaba antes de que se vieran para no raspar su cuello... o cualquier otro sitio en el que la besara.

Entonces se dio cuenta de que los dos estaban completamente inmóviles y se quedó sin aliento cuando lo miró a los ojos, que eran del mismo azul que la camisa.

¿Estaría pensando en cómo había besado sus pechos la noche anterior? ¿En cómo la había tumbado sobre la cama para besar cada centímetro de su cuerpo? ¿En cómo ella le había hecho lo mismo?

Por eso no era buena idea acostarse con tu jefe. Hasta entonces solo le había preocupado la cuestión económica, pero no había considerado las implicaciones emocionales. El sexo coloreaba su reacción, la distraía. Podía entorpecer y hacerle olvidar sus prioridades.

Sydney tomó una carpeta de la mesa.

–Aquí está el orden del día.

–Ya me has dado uno.

–Ah, es verdad. He hecho dos copias... por si acaso.

Él la miraba con un brillo burlón en los ojos, como si supiera cuánto la distraía.

–Creo que no me hará falta.

–Muy bien. Bueno, ve a por ellos.

–No te preocupes, tengo esto –Griffin le mostró la carpeta.

Tenía eso y más. Los convencería de que estaba capacitado para ser el director de la Compañía Cain como la había convencido a ella en las últimas horas. Griffin sabía cómo funcionaba la empresa y lo que necesitaba. Incluso conocía la personalidad de los ejecutivos y la importancia que eso tenía para llegar a acuerdos. Llegaba a la gente con más facilidad que Dalton... en ese sentido, incluso podría ser mejor director que su hermano.

Pero eso no cambiaba nada. Tenía que encontrar a la heredera perdida porque debía recuperar a Dalton. Si los últimos minutos le habían demostrado algo era que no podía trabajar con Griffin. No solo porque la distraía sino porque hacía que dudase de su buen juicio. Y porque era más peligroso para ella que ningún otro hombre.

Capítulo Cinco

–¿Qué haces? –le preguntó Griffin, asomando la cabeza en la sala de juntas.

Habían pasado tres días desde que el consejo de administración lo aceptó como director interino. Como ella había predicho, se los había ganado sin gran dificultad, pero no estaban teniendo la misma suerte con la búsqueda de la heredera perdida.

Además de las notas que Dalton le había pasado a Griffin, ella tenía sus propias notas y cuarenta y dos cajas de cartón llenas de papeles que había enviado Caro Cain y que aún no había tocado. Francamente, estaba esperando que encontrasen alguna pista para ahorrarse la molestia.

–¿Otra vez aquí? Has venido a mirar cada treinta minutos.

Griffin esbozó una traviesa sonrisa.

–Yo trabajo así.

–¿No me digas? ¿Cuando estabas en el otro despacho salías cada cinco minutos para distraer a Marion?

–Marion me cae muy bien y me hace un pudín de chocolate en mi cumpleaños, pero... en fin.

–Ya –Sydney suspiró. No tenía que terminar la frase, pero lo hizo de todas formas–. No te acuestas con ella.

–Por supuesto que no. La conozco desde que tenía diez años, es como una madre para mí.

Ella lo fulminó con la mirada. No era el momento de flirtear.

–Griffin...

–¿Tampoco podemos mencionar que nos acostábamos juntos? –la interrumpió él–. ¿Debemos fingir que nunca ha ocurrido?

Ojalá fuese tan fácil. ¿Cómo iba a pedirle que fingiese que no había pasado cuando ella no podía olvidarlo?

–Vamos a intentar no hablar de ello, ¿de acuerdo? La cuestión es que, aunque tienes a todas las mujeres de la oficina comiendo de tu mano, yo no soy tan fácil... y no me hagas bromas con la palabra fácil.

Griffin no dejaba de sonreír.

–No he dicho nada.

–Estoy intentando hacer lo que debo. No me lo pongas más difícil.

–Claro. Tampoco yo quiero que me acuses de ser fácil –bromeó Griffin–. No volveré a hacerlo, te lo prometo.

No había nada malicioso en su mirada. No estaba tomándole el pelo por maldad, sencillamente disfrutaba del juego.

Era irresistible y aquella constante exposición a su encanto la ponía nerviosa. Era más fácil estar con él cuando se concentraba en hacer que llegase al orgasmo y no en

hacerla sonreír.

–Tú quédate en tu lado de la mesa y esto irá mucho mejor.

–¿Es que no va bien?

Sydney cerró la carpeta que estaba ordenando.

–Tú sabes que esto es una locura, ¿no?

–Sí, lo sé.

–Tu padre se ha pasado la vida levantando esta compañía y ahora amenaza con tirarlo todo por la borda por una carta anónima. Es ridículo.

–Lo sé.

–Y, además, enfrenta a los tres hermanos por la herencia.

–Desde luego.

–¿Se os ha ocurrido pensar que esa chica podría no existir? Es evidente que quien escribió la carta odiaba a tu padre. Ella o él, a saber.

–La carta es de una mujer.

–Dice ser una mujer, pero no sabéis si es verdad. Dice que tuvo una aventura con tu padre y que de ella nació una hija, pero no hay ninguna prueba. Quien escribió la carta conocía a tu padre lo suficiente como para saber que esto lo volvería loco, pero no sabemos si de verdad es una mujer y si tiene una hija.

–Tienes razón –admitió Griffin–. Pero es irrelevante.

–¿Por qué?

–Da igual quién escribiese la carta o si hay o no una heredera por ahí. Demostrar que no la hay podría ser aún más difícil. Sería como intentar demostrar que no hay vida en otros planetas.

–Y aunque existiera, podría ser imposible encontrarla.

–¿Crees que Laney se equivoca? ¿No crees que esa niñera, Vivian, sea la mujer que escribió la carta?

Sydney buscó una copia de las fotos que Laney había encontrado. La primera era de dos mujeres y una niña en la playa. Según decían, la niña podía ser la heredera perdida y la mujer mayor era Matilda Fortino, la abuela de Laney, que había sido ama de llaves de los Cain durante treinta años. Dalton había ido a verla a la residencia en la que vivía porque pensó que si alguien sabía algo sobre las aventuras de su padre sería ella y su búsqueda lo había llevado hasta Laney, de quien había estado enamorado cuando era un crío.

Por mucho que Sydney intentase imaginar a su exjefe enamorado le resultaba imposible, pero se alegraba de que hubiese encontrado la felicidad.

Había otra fotografía de la madre de la niña. En esa foto aún estaba embarazada y tenía un brazo sobre el hombro de otra mujer embarazada, la madre de Laney. Y había sido tomada en el jardín de los Cain.

La abuela de Laney sufría Alzheimer y ya no podía contarles nada, pero según las notas de Laney, los comentarios inconexos de su abuela le habían hecho creer que la mujer tenía alguna relación con Hollister, una relación que podría haberla puesto en peligro.

¿Eran solo conjeturas o era una pista real?

Sydney miró las dos fotografías con el ceño fruncido.

–No lo sé, la relación parece improbable.

–Si quien tomó la fotografía se hubiera acercado para que viéramos los ojos de la niña todo sería más fácil.

–¿Por qué?

–Si tuviese los ojos azul Cain sabríamos con seguridad que Hollister es su padre.

–¿Azul Cain? –repitió Sydney.

–¿N te has dado cuenta de que Dalton y yo tenemos los ojos del mismo color?

–No me había fijado –respondió Sydney–. Dalton y tú no os parecéis nada.

–Tal vez no, pero nuestros ojos son casi idénticos –Griffin tiró de su mano para ponerla de pie, colocándola entre sus piernas–. Dime que Dalton y yo no tenemos los mismos ojos.

Sydney no tuvo más remedio que mirarlos mientras él acariciaba su mano con el pulgar.

La había tocado muchas veces, íntimamente además, y conocía bien sus manos, pero no sabía qué hacía en su tiempo libre para tener esos callos.

Sacudiendo la cabeza, intentó concentrarse en sus ojos.

–Para empezar, la forma es totalmente diferente. Los ojos de Dalton son más redondos, los tuyos son almendrados. Y tienes arruguitas alrededor.

–¿Estás diciendo que guiño los ojos como un miope? –bromeó Griffin.

–Estoy diciendo que te ríes mucho, por eso te salen arruguitas alrededor de los ojos. Dalton nunca se ríe. Además, él mira con cierta frialdad. No es desdén, solo desinterés.

Griffin rio.

–¿Y yo?

–Tú miras a la gente de verdad –respondió Sydney. A veces, cuando la miraba, sentía como si pudiera ver su alma, pero no lo dijo en voz alta–. Pero a veces no sé si sonríes porque te gusta la gente o si la naturaleza humana te divierte.

Griffin dejó de sonreír y notó cierta tensión en sus manos, como si estuviera intentando decidir si debía abrazarla o apartarse.

–Pero no eres una persona cruel, así que no creo que te rías de la gente –siguió–. Es más bien una manera de mantener las distancias.

Griffin levantó su barbilla con un dedo.

–¿Eso es lo que crees, que aparto a la gente a propósito?

Es lo que yo hago, pensó Sydney.

Pero no lo dijo en voz alta.

–¿No lo hace todo el mundo?

–Sí, supongo que sí. Hasta cierto punto.

De repente, la conversación era demasiado íntima. Incluso más que cuando estaban en la cama porque entonces solo era sexo, no emoción. Y si había algo que se le daba bien era separar sus necesidades físicas de las emocionales.

Se había dicho a sí misma que no iba a acostarse con él mientras fuese el director de

la compañía, pero enredó los dedos en su pelo, disfrutando al acariciar los sedosos mechones.

Griffin tiró de ella, atrayéndola hacia sí y apretándola contra su torso. Inclinó la cabeza para besar su cuello.

–¿De qué estábamos hablando? –lo interrumpió Sydney, dando un paso atrás.

–Del azul Cain –respondió él.

Era cierto, los ojos de Dalton y Griffin no eran un simple azul claro o índigo sino un azul mar, casi turquesa.

Ella conocía íntimamente el tono de los ojos de Griffin, pero no se había fijado demasiado en los de Dalton.

–Bueno, da igual –dijo con brusquedad–. Aunque pudiéramos verle los ojos a la niña eso no nos diría nada. Podría tener los ojos castaños y ser hija de Hollister.

–Si fuera hija de Hollister los tendría azules.

–Eso suponiendo que la madre de la niña no los tuviese castaños.

Griffin hizo un vago gesto con la mano.

–El instinto me dice que fuera quien fuera la madre de la niña, ella tendría los ojos azules. A mi padre le gusta un tipo muy determinado de mujer. Mi madre, la madre de Cooper y su amante de toda la vida parecían hermanas.

–¿En serio?

Griffin se encogió de hombros.

–Le gustan las mujeres rubias de ojos azules, pequeñas y delgadas, cuanto más frágiles mejor.

–No, tonto, no me refería a eso. ¿Tu padre tuvo una amante de toda la vida y nadie le ha preguntado a ella?

–Sharlene no tiene nada que ver.

–¿Sharlene? ¿De qué me suena ese nombre?

–No lo sé.

–Sharlene es un nombre inusual. No estarás hablando de Sharlene Sheppard, ¿verdad?

–Antes se llamaba Sharlene Davonivich, pero sí. ¿Por qué?

–¿Se casó con Jack Sheppard, el rival de tu padre?

–Antes de ser rivales eran socios. Sharlene y mi padre rompieron y ella se casó con Jack.

Sydney lanzó un silbido.

–La historia de los Cain es como una ópera italiana.

–Rupturas, amores, rivalidades épicas. Es como Los Miserables, pero sin música.

Sydney sonrió.

–¿Seguro que ella no tiene nada que ver? ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

Griffin se encogió de hombros.

–No lo sé, diez años más o menos.

–¿Diez años? Si Sharlene fue amante de tu padre durante tanto tiempo, ella podría

ser la madre de la niña.

–No.

–Pero tú mismo has dicho que tu padre es muy selectivo con las mujeres.

–Sharlene no tiene hijos.

–Tal vez la dio en adopción. Y si fuera así, eso explicaría la amargura de la carta.

–Sharlene nunca estuvo embarazada –insistió Griffin.

–No puedes saberlo con total certeza. A veces las mujeres esconden un embarazo. Pueden irse un par de meses, dar a luz en una clínica privada...

–Sharlene no es ese tipo de mujer. Mi padre y ella nunca escondieron su aventura.

–Que tú sepas.

Griffin puso las manos en su cintura, acariciando sus caderas con el pulgar.

–Tienes razón en eso, no puedo estar seguro al cien por cien, pero Sharlene fue como una madre para mí.

Él no parecía darse cuenta de lo que le hacían sus manos, pero la estaban volviendo loca.

–Ah, ya. Por eso no quieres pensar que podría haber sido ella quien escribió la carta.

–No fue ella. Cuando era niño la veía al menos una vez a la semana, a veces incluso más. Si hubiese estado embarazada, me acordaría. Y si se hubiera ido de Houston durante unos meses también me acordaría.

Sydney frunció el ceño.

–No sé...

–Además –siguió él– cuando rompieron fue horrible y si Sharlene hubiese tenido una hija la habría usado en contra de mi padre.

–Eso no puedes saberlo...

–No, no lo sé –la interrumpió Griffin, con sequedad.

Sydney lo miró, sorprendida.

–Aunque Sharlene no sea la madre de la heredera perdida deberíamos hablar con ella. Puede que sepa algo.

–Muy bien, la llamaré –asintió él.

Griffin volvió a su despacho y ella se quedó de pie en la sala de juntas, preguntándose qué había dicho para que se pusiera tan serio. Y en qué estaba metiéndose.

Si era sincera consigo misma, no era el drama familiar lo que la sorprendía sino la reacción de Griffin. Llevaba cuatro meses con él, se habían acostado juntos innumerables veces, pasaban fines de semana en la cama comiendo y viendo malas películas de terror...

¿Por qué había tantas cosas de él que no sabía?

En ese momento sonó un pitido en su móvil. Era un mensaje de Jen y, mientras respondía, dejó de pensar en el asunto. Había muchas cosas que Griffin no sabía sobre ella tampoco, cosas que no pensaba contarle porque ellos no tenían esa clase de relación.

De repente, eso la entristeció, aunque no sabía por qué.

Era como si su relación hubiese cambiado de manera inexplicable en los últimos días. Sí, había habido un gran cambio, ahora era su jefe y ya no se acostaban juntos, pero

era algo más. Estaba viendo a un Griffin que no había visto antes. Veía algo más que la cara encantadora y amable que la había atraído desde el principio.

Pero sabiendo que había algo mas en él ¿podrían volver a la relación que tenían antes? No lo creía. Después de ver a aquel nuevo Griffin, el hombre al que le importaba la compañía y que trabajaba más que nadie, no podría olvidar que existía.

Aunque Dalton volviese y Griffin dejara de ser su jefe, la situación había cambiado. ¿Y dónde la dejaba eso?

Incluso antes de que Griffin se convirtiera en el director de la Compañía Cain le preocupaba que esa relación se le escapara de las manos y culpaba a la maldita llave. ¿Por qué todo se había vuelto tan complicado? Trabajando con él cada día tenía que hacer un esfuerzo para no tocarlo...

Solo podía esperar que encontrasen pronto a esa chica. Una vez que Dalton volviera a su puesto podría distanciarse un poco de Griffin. Cortar con él sería mas fácil sin tenerlo a su lado constantemente. ¿Pero y si Dalton no volvía nunca? Esa era una posibilidad que debía tomar en consideración.

No, imposible, Dalton volvería y Griffin no sería su jefe para siempre.

Por eso tenían que encontrar a la chica lo antes posible.

Capítulo Seis

–¿Cómo va todo? –le preguntó Griffin desde la puerta.

Sydney levantó la cabeza, enarcando una ceja.

–¿Tú qué crees?

Él esbozó una sonrisa.

–Despacio, parece que va despacio.

Ella exhaló un suspiro.

–Tu capacidad de observación es asombrosa.

Habían pasado dos días desde la conversación sobre Sharlene, esa conversación que, estaba segura, lo había cambiado todo. Y, sin embargo, nada había cambiado. Griffin había vuelto a ser el de siempre. De modo que apretó los dientes y empezó a revisar los papeles que había enviado la madre de Griffin, cuarenta y dos cajas en total, buscando referencias de una niñera llamada Vivian.

Sabía que estaba siendo una cobarde por no preguntarle si había hablado con Sharlene. Debía hablar con ella y posiblemente también con su madre porque una conversación cara a cara lo llevaría más lejos que mil horas buscando entre montones de papeles.

El problema era que, por mucho que quisiera fingir lo contrario, Griffin no era solo su jefe sino su amante. Y una vez que encontrasen a la heredera, tal vez podría justificar volver a acostarse con él...

Desde que ocupó su puesto como director de la compañía había cambiado los vaqueros por pantalones de vestir, las camisetas por camisas de lino o algodón. Que las llevase fuera del pantalón hasta un minuto antes de una reunión lo hacía aún más atractivo. El resultado era un hombre elegante, pero despreocupado... y, francamente, hacía que deseara arrancarle la ropa.

Para mantener las manos ocupadas, abrió la caja número diecinueve.

–Llevo días con esto y aún no he revisado ni una cuarta parte de los papeles. Y, por el momento, lo único que sé es que tu madre gasta demasiado en zapatos y que el contable paga las facturas a tiempo.

–Eso podría habértelo dicho yo –bromeó Griffin.

–No estamos haciendo muchos progresos.

–¿Crees que la información está guardada al fondo de la última caja?

–He mirado las cuentas de la casa hasta treinta años atrás, desde el año que nació Laney, y no hay mención alguna a nadie llamado Vivian.

Griffin la miraba de esa manera suya, tan atenta, como si pudiese verla por dentro. Como si supiera que le dolía la espalda de estar inclinada hacia delante o que cada vez que se le cerraban los ojos tenía que pararse dos minutos para fantasear que cerraba la puerta y le hacía el amor allí mismo, embistiéndola con fuerza, colocando las piernas sobre sus

hombros para que levantase las caderas o suplicándole que se diese placer a sí misma mientras él miraba...

Sydney sintió que le ardían las mejillas. Maldita fuera, Griffin iba a saber lo que estaba pensando.

Se levantó para tomar un vaso de agua, pero cuando se dio la vuelta lo encontró observándola, su mirada tan ardiente como si estuviese tocándola.

Sydney se tomó el vaso de un trago, a punto de ahogarse.

–¿Hace calor? –le preguntó él, con segundas intenciones–. Porque puedo encender el aire acondicionado.

–Sé muy bien dónde está el interruptor del aire acondicionado.

–Ya lo sé –Griffin sonrió, travieso–. Solo quería hacer algo por ti.

Y cuánto le gustaría que hiciese algo por ella, allí mismo, en aquel mismo instante.

Pero acostarse con su jefe en la oficina era lo último que debía hacer porque solo empeoraría la situación.

–Esto es frustrante, no creo que lleguemos a ningún sitio –murmuró. Especialmente porque al sitio que quería llegar era a los pantalones de su jefe. Sí, «frustrante» era la palabra perfecta–. Ojalá pudiésemos hablar con tu madre.

–¿Por qué?

Sydney se encogió de hombros. ¿No era evidente?

–Ella podría decirnos quién era esa niñera.

–Lo dudo mucho.

–¿No crees que la recuerde?

–Me llevaría una sorpresa si recordase su nombre.

–No me lo creo.

¿Qué clase de mujer olvidaría el nombre de la niñera de sus hijos?

–¿Te acuerdas de la señora Fortino? –le preguntó Griffin.

–Sí, la abuela de Laney.

–Fue nuestra ama de llaves durante treinta años. Yo tenía catorce cuando me di cuenta de que mi madre pronunciaba mal su nombre, con una A en lugar de una O.

–¿Y qué? Era un error, nada más.

–Sí, claro. Yo la corregí, pero mi madre se negaba a admitir que estaba equivocada y, por fin, llamó a la señora Fortino y le dijo que se llamase como se llamase a partir de aquel momento sería «la señora Fortina». Y que si alguien la llamaba por su verdadero apellido, sería inmediatamente despedida.

–Eso es absurdo. No se puede despedir a un empleado por algo así –dijo Sydney, atónita.

–Cuando eres un narcisista autocomplaciente como mi madre, puedes hacer cualquier cosa. La señora Fortino se limitó a asentir con la cabeza y preguntarle si quería algo más. En cuanto se marchó, mi madre me dijo que no volviese a interferir con los asuntos de la casa.

–¿Crees que lo hizo para castigarte?

–Lo hizo porque quería que supiera que quien mandaba era ella.

Ella sabía que Griffin no tenía una relación muy estrecha con su familia, pero pensaba que era una peculiaridad de los ricos, algo normal para ellos. Pero a Griffin le dolía la frialdad de su madre, eso era evidente.

–Fue un detalle muy feo por su parte, pero no tiene nada que ver con esto.

–No te he contado la historia para que sintieras compasión por mí, te la he contado para explicarte por qué hablar con mi madre no serviría de nada.

–No puede ser tan terrible.

–Creo que decían lo mismo de la madre de Nerón.

–Venga, por favor –Sydney tuvo que sonreír–. ¿La comparas con una de las mujeres más perversas de la historia? ¿Ha cometido algún asesinato? ¿Ha intentado derrocar algún gobierno?

–Parece que te gusta la historia de Roma.

–Me gustaba Yo, Claudio. Pero la cuestión es que una simple conversación con tu madre podría responder a muchas preguntas.

–Para empezar, nunca podría haber una «simple conversación» con mi madre. Y segundo, una conversación con ella jamás ha mejorado nada.

Sydney se mordió lo labios. Preguntarle a Caro Cain sería lo más lógico, pero estaba pisando terreno desconocido. Ellos nunca hablaban de sus familias o sus infancia y si fuera simple curiosidad lo dejaría, pero estaba en juego algo más que su fascinación por aquel hombre. Si no encontraban a la heredera, la Compañía Cain podría acabar en manos del Estado.

Miles de personas se quedarían sin trabajo, ella incluida.

–No te gusta mucho tu madre, ¿verdad?

–¿Qué me ha delatado? –bromeó Griffin–. ¿Ha sido la comparación con la madre de Nerón?

–¿Por qué?

Él parpadeó, sorprendido.

–¿Qué?

–¿Por qué no te gusta? O más bien, ¿por qué estás tan enfadado con ella? –Sydney señaló los papeles–. Esto de la heredera es cosa de tu padre, tu madre es la víctima...

–Mi madre no es la víctima de nada –la interrumpió Griffin.

–Es tan víctima como tú, más incluso. Según tengo entendido, en el testamento original ella debía recibir el diez por ciento de la fortuna de tu padre. Ahora, pase lo que pase, no recibirá nada.

–¿Crees que soy demasiado duro con ella?

–Entiendo que estés enfadado con tu padre, pero no con tu madre.

Sin decir nada, Griffin se dirigió al bar, situado en una esquina de la sala. Nunca había visto a nadie del consejo servirse una copa en medio de una reunión, pero Dalton tenía allí el bar porque era la clase de empresario que había sido su padre. Aparentemente, los hombres de la generación de Hollister siempre sellaban un trato con una copa en la

mano. Todo era muy Dallas.

Griffin, a quien tampoco había visto nunca bebiendo en la oficina, se sirvió un whisky que se lo tomó de un trago.

–Tienes razón, mi padre es un mentiroso y un mujeriego, pero al menos nunca ha fingido ser otra cosa. Nunca ha escondido que haría lo que tuviese que hacer para aumentar los beneficios de la Compañía Cain. Es un canalla, pero un canalla honesto. Mi madre, sin embargo, siempre ha alternado entre fingirse una madre cariñosa e ignorarnos por completo.

Sydney inclinó a un lado la cabeza.

–¿Por qué crees que finge? Tal vez de verdad sea una madre cariñosa.

–Deja que te haga una pregunta: ¿qué habrías hecho tú en su lugar?

–¿Qué quieres decir?

–¿Qué harías si tu marido te engañase?

–No lo sé, nunca lo he pensado –respondió Sydney, aunque estaba segura de que ella no lo toleraría–. Supongo que si estuviese enamorada intentaría que mi matrimonio funcionase. No lo sé, acudiría a un consejero matrimonial o algo así.

–Imagina que no estás enamorada, que solo te casaste por su dinero. ¿Te quedarías con él?

–Yo nunca me casaría por dinero.

–Imagina que lo hubieras hecho, que elegiste a un hombre ambicioso y despiadado porque sabías que te haría más rica de lo que pudieses imaginar. Imagina que descubriste que ese hombre era igualmente despiadado en su vida personal, que se acostaba con quien quería y te humillaba en público, delante de tus amigos. ¿Te quedarías con él?

–No –respondió Sydney, sintiéndose avergonzada y furiosa con Griffin por describir tan descarnadamente a su madre–. Pero cada persona es diferente. No puedo juzgarla por quedarse con él, no la conozco.

–Imagina por un segundo que te quedases con un hombre al que detestas, soportando sus engaños y sus amantes, porque el dinero es lo más importante para ti. Imagina que ese hombre te pisotea cada vez que tiene oportunidad y trata a tus hijos tan mal como te trata a ti.

De repente, Sydney entendió por qué estaba tan resentido con su madre.

–No podría –susurró.

Ella no tenía hijos, ni siquiera sabía si los tendría algún día, aunque sí había pensado en adoptar. Pero si tuviese hijos, biológicos o adoptados, haría todo lo que estuviera en su mano para protegerlos.

Griffin asintió con la cabeza antes de servirse un segundo whisky, que también se tomó de un trago.

–Ya me lo imaginaba.

Después de decir eso salió de la sala de juntas. No tenía nada más que decir porque Sydney lo había entendido. Aunque su padre era un canalla, eso nunca le había importado, pero sí había querido a su madre y seguramente seguía queriéndola. Eso, más que nada,

explicaba por qué estaba tan resentido. La quería, pero Caro lo decepcionaba continuamente.

Sydney sentía lo mismo por su madre biológica. Había vivido con ella durante los primeros seis años de su vida y la quería, pero había muchas emociones negativas mezcladas con ese cariño. Y era el cariño lo que hacía que le doliese.

Ella entendía eso mejor que nadie.

Entendía la complicada relación que Griffin tenía con Caro, pero, desgraciadamente, eso no resolvía nada. Ni estaban más cerca de encontrar a la heredera.

Uno de los objetivos de Griffin era no ser un cabrón como su padre. De hecho, su objetivo era no hacer jamás las cosas como las haría su padre. Y sin embargo allí estaba, criticando a su madre, siendo grosero con una subordinada y bebiendo alcohol. En resumen, estaba actuando exactamente como Hollister Cain.

De vuelta en su despacho, el de Dalton en realidad, se dejó caer sobre la silla, intentando decidir cómo salir de aquel lío. El primer paso, naturalmente, era comer algo. Había desayunado un cuenco de cereales cuatro horas antes y podía sentir el whisky haciéndole un agujero en el estómago.

Abrió los cajones para buscar chocolate, caramelos, algo. Conocía lo suficiente a Dalton como para saber que seguramente comía en su despacho la mitad de los días.

En uno de los cajones encontró una bolsa de almendras y algo mucho más interesante medio escondido bajo unas carpetas: un sobre con la palabra Confidencial. El remite era de una empresa de Los Ángeles que Dalton usaba a veces para investigar el pasado de ciertos ejecutivos.

Y no era una empresa de Recursos Humanos.

Griffin se asustó. ¿Lo habrían investigado también a él? ¿Sabrían que estaba involucrado con una organización no gubernamental?

¿Sabría Dalton de Hope2O? De ser así, entendería por qué lo había puesto al frente de la Compañía Cain.

Al fondo del cajón encontró una bolsa de almendras y se sirvió un puñado antes de abrir el sobre para sacar unos documentos. Pero no era un informe sobre él sino sobre Sydney. Dalton debía haberlo pedido cuando decidió contratarla como secretaria. Sí, los de Recursos Humanos se encargaban de las referencias profesionales, pero no era raro que su hermano hiciese una investigación más a fondo si se trataba de alguien que iba a tener acceso a datos confidenciales... y Sydney conocía todos los secretos del director de la Compañía Cain. Tenía más influencia que algunos de los ejecutivos, desde luego más que él, de modo que era comprensible. Aun así, no lo había esperado.

No había querido leerlo. Si no estuviera cansado, un poco borracho y muerto de hambre habría vuelto a guardar los documentos en el sobre sin mirarlos siquiera.

Pero empezó a leer casi sin pensar y ya no pudo parar. Parecía increíble... no tenía nada que ver con la mujer que él conocía.

Por fin, guardó los documentos en el sobre y lo enterró al fondo del cajón.

Si no se había sentido antes como un completo idiota, se sentía así en ese momento. Él quejándose de su triste infancia como el pobrecito niño ignorado por su madre y ella era prácticamente una huerfanita de las novelas de Dickens.

Le sorprendía que no le hubiese tirado algo a la cabeza.

Naturalmente, su primero impulso fue pedirle disculpas, pero entonces tendría que admitir que había leído un informe sobre ella y eso no le haría ninguna gracia. Estaba seguro de que era algo que no le contaba a todo el mundo. Después de todo, ellos llevaban cuatro meses acostándose juntos y Sydney jamás le había hablado de su infancia.

Nunca le había dicho nada y lo mejor sería no mencionarlo. Sydney no querría ni su compasión ni la de nadie, estaba seguro.

Pero tenía que compensarla por actuar como un idiota, de modo que se dirigió a la sala de juntas. Sydney levantó la mirada, con expresión cansada.

–¿Qué?

–Voy a seguir tu consejo. Hablaré con mi madre, a ver qué sabe.

–¿Ah, sí?

–He pensado que podrías tener razón. A lo mejor ella puede ayudarnos.

–¿Crees que lo haría? –le preguntó Sydney, cerrando la carpeta–. Ella no se juega nada. Si es como tú la has descrito, tal vez no quiera ayudar.

Griffin señaló las cajas.

–Si no quisiera ayudar, no se habría molestado en enviar todo eso.

–¿Aunque no consiga nada por encontrar a la heredera?

–Ella no lo verá de ese modo. Si encuentro a la heredera, sabe que yo no la dejaré sin un céntimo y Dalton tampoco. Es de Cooper de quien debe preocuparse... y de que todo se lo quede el Estado –Griffin suspiró–. Mi madre y yo no tenemos una buena relación, pero ella sabe que la trataré de manera justa y si puede, me ayudará.

Sydney esbozó una sonrisa.

–Gracias.

En ese momento le parecía tan encantadora que le gustaría tomarla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin respiración. No un beso que la haría tumbarla sobre la mesa de la sala de juntas para hacerle el amor sino un beso que restañase las heridas de una infancia rota, que prometiese una vida entera de amor y seguridad.

Pero él no sabía cómo hacer esas promesas y mucho menos cumplirlas, de modo que asintió con la cabeza y se dio la vuelta.

Capítulo Siete

El tráfico en Houston era un horror, como siempre, pero por una vez Griffin no insultó a los conductores que retrasaban su llegada a la casa de sus padres. No le apetecía nada la conversación con su madre ni los gestos dramáticos que la acompañarían...

El tráfico estaba prácticamente parado, de modo que salió de la autopista y llamó a Carl Nichols, el subdirector de Hope2O.

Aún no le había contado lo que había ocurrido en la Compañía Cain. Hasta ese momento, una parte de él había creído que aquello pasaría, que después de un par de días de sexo loco con Laney, Dalton entraría en razón y volvería a la oficina. Pero, aparentemente, no debía esperar cordura de su hermano. Y como encontrar a la heredera estaba siendo más difícil de lo que pensaban, era hora de hablar con Carl para que las cosas en Hope2O no quedasen paradas.

Después de explicarle la situación, Carl se quedó callado un momento.

–Eso suena más bien como algo que harías tú, no Dalton.

–Como que yo iba a darle la espalda a quinientos millones de dólares.

–¿Por qué no? Tu hermano lo ha hecho.

–Dalton recibió diez ofertas de las mejores empresas de este país cinco minutos después de presentar su renuncia.

–¿Querrías trabajar en una de esas empresas?

–Tú sabes que no quiero trabajar en ningún sitio que no sea Hope2O. La única razón por la que seguía en la Compañía Cain era conseguir mi herencia para inyectar el dinero en esa organización.

–Y ahora, tu sencillo trabajo se ha convertido en el puesto de director.

–Interino, director interino.

–Interino o no, no va ser fácil hacer las dos cosas.

Griffin miró el océano de coches delante de él.

–Tienes razón, pero no puedo hacer nada. O acepto el puesto o renuncio a mi herencia.

Carl se quedó callado un momento.

–Y no puedes renunciar a ese dinero –dijo después.

–Tú sabes que el dinero no significa nada para mí, pero Hope2O lo necesita.

–No, Hope2O necesita que trabajes en el proyecto. Lo que necesitamos es tu experiencia, no tu dinero.

–¿Crees que debería renunciar, como ha hecho Dalton?

–Yo no puedo decirte lo que debes hacer. Pregúntate a ti mismo dónde te ha llevado la promesa de ese dinero.

Siguieron charlando durante un rato, haciéndose cargo de las obligaciones que había dejado de lado durante una semana, hasta que el tráfico empezó a moverse. Eran más de las

doce cuando por fin llegó a casa de sus padres, pero no dejaba de preguntarse si Carl tendría razón. ¿Dónde lo había llevado la promesa de esa herencia?

Como Griffin iba a hablar con su madre, Sydney volvió a su despacho para encargarse de las tareas diarias de la oficina. Después de una mañana sin encender su ordenador, el trabajo se apilaba...

Ser secretaria no era el trabajo que había soñado cuando estudió Psicología. Siempre había imaginado que haría un curso de postgrado y un día tendría una consulta. Había aceptado el trabajo como secretaria por capricho, para pagar las facturas mientras esperaba que empezasen las clases del último semestre, pero el sueldo era estupendo y el trabajo en la Compañía Cain le parecía interesante.

Aquel día no era diferente. Había cincuenta incendios que apagar y lo hizo con su habitual eficacia. Su terapeuta interior se reía de ella, diciéndole que la alegría que encontraba en el trabajo era un intento de compensar su deseo de ser necesitada, de sentir que aquello no podría funcionar sin ella. Sabía que era por eso por lo que le gustaba tanto y no le importaba.

Estaba escribiendo una carta cuando sonó el teléfono.

–Despacho de Griffin Cain.

–¿Puedo hablar con Griffin? –escuchó una voz femenina al otro lado.

–El señor Cain no está en su despacho ahora mismo, pero podría transferir su llamada al móvil. ¿Con quién hablo?

Al otro lado hubo un suspiro de irritación, como si hubiera esperado que Sydney la reconociese.

–Soy Caro Cain. Puedo llamar a mi hijo, ¿no?

–Lo siento, señora Cain, voy a transferir la llamada al móvil... –pero el teléfono sonaba y Griffin no respondía–. No contesta, pero puedo pasarle con su buzón de voz. ¿Tiene algo que ver con la conversación que han mantenido esta mañana?

–¿Qué conversación?

–Griffin salió de la oficina hace casi tres horas para hablar con usted –respondió Sydney–. ¿Está usted en casa? Tal vez haya ido cuando estaba fuera.

–Yo no tengo que darle explicaciones de si entro o salgo –replicó Caro Cain–. ¿De qué quería hablar conmigo?

Sydney vaciló, recordando las cosas negativas que Griffin había dicho de su madre. Pero era él quien había decidido ir a verla...

–Quería hablar con usted sobre la heredera perdida. Estamos bloqueados y ha pensado que usted podría ayudar.

–¿Ah, sí? –exclamó Caro, claramente sorprendida–. Por supuesto que sí. He estado en casa toda la mañana, pero mi hijo no ha venido por aquí.

Griffin no tenía que decirle dónde estaba en cada momento, pero tantas desapariciones empezaban a hartarla. Ella era su secretaria y su trabajo consistía en poder

localizarlo.

–Ahora mismo estoy fuera de casa y no volveré hasta la noche –siguió Caro–. Estamos perdiendo el tiempo.

Sydney vaciló un momento antes de preguntar:

–¿Entonces no le importará responder a sus preguntas? ¿Lo ayudará a encontrar a su hermana?

–Por supuesto que sí. ¿Qué clase de madre cree que soy? ¿Cree que no quiero ayudar a mis hijos a completar la quijotesca tarea que les ha encomendado mi marido?

–Es muy generoso por su parte, señora Cain. Le daré el mensaje a Griffin.

Cuando lo encontrase. ¿Dónde demonios estaba?

–Pero si sabe de qué quería hablar Griffin conmigo, podríamos comer juntas y preguntarme usted misma –sugirió Caro entonces.

–No, yo... –Sydney no sabía qué decir. Por otro lado, Griffin estaba ilocalizable y el tiempo pasaba y pasaba.

Claro que tal vez él tenía sus razones para no haber ido a casa de su madre.

Tal vez las mismas por las que no quería darle su agenda personal y por las que hacía extrañas llamadas que no quería que ella escuchase.

Quizá era una ingenua, sí. Griffin era un playboy encantador, pero en el tiempo que habían estado juntos no había flirteado con ninguna otra mujer. Además, el desprecio en su voz cuando hablaba del mujeriego de su padre la hacía pensar que él no engañaba a nadie.

¿Qué podría pasar por reunirse con Caro Cain para acelerar el proceso? Tal vez fuera lo mejor. Después de todo, Griffin no tenía una buena relación con ella y alguien neutral podría conseguir respuestas más sinceras.

–Me gustaría mucho que comiéramos juntas –se encontró diciendo.

Sydney anotó la dirección, aunque ella y todo el mundo en Houston conocía el club de campo de River Oaks.

Mientras guardaba las cosas en su bolso se dijo a sí misma que estaba haciendo lo que debía. Sí, debía respetar las decisiones de su jefe, pero si él estaba ilocalizable y había que tomar decisiones...

Cuando Griffin llegó a casa de sus padres aún no había decidido qué hacer sobre Hope2O. Estaba tan perdido en sus pensamientos que casi no se fijó en el Jaguar aparcado frente a la puerta. Pero entonces recordó que ese mismo coche había estado aparcado allí tres semanas antes, cuando Hollister hizo el gran anuncio.

Y eso significaba que Cooper estaba allí. Solo Cooper alquilaba un Jaguar cada vez que iba a Houston.

Desde el primer infarto, Hollister ocupaba su antiguo estudio, convertido en habitación de hospital... con más aparatos que un hospital del Tercer Mundo. Griffin lo sabía porque había visitado muchas clínicas en África.

Cuando asomó la cabeza en la habitación y vio que su padre dormía decidió esperar

un poco. Estaba cerrando la puerta cuando apareció una enfermera en el pasillo, una de las tres que cuidaba de Hollister.

–Lo siento. Estaba almorzando.

–No se disculpe, tiene derecho a comer.

–Menos mal.

La enfermera, una chica guapa con curvas y ojos brillantes, esbozó una sonrisa. Había algo coqueto en su expresión, como si quisiera seguir charlando con él. En otro momento, le habría pedido su número de teléfono y unos días más tarde habrían salido juntos a cenar. Bueno, eso antes de conocer a Sydney. Claro que Sydney y él habían roto y, por lo tanto, estaba libre para salir con quien quisiera. Sin embargo, no estaba en absoluto interesado.

–¿Mi padre está bien?

–Está estable. Si hubiese algún cambio le llamaríamos por teléfono de inmediato, señor Cain.

Y eso respondía a otra pregunta: la enfermera sabía quién era, el heredero de una fortuna.

Ese siempre había sido un problema para él. Salvo con Sydney. Sydney jamás se había mostrado interesada en el dinero.

–Gracias.

Se dirigía al salón cuando vio a Cooper apoyado en el quicio de la puerta, con las manos en los bolsillos del pantalón y una sonrisa en los labios.

–Vaya, estás perdiendo tu toque mágico –se burló su hermanastro.

–No sé de qué hablas.

Cooper señaló en dirección al pasillo por el que había desaparecido la enfermera.

–Un pedazo de mujer. Hace unos meses ya habrías conseguido su teléfono.

–Oye, un poco de respeto. Y un poco más de clase.

Cooper se apartó de la puerta.

–Esa es tu manera de decir que yo no la tengo, claro.

–Eso lo has dicho tú, no yo.

Cooper tenía aspecto de esquiador olímpico, precisamente lo que había sido antes de abrir su propia empresa de diseño y manufactura de *snowboards*. Era la clase de hombre que quedaba bien delante de la cámara o deslizándose por una pendiente nevada. En resumen, Cooper era un experto en juegos, fuesen los que fuesen.

Y esa era una de las razones por las que no pudo saber de qué humor estaba hasta que se acercó para darle un golpecito en el brazo.

–Bueno, ¿cómo estás?

–Bien –Griffin contuvo el deseo de frotarse el bíceps–. ¿Qué haces aquí?

–He venido a comer con el viejo.

–Pero si está dormido.

–Se durmió después de comer –replicó Cooper, haciendo una mueca.

–No te estoy criticando, es que me ha sorprendido. Pensé que estarías de vuelta en

Colorado. Han pasado dos semanas desde el gran anuncio de papá.

–Estaba ocupado... –Cooper pareció buscar las palabras– haciendo cosas.

–¿Cosas de trabajo? –preguntó Griffin. Si estaba buscando a la heredera perdida, quería saberlo.

–No.

–¿Sigues aquí porque estás buscando a la heredera?

–¿Crees que te lo diría si así fuera?

No, no se lo diría. Nunca se habían llevado bien, ¿por qué iba a compartir esa información con él?

–¿Entonces te marcharás pronto?

–Mi avión sale mañana por la mañana –Cooper sacó las manos de los bolsillos del pantalón y miró hacia la cocina–. Pero estoy pensando quedarme un poco más.

–Si te quedas, deberíamos vernos. Podríamos salir a tomar una copa o algo así.

Cooper lo miró sin disimular su sorpresa.

–Y no hablaremos para nada de la heredera perdida.

Griffin soltó una carcajada.

–Sí, bueno, imagino que la oferta suena sospechosa, pero lo digo en serio. No vienes por Houston a menudo, Dalton y yo no te vemos casi nunca.

–¿Dalton y tú os veis a menudo?

–Después de su divorcio se mudó a un apartamento en mi edificio, así que nos vemos mucho. Aunque no estará por aquí esta semana.

–Está con Laney, ya lo sé.

Como había vivido en la casa durante unos años tras la muerte de su madre, también él conocía a Laney y, si no le fallaba la memoria, durante la época del instituto se llevaban muy bien.

Cooper sacó una llave del bolsillo y la tiró al aire antes de atraparla y Griffin sonrió porque él solía hacer lo mismo.

–¿Qué te parece? Hay un buen restaurante japonés cerca de la oficina.

–Muy bien. De acuerdo –respondió su hermanastro, sin disimular su sorpresa.

En realidad, también a Griffin le había sorprendido la invitación porque nunca había sentido el impulso de charlar con Cooper. Aunque vivieron en la misma casa durante dos años y antes de eso se veían todos los veranos, ni Dalton ni él se habían llevado nunca particularmente bien con su hermanastro. Se peleaban, jugaban al fútbol con más agresividad de la que deberían, pero nunca habían hablado de verdad.

Y, por primera vez en la vida, eso lo molestaba.

A menos que hubiese un cambio en la relación, tras la muerte de Hollister podrían no volver a ver a su hermano.

Entonces pensó en Sydney y en todo lo que había leído esa mañana en el maldito informe. Pensó en la madre de acogida con la que seguía en contacto, en los otros niños con los que había crecido y con los que seguía manteniendo una buena relación.

Sydney nunca le había hablado de ello y él no debería saber nada, pero tenía la

impresión de que si Sydney supiera lo poco que se había molestado con Cooper se llevaría una desilusión.

Por qué le importaba eso, no lo sabía. Lo único que sabía era que si Sydney tuviese un hermanastro haría algo más que enviarle una tarjeta en Navidad.

No podía dejar de preguntarse por qué le importaba lo que haría o diría Sydney mientras iba a la cocina siguiendo un ruido de platos. Era muy raro que Caro cocinase e incluso más verla con un paño del polvo en la mano, pero debía ser ella.

Sin embargo, no era su madre sino Portia quien estaba metiendo unos vasos en el lavavajillas. Portia había estado casada con Dalton durante casi una década antes de su divorcio un año antes y, aunque Dalton nunca había protestado porque siguiera manteniendo relación con la familia, a Griffin le parecía muy raro.

Portia dio un respingo al verlo entrar.

–Ah, eres tú.

–Estoy buscando a mi madre.

Ella suspiró mientras se secaba las manos con un paño, dejando claro que hablar con él era una tarea insoportable.

–Está comiendo en el club.

Griffin miró su reloj.

–Perfecto, entonces iré a buscarla allí.

–Deberías llamar antes para que te apunte en la lista de invitados. Si no lo haces, tal vez no te dejen entrar.

Como tantas mujeres del sur, el tono exageradamente amable servía para destripar a sus víctimas.

–Por curiosidad, ¿qué haces aquí? –le preguntó Griffin–. Sabes que ya no formas parte de la familia, ¿no?

Portia tiró el paño sobre la encimera.

–Estoy aquí porque tus padres lo están pasando mal y ninguno de vosotros tiene sentido común suficiente para venir a ver cómo están.

–Yo estoy aquí.

–Imagino que has venido para molestar a tu madre sobre la heredera ilegítima de Hollister.

–Yo...

–Ella no sabe nada y no puedo decirte lo disgustada que está por la carta de esa guarra.

La vehemencia en el tono de su excuñada lo sorprendió.

–No sabía que tú dijeses palabras feas.

Pasando por alto la pulla, Portia apoyó las manos sobre la encimera de granito y lo miró a los ojos.

–Puede que a ti no te importe tu familia, pero a mí sí, aunque Dalton y yo ya no estemos juntos.

–Sí, volvamos a eso porque sigo sin entender qué haces aquí cuando Dalton y tú

estáis divorciados.

–Estoy aquí porque Caro me ha pedido que viniera.

–No sabía que os llevaseis tan bien –replicó Griffin, con una ironía que no se molestó en disimular. Le dolía que Portia y su madre se llevasen bien porque nada de lo que él hacía había sido nunca suficientemente bueno para Caro y, sin embargo, trataba a Portia como si fuera su hija.

–Tu madre y yo tenemos mucho en común. A las dos nos presionaron para que nos casáramos con hombres poderosos a los que importábamos un bledo. Creo que ella me admira por tener el coraje de dejar a Dalton. Además, ha sido como una madre para mí durante casi diez años.

Griffin se preguntó si sería cobardía y no avaricia lo que había hecho que Caro no dejase a Hollister. Pero decidió que daba igual; podría haberle dejado en cualquier momento por sus hijos, pero se había quedado. Tal vez era absurdo por su parte, pero estaba resentido con ella.

–Has venido corriendo para estar con ella porque ha sido como una madre para ti durante casi diez años –repitió Griffin, desdeñoso–. O sea, lo que nunca ha sido para mí.

La expresión de Portia se suavizó.

–Mira, sé que Caro no ha sido una madre perfecta, pero intenta verlo desde su punto de vista. Ella es tan víctima como Dalton, Cooper y tú.

–Imagino que espera que Dalton o yo heredemos la compañía y le tiremos un hueso.

–¿Y lo haréis? ¿Si encontráis a esa hermana vuestra, le daréis a tu madre parte de vuestra fortuna?

–Sí, pero no se lo digas. Que sude un poco.

–Su marido se está muriendo –le recordó Portia–. Deberías tener un poco más de compasión.

–Y, sobre todo, su marido está a punto de dejarla sin blanca. Si está llorando, creo saber por qué.

Portia sacudió la cabeza.

–Actúas como si estuvieras por encima de todos. Criticas a tus padres porque les importa más el dinero que su familia, pero en realidad tú eres igual. Solo buscas el dinero de Hollister.

–Ese es el reto, ¿no? Mi padre quiere que nos peguemos por su dinero.

–Tal vez solo quería vuestra atención –replicó ella.

–Ah, ya, y tú crees que soy un mal hijo porque no me importa.

–Mira, no es asunto mío...

–Bueno, al menos estamos de acuerdo en algo –la interrumpió él–. Por cierto, no me has dicho con quién está comiendo mi madre.

Griffin se dio cuenta entonces de que los faldones de la camisa de Portia, que siempre iba inmaculada, estaban fuera del pantalón y su pelo ligeramente despeinado. Pero antes de que pudiera preguntarle por qué, ella le ofreció una fría sonrisa.

–Pensé que lo sabías. Está comiendo con Sydney Edwards, tu secretaria –la sorpresa

de Griffin debía notarse en su cara porque Portia esbozó una sonrisa–. De hecho, deben estar sentándose a comer en este mismo instante.

Capítulo Ocho

Sydney supo que no estaba en su elemento en cuanto puso el pie en el club de campo de River Oaks. En realidad, había sabido que no estaba en su elemento en cuanto atravesó la verja del elegante club en su viejo Civic. El club de campo de River Oaks era uno de los más exclusivos del país, donde se reunía la «mejor sociedad de Houston».

Nada de eso intimidaba a Sydney, que llevaba toda su vida sintiéndose fuera de lugar. En términos de clase y prestigio social, casi todo el mundo estaba por encima de ella y cuando tenía que tratar con ese tipo de gente estaba acostumbrada a actuar.

Pero al ver a Caro Cain en el restaurante tuvo que apretar con fuerza el asa de su bolso para esconder que le temblaban las manos.

Caro se levantó y, en lugar de estrechar su mano, dio un beso al aire, un gesto de bienvenida amable y desdeñoso al mismo tiempo.

Sorprendida, Sydney iba a devolverle el saludo cuando ella dio un paso atrás.

–Esto... gracias por invitarme a comer, señora Cain.

–De nada. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar. ¿Quieres una copa de vino? –le preguntó ella, como si fuese una anfitriona y no una cliente más en el club.

–Un té, por favor.

La señora Cain le hizo un gesto al camarero.

–Otra copa de vino para mí y un té helado para mi invitada.

–Un té normal, sin azúcar –dijo Sydney.

–Muy bien, un té normal –Caro hizo una mueca de disgusto, como si fuese una afrenta personal–. Bueno, dime, estás ayudando a Griffin a encontrar a esa chica, ¿verdad?

–Sí, claro.

–Yo estoy dispuesta a hacer lo que sea para ayudar.

–Las cuarenta y dos cajas de papeles que me ha enviado son muy informativas.

–Me alegro mucho –dijo Caro. Y, aunque su tono era efusivo, Sydney no lo creyó–. Admito que me preocupó compartir una información tan personal, pero supongo que no se podía evitar.

Sydney tenía la impresión de estar presenciando una interpretación teatral, tal vez algo de Tennessee Williams. No podía dejar de preguntarse si Caro era de verdad tan frágil como parecía.

Cuando el camarero se alejó, después de dejar la copa de vino y el té, sacó su iPad y se preparó para tomar notas.

–Me gustaría hacerle unas preguntas.

Caro fingió sorpresa.

–¿Los informes de la casa no son suficiente?

–En esas cuarenta y dos cajas hay mucha información, pero buscar entre tantos papeles sería eterno y tenemos poco tiempo.

La madre de Griffin se llevó delicadamente la servilleta a los ojos, como para secarse una lágrima.

–Sí, claro. Mi querido Hollister podría morir de un momento a otro.

La frase «mi querido Hollister» le dijo que estaba fingiendo. Claro que tal vez Griffin exageraba o tal vez la enfermedad de su marido había suavizado la relación entre ellos.

–Si pudiéramos...

–No te caigo bien, ¿verdad?

Sydney parpadeó, sorprendida.

–Yo no tengo por qué...

–Supongo que Dalton te habrá contado todo tipo de historias sobre mí.

–Dalton nunca me ha hablado de cosas personales.

–Ya –Caro tomó otro sorbo de vino–. Entonces, supongo que te has formado tu propia opinión sobre mí.

–Yo no tengo una opinión sobre usted, señora Cain.

–Tonterías. Todo el mundo tiene una opinión –Caro hizo un gesto con la mano–. Supongo que piensas que tengo lo que merezco, que yo soy tan culpable como Hollister porque miré para otro lado durante muchos años.

–Nada de eso es asunto mío.

–Tal vez debería haberlo dejado, pero yo sabía que, a su manera, mi marido me quería –siguió ella, como si no la hubiese oído–. Hollister es un gran hombre, pero incluso los grandes hombres necesitan un apoyo. Yo quería creer que era ese apoyo, pero tal vez me engañaba a mí misma.

Sydney no sabía qué decir. No podía fingir compasión, pero tampoco podía negar que la entendía. ¿No había pensado ella lo mismo en la oficina? No exactamente lo mismo, pero sí algo similar. En eso consistía ser la secretaria de alguien en una posición importante, en enorgullecerse de tu trabajo y ayudar a conseguir algo grande mientras te quedabas en segundo plano.

De modo que veía claramente los defectos de Caro, pero tal vez eran un espejo de los suyos.

–Yo no puedo hablar de su relación con Hollister, pero sí puedo decir que Griffin también puede ser un gran hombre.

–¿Griffin? –repitió Caro.

–Sí, Griffin –dijo Sydney, irritada por su tono incrédulo.

–No es que no esté de acuerdo, es que me ha sorprendido. Has trabajado para Dalton durante mucho más tiempo y esperaba que dijeras que Dalton es un gran hombre.

Al darse cuenta de su error, Sydney sintió que le ardían las mejillas. Solo había sido ayudante de Griffin durante unos días...

–Por supuesto que Dalton es un gran hombre –empezó a decir–. Es inteligente, ambicioso y... en fin, solo quería decir que también Griffin podría ser un gran hombre.

–Estoy de acuerdo –Caro la miraba como si estuviera leyendo sus pensamientos.

–Bueno, sobre esas preguntas que quería hacerle...

–También yo tengo unas preguntas que hacer –escucharon una voz tras ellas.

Sydney se dio la vuelta, con el corazón acelerado.

Griffin estaba allí.

¿Qué habría escuchado? Y, sobre todo, ¿por qué estaba allí? ¿Estaría enfadado con ella?

–Hola, señor Cain –lo saludó, con una sonrisa en los labios.

–Hola, señorita Edwards. Hola, mamá –Griffin se acercó a Caro para rozar su mejilla con los labios–. Estás tan guapa como siempre.

–Hola, cariño –dijo ella, con una sonrisa forzada–. Imagino que querrás comer con nosotras. ¿Quieres que pida una silla?

–No, gracias. Me sentaré en la de Sydney porque ella no puede quedarse.

–¿No puedo?

–No, no puedes. Necesito que vuelvas a la oficina.

Sydney hizo una mueca. No iba a dejar que la echase de allí cuando estaba empezando a hacer progresos.

–¿Ah, sí?

–Hay mucho trabajo que hacer.

–Entonces me quedaré trabajando hasta tarde –Sydney sonrió–. Tu madre me ha invitado a comer y sería una grosería marcharme sin hacerlo.

–Yo comeré con ella.

–Pero... tal vez deberíamos hablar de esto en privado.

–Muy bien –asintió Griffin–. Madre, perdónanos un momento.

–Sí, claro.

Sydney se levantó, pero dejó su bolso en la silla para que no pudiese echarla.

Griffin la llevó a un patio desde el que se veía el magnífico campo de golf. Aunque estaban a finales de octubre y, teóricamente, la temperatura debería empezar a bajar, seguía haciendo calor y la humedad hacía que el aire resultara sofocante. El campo de golf era precioso, pero casi opresivo, como la fotografía de una postal demasiado retocada como parecer real.

No había nada real en el club de campo de River Oaks, nada sólido, todo estaba retocado. Claro que tal vez eran prejuicios suyos.

–No finjas que has venido a comer con mi madre solo para admirar el paisaje –dijo Griffin cuando estuvieron solos.

–Yo no finjo nada. He venido para hablar con tu madre, igual que tú.

–La cuestión es por qué estás aquí cuando deberías estar en la oficina.

–Tu madre se ha ofrecido a ayudarnos. Intenté ponerme en contacto contigo, pero estabas ilocalizable. No he venido para dejarte fuera, solo intentaba ayudar.

–No tienes por qué estar aquí.

–Tu madre estaba empezando a abrirse, a contarme cosas. Tal vez yo...

–Si crees que está empezando a abrirte su corazón es porque ella quiere que lo

creas.

–¿Estás diciendo que intenta manipularme?

–Eso es lo que mi madre hace mejor que nada –Griffin dejó escapar un suspiro–. Mira, vamos a dejarlo. Vuelve a la oficina y deja que yo me encargue de esto.

–No creo que deba irme –insistió Sydney–. Se supone que estoy ayudándote a encontrar a la heredera, ¿no? Tu madre podría tener la información que necesitamos y si me cuenta cosas...

–No sabemos si mi madre tiene información.

–Pero debe tenerla. Y que tú no te des cuenta de eso hace que me cuestione tu buen juicio.

–¿Perdona?

–Esta discusión es ridícula. Creo de verdad que tu madre podría saber algo. Tú has admitido no llevarte bien con ella y tal vez yo tenga más suerte. ¿No debería intentarlo al menos?

Griffin entendió en ese momento por qué acostarse con su secretaria era mala idea.

Marion tenía cincuenta años y podía ser un poco lenta aprendiendo a utilizar el último software. Incluso podría informar a su padre de lo que hacía, pero al menos cumplía sus órdenes sin discutir. Si le hubiera dicho que volviese a la oficina, Marion lo hubiera hecho sin rechistar.

Pero Sydney lo conocía demasiado bien como para tragarse sus mentiras.

–A mi buen juicio no le pasa nada. Deja que le pregunte yo.

Griffin pasó un dedo por su cara y ella cerró los ojos. Ah, esa era la ventaja de acostarse con su secretaria, que al menos respondía a sus caricias.

–Confía en mí.

Sydney abrió los ojos de golpe.

–¿Confiar en ti? ¿Cómo voy a confiar en ti si ni siquiera me dejas ver tu agenda?

¿A qué venía aquello?

–Eso no tiene nada que ver.

–Tiene mucho que ver. ¿Cómo voy a confiar en ti si no me cuentas nada? ¿Niegas que me escondes cosas?

–Solo intentaba protegerte.

–¿Protegerme de qué?

–De mis padres. No son buena gente, te lo aseguro –dijo Griffin–. Son amargados, manipuladores... la basura nuclear es menos tóxica. Y las cosas en casa han empeorado desde que supimos la historia de la heredera. ¿Por qué iba a exponerte a eso?

–¿Crees que tu madre va a intimidarme?

Había confusión en su voz, pero también algo más; algo que no podía identificar, como si estuviese dolida.

–Mi madre intimida a todo el mundo, salvo a la gente a la que manipula. Un día te trata como si fuera tu mejor amiga, al día siguiente no responde a tus llamadas. Amistad, afecto, amor... para ella no son emociones sino moneda de cambio. No es que crea que tu

no sabrías manejarla, pero... –Griffin hizo una pausa– tú no estás acostumbrada a este mundo. Creciste en uno donde las personas sentían verdadero cariño unas por otras.

Sydney soltó un bufido y Griffin lamentó haber dicho esas palabras porque sabía que eso no era del todo verdad.

La madre de Sydney era peor que la suya y había sabido lo que era el cariño verdadero en una casa de acogida. Solo entonces había vivido en un mundo donde las personas cuidaban unas de otras y se querían.

Pero no podía pedirle disculpas porque ella desconocía que supiera nada sobre su vida.

–Lo siento. No quería enfadarme ni desacreditarte ante mi madre.

–¿Entonces por qué lo has hecho?

Griffin se encogió de hombros. No estaba acostumbrado a hablarle a nadie de su familia y no le gustaba jugar la carta del pobre niño rico.

–La próxima vez, si tienes alguna razón lógica para hacer algo, dímelo. No tienes que esconderme nada –dijo Sydney.

–Y tú tampoco –replicó él.

–Muy bien, trato hecho. Si no aprendemos a compartir información, nunca encontraremos a esa chica.

–Claro –asintió Griffin–. Ven, vamos a entrar para terminar con esto de una vez –cuando vio que Sydney no lo seguía se volvió, sorprendido–. ¿Qué?

–Nadie había intentado protegerme antes –admitió ella, en voz baja–. Gracias.

Griffin asintió con la cabeza. Si supiera la verdad, no le daría las gracias. Y si descubría cuánto sabía sobre su pasado se pondría furiosa.

Lo que tenían que hacer era encontrar a esa chica de una vez.

Después de eso, podría volver a acostarse con Sydney y dejarse de charlas emocionales.

Capítulo Nueve

Sydney intentó borrar la sonrisa boba de sus labios mientras volvían a entrar en el restaurante. Por lo que Griffin le había contado, a Caro no le gustaría nada que su hijo tuviese una relación con su secretaria. Caro Cain era la clase de mujer que esperaba que sus hijos se casaran con chicas de la «alta sociedad». Y habían estado en el patio tiempo suficiente como para que sospechase algo.

Las palabras de Griffin le habían dado un calorcito que no tenía nada que ver con la temperatura, pero cuando llegaron a la mesa su expresión era totalmente profesional, amable y educada, pero distante.

Le gustaría sentirse así de verdad en lugar de desconcertada por un torrente de emociones.

Caro enarcó una ceja cuando Griffin apartó la silla para Sydney.

–Habéis tardado mucho en decidiros. Debe haber sido una discusión seria.

–Solo un asunto de la oficina que debíamos aclarar –dijo él.

–¿Algo en lo que yo pueda ayudar?

–No, madre. Sé que tú odias hablar de trabajo en la mesa.

Caro hizo una mueca.

–Como si eso hubiese detenido a tu padre alguna vez –murmuró, llevándose de nuevo la servilleta a los ojos–. Lo que daría por compartir un almuerzo con él ahora mismo.

–Aún no está muerto –le recordó Griffin.

–No le faltes al respeto delante de mí –lo reprendió Caro.

Él se encogió de hombros, pero Sydney sabía que iba a lanzar otra pulla y decidió interrumpir la pelea familiar.

–Señora Cain, volvamos a las preguntas que quería hacerle.

–Sí, por supuesto. Pero debo decir que me sorprende que trabajes para Griffin.

–El director necesita una secretaria y cuando Dalton se marchó...

–Sí, ya –la interrumpió Caro, volviéndose hacia su hijo–. La verdad es que no puedo decir que lamente que Dalton haya dejado de buscar a esa chica. Si solo uno de los dos va a heredarlo todo, prefiero que seas tú.

Sydney vio un brillo de repulsión en los ojos de Griffin, pero Caro no pudo verlo porque se había vuelto hacia ella.

–Me sorprende que sigas en la empresa. Si Dalton se ha ido, ¿por qué no te has ido con él?

La pregunta dejaba una cosa clara: sabía que entre Griffin y ella había algo. Tal vez no estaba segura, pero su larga discusión en el patio, o tal vez la pelea previa, los había delatado.

–Sydney trabaja para mí –intervino Griffin–. Necesito que alguien que me ayude y Sydney es la persona perfecta.

–¿Por qué no te has llevado a tu propia secretaria?

–Necesito a alguien familiarizado con la oficina del director.

Caro hizo una mueca.

–Además, nunca has confiado en Marion, ¿verdad? Después de todo, trabajó para tu padre durante muchos años –en lugar de esperar una respuesta, Caro se volvió hacia Sydney–. Tú, sin embargo, no has trabajado en la Compañía Cain el tiempo suficiente como para formar alianzas.

Sydney parpadeó, sorprendida.

–Yo no... no sé qué quiere decir.

–Quiere decir que no estás capacitada para el puesto –le explicó Griffin, sin disimular un ápice su enfado.

–Yo no he dicho eso –replico Caro–. Dalton solo quería una persona que no hubiera trabajado nunca para tu padre y eso la capacita para ser su secretaria. A menos que haya otras cualificaciones que yo desconozco.

–Ya está bien, madre –la interrumpió Griffin–. No te pases.

Caro miró de uno a otro, haciéndose la inocente.

–Ah, lo siento. ¿Te he ofendido, cariño?

Sydney forzó una sonrisa.

–En absoluto.

Pero estaba empezando a ver que Griffin tenía razón sobre su madre.

–Sabía que eras dura, como yo. Bueno, ahora dime lo que necesitáis saber y no habéis podido descubrir en los papeles que envié a la oficina.

En realidad, no habían descubierto nada en esos papeles. De hecho, después del comentario de Caro sobre Dalton, Sydney empezaba a preguntarse si ella sabía que no iban a encontrar nada allí. Después de todo, acababa de admitir que prefería que Griffin heredase la empresa y había sido Dalton quien le pidió los documentos. Tal vez había enviado esas cuarenta y dos cajas de papeles para hacerle perder el tiempo.

Por supuesto, exigir una respuesta sobre eso no los llevaría a ningún sitio.

–No sé si Dalton le explicó por qué quería las cuentas familiares de los últimos treinta años, pero...

–Sí, lo hizo –la interrumpió Caro–. Me contó algo sobre una niñera.

–Dalton y Laney tienen una teoría sobre una de las niñeras que trabajó para usted cuando estaba embarazada de Griffin. Su nombre era Vivian y también ella estaba embarazada entonces. Y saben que tuvo una hija.

Caro tomó un sorbo de vino. Sydney no sabía si estaba intentando ganar tiempo o, sencillamente, no le interesaba el asunto, pero Griffin perdió la paciencia.

–¿Te acuerdas de esa mujer o no?

–Ahora mismo, no.

–Tengo fotografías suyas, tal vez eso la ayude a recordar –Sydney sacó las fotografías del bolso, pero Caro las miró sin mostrar sorpresa o reconocimiento.

–¿Conoces a esa mujer? –le preguntó Griffin.

–Tal vez, no lo sé. Era una empleada y a los buenos empleados ni se los ve ni se los oye.

Su tono despreciativo dejaba bien claro que Sydney entraba en esa categoría.

Sí, lo había entendido, pero ella no había salido de la pobreza disgustándose por un simple insulto. Caro Cain tendría que hacer algo más para asustarla.

–No creo que una mujer pudiese mantener una relación con el señor Cain en su propia casa sin que usted se diese cuenta.

La expresión de Caro se volvió una máscara helada, pero luego, abruptamente, esbozó una sonrisa.

–Ahí te equivocas.

–¿Por qué?

–Pareces creer que solo una de las niñeras se acostó con mi marido.

–¿Hubo más de una?

–Por supuesto, todas ellas estaban locas por Hollister. Mi marido, además de rico y poderoso, era un hombre irresistible para ellas. Todas las secretarias de la Compañía Cain, todas las geólogas, las niñeras... todas eran susceptibles a sus encantos.

–¿Todas? Resulta un poco difícil de creer.

–¿Por qué? ¿Te parece raro que una mujer guapa y lista use el sexo para mantener una relación con un hombre rico y poderoso?

Ajá, allí estaba, la pulla que estaba esperando desde que volvieron a la mesa. Sydney abrió la boca, dispuesta a defenderse, pero Griffin se adelantó:

–Ya está bien, madre.

Caro parpadeó, haciéndose la inocente de nuevo.

–¿Perdona?

–¿Recuerdas a esa niñera o no?

Ella miró a Sydney con una sonrisa en los labios, como diciendo que la defensa de Griffin los había delatado.

–En los meses que trabajó para nosotros apenas hablé con ella –respondió por fin–. ¿Cómo voy a recordar su nombre?

–¿Apenas habló con ella? ¿Cuanto tiempo trabajó en la casa?

–No lo sé, cinco o seis meses.

–¿Y no habló con ella en esos cinco o seis meses?

–Era una persona competente y no permitía que los niños nos molestasen. ¿Para qué iba a hablar con ella?

–Porque era la niñera de sus hijos –respondió Sydney.

Caro hizo un gesto con la mano, tan desinteresada por su progenie como veinte años antes.

Sydney miró a Griffin, esperando ver una mueca de dolor en su rostro, pero su expresión era hermética. Si le había dolido, no lo demostraba. Que escondiese su dolor hizo que se compadeciese aún más de él. Porque era obvio que había esperado esa respuesta.

Y, de repente, entendió lo que había intentado decirle antes sobre su familia. Era

cierto, ella no tenía defensas para lidiar con los Cain.

Y también entendió algo más: Griffin no solo había intentado protegerla a ella sino a sí mismo. Por mucho que hubieran querido esconder su relación, su madre había sido lo bastante astuta como para enterarse y esa era una información que podría usar contra él. Griffin era vulnerable a las manipulaciones de Caro Cain... por su culpa.

Pero no pensaba echarse atrás. Caro sabía más de lo que decía, no tenía la menor duda.

–Si no recuerda a esta chica, tal vez conozca a alguien que sí la recuerde. Tiene que haber alguien más que pueda ayudarnos. ¿Cómo contrataba a las niñeras, a través de una agencia?

–Sí, había una agencia, ellos se encargaban de todo.

–Danos el nombre –dijo Griffin.

–Yo no lo recuerdo, pero Sharlene Sheppard debe saberlo. Hollister le pidió que buscase una niñera y ella misma se puso en contacto con la agencia.

–Muy bien, entonces hablaremos con Sharlene.

Sydney esperó hasta que salieron del restaurante para preguntar:

–¿Hablaremos, en plural?

–Estás metida en esto hasta el cuello y ahora que has conocido a mi madre también deberías conocer al resto del reparto de esta tragedia griega.

Ella siempre había pensado que la vida le había gastado una broma. Con una madre como la suya, sin padre, sin parientes...

Pero comparada con la familia Cain, era una afortunada. Tenía una madre de acogida estupenda y hermanos de acogida por los que sentía un gran cariño. Sabía que había gente a quien importaba de verdad.

¿Tenía Griffin eso? ¿Lo había tenido alguna vez?

No, no lo tenía y pensar eso le encogía el corazón.

Capítulo Diez

A Griffin siempre le había gustado la mitología griega, particularmente La Odisea, de Homero. Eso de Scila y Caribdis era oro puro. La familia de Homero debía ser tan rara como la suya porque cada vez que tenía que lidiar con la antigua amante de su padre se sentía atrapado entre un monstruo de seis cabezas por un lado y un traidor remolino por el otro.

Por eso había querido que Sydney lo acompañase.

Aunque Sharlene parecía una persona inofensiva, como su madre, era una mujer muy fuerte. Si la personalidad de Caro era a veces tan formidable como un monstruo de seis cabezas, la de Sharlene era el agujero negro que se tragaba a los incautos. Debía reconocer que era buena persona, algo raro en su infancia, pero sus buenas intenciones no habían evitado que crease incontables problemas. De hecho, Griffin había pasado diez años de su vida atrapado entre Scilla y Caribdis.

Cuando era niño, prefería estar con Sharlene. Cuando iban a la oficina de su padre, era Sharlene quien los atendía. Tenía ceras de colores para ellos, ciento sesenta y cuatro exactamente, y cuadernos para dibujar. Y cuando a los siete años tuvieron que operarlo urgentemente por una apendicitis y su madre estaba fuera de la ciudad, había sido Sharlene quien se quedó con él en el hospital.

Por supuesto, de adulto podía ver que el agujero negro era un monstruo creado por él mismo, pero nada de eso explicaba por qué al verla después de tanto tiempo se le encogió el corazón. Tal vez porque de todas las mujeres a las que Hollister Cain había seducido y engañado, Sharlene era la que menos lo merecía.

–Pareces nervioso –dijo Sydney.

–No, no lo estoy.

–¿De verdad?

Griffin suspiró.

–Bueno, tal vez un poco.

–¿Quieres decirme por qué? Quizá hablando de ello se te pasarían los nervios. Si Sharlene es tan formidable oponente como dicen los rumores, será mejor que no muestres ninguna debilidad.

–¿Rumores, qué rumores?

Sydney se encogió de hombros.

–He oído cosas en la oficina. Sharlene Sheppard es la subdirectora de Sheppard Capital, una empresaria fabulosa.

–¿Y bien?

–Se supone que odia a los Cain y ahora tienes que verla para sacarle información. Es como entrar en la guarida del león, ¿no? Es normal que estés un poco nervioso.

–Sharlene no es así.

–¿Estás seguro? Porque nunca te había visto nervioso.

–¿Cómo que no?

–Nunca te había visto alterado. Cuando descubriste que Dalton había renunciado y tú tenías que ocupar su puesto, ni siquiera parpadeaste. Te enfrentaste con el consejo de administración y los convenciste a todos de que podías ser el nuevo director. Francamente, acabaron comiendo de la palma de tu mano.

–¿Dónde quieres llegar?

–Ninguna situación te pone nervioso –Sydney sonrió–. Pero ahora lo estás y no sé qué hacer para solucionarlo.

–Tú no tienes que hacer nada –murmuró Griffin, aunque sabía que esa no era la respuesta que ella esperaba.

Sydney se volvió hacia la ventanilla, como aceptando que no iba a contarle nada más. Y luego suspiró; un suspiro suave, lleno de pena. Unos días antes, su relación había sido perfecta. Sexo genial sin complicaciones, libre de las angustias que llevaba una relación. Y él había pensado que Sydney era feliz con ese arreglo...

Pero entonces llegó ese suspiro lleno de pena.

Griffin no quería saber que le hacía daño, no quería que estuviera sentada a su lado en el coche deseando que fuese otro hombre, uno que le abriese su corazón cuando él nunca le había abierto su corazón a nadie.

Pero no quería que lamentase estar con él, de modo que admitió:

–Sharlene no es una oponente formidable.

–¿No lo es?

–No, Sharlene es... o era cuando yo la conocía, una buena persona. Y no merecía estar con alguien como mi padre.

–Ya veo.

Griffin no había querido decir nada más, pero algo en la frase de Sydney hizo que las palabras salieran de su boca sin que pudiese evitarlo:

–Fue su secretaria y su amante durante diez años. A veces, durante el verano o en vacaciones, mi padre nos llevaba a su oficina y era ella quien nos entretenía. Nos daba pinturas y papel para dibujar, incluso tenía caramelos para nosotros.

–A ver si lo adivino: de menta –dijo Sydney.

–Los de menta eran para Dalton. ¿Cómo lo sabes?

–Porque siempre tenía caramelos de menta en el cajón. Pensé que era su única debilidad... antes de que decidiera marcharse con Laney. ¿Qué caramelos te gustaban a ti?

–Los que tenían esa cosa blandita por dentro.

–Ah, a mí también me gustaban mucho –Sydney sonrió–. Pero si tienes tan buenos recuerdos de Sharlene, ¿por qué te asusta volver a verla?

–No me asusta.

–Un poco sí.

–No...

–¿Quieres que vuelva a hacer la lista de las cosas que no te ponen nervioso?

Su tono era burlón, pero Griffin podía ver en sus ojos que no iba a dar marcha atrás y sintió el deseo de parar el coche y... ¿y qué? ¿Exigir que se metiera en sus asuntos? O tal vez besarla hasta que se olvidase de Sharlene, de su madre y de que habían puesto límites a su relación.

Cuando no dijo nada, porque no sabía qué decir, Sydney siguió hablando:

–Está claro que tu padre la trató mal...

–¿Quién ha dicho que la trató mal?

–Por lo que me has contado, tu padre odia Sheppard Capital y ha intentado destruirlos muchas veces. Si eso no es tratar mal a alguien...

–Sí, bueno, es verdad.

Lo tenía tan distraído que había olvidado la conversación. O tal vez la había bloqueado. No estaba acostumbrado a hablar de su familia con nadie, nunca lo había hecho.

–Es una teoría interesante, pero ya no tengo edad para estar justificando el comportamiento de mi padre. Es un canalla y no tiene sentido disculparse por él.

–Pero te sientes culpable por cómo trató a Sharlene. Si no vas a disculparte por su comportamiento, ¿por el de quién? –Sydney lo pensó un momento–. No te sentirás culpable por cómo la trataste tú cuando tu padre rompió con ella, ¿no?

Griffin se encogió de hombros.

–Sharlene era parte de la familia, algo así como una madrastra. Y un día, de repente, desapareció de nuestras vidas.

–¿Y cuántos años tenías, nueve?

–Diez.

–Mira, Griffin, la vida amorosa de tu padre es un desastre. Es terrible que tuviese una amante durante tantos años y actuase como si fuera lo más normal del mundo. Es terrible que vosotros tuvierais que ver eso. Ni Dalton ni tú tendríais por qué saber nada y menos sentiros culpable por algo que no es culpa vuestra.

–Yo sabía que mi padre la había tratado mal y tal vez debería haber hecho algo. No de niño sino ahora. Han pasado doce años desde que me hice mayor de edad y debería haber encontrado un momento para pedirle disculpas, pero no lo he hecho.

–Si actuabas como un adulto a los dieciocho años debías ser un adulto mejor que yo.

Griffin pensó en lo que sabía de ella, en las cosas que le había contado y las que había descubierto él por su cuenta.

–A los dieciocho años estabas en la universidad, trabajando en dos sitios para pagarte la carrera.

En cuanto terminó la frase se dio cuenta de que había hablado de más.

–Un momento –dijo Sydney entonces–. Yo nunca te he contado que trabajase en dos sitios.

–Me lo he imaginado –replico él–. Tú no eres de las que piden préstamos ni deja que su madre de acogida le pague la matrícula.

–¿Y cómo sabes lo de mi madre de acogida? ¿A qué universidad fui, Griffin?

Él tragó saliva.

–¿Cómo voy a saberlo? Nunca me lo has contado.

–Eso me pregunto yo. ¿Cómo lo sabes?

Griffin no apartó la mirada de la carretera. Maldito tráfico.

–¿Estoy metido en un lío?

Sydney lo pensó un momento.

–Aún no lo he decidido. Supongo que depende de cómo hayas invadido mi privacidad.

–¿A qué llamas tú «invadir»?

–Sé que Dalton investigó un poco antes de contratarme. ¿Has abusado de tus privilegios como director para tener acceso a mi informe?

–No lo hice a propósito.

–¿Cómo es posible que lo hayas leído por accidente?

–Dalton lo tenía guardado en uno de sus cajones. Lo vi esta mañana... sé que no debería haberlo leído, pero no pude evitarlo –le confesó Griffin.

De modo que conocía los detalles de su vida y esos detalles estaban grabados en su cerebro para siempre. Una madre jamás debería hacer pasar a un hijo por lo que había pasado Sydney...

Ella apretó el asa de su bolso.

–¿Sabes lo de Sinnamon? –le preguntó abruptamente.

–Sí.

Sinnamon era el nombre que su madre le había dado al nacer, pero su primera madre de acogida se lo había cambiado cuando tenía once años.

–¿Sabes lo de Roxy?

–¿Tu madre biológica? Sí.

–¿Qué más sabes?

–Más de lo que debería –admitió él, con los ojos clavados en el guardabarros del Ford que tenía delante–. El informe es bastante extenso. Después de todo, iban a contratarte como secretaria del director de la Compañía Cain.

–¿Lees el informe de todas las empleadas con las que sales?

–¡No! Ya te he dicho que fue un accidente... espera un momento, ¿qué has querido decir con eso?

–He visto cómo te portas con las chicas de la oficina.

–¿Crees que me acuesto con esas chicas? –Griffin soltó una carcajada–. Entonces no podría trabajar ni un minuto.

Sydney frunció los labios.

–¿Y Jenna Bartel?

–¿La de marketing?

–Sí.

–Jenna está felizmente casada y tiene cinco hijos.

–Pero siempre está tonteando contigo.

–Pues claro. Tiene cinco hijos y está desesperada por un poco de conversación

adulta.

–Muy bien. ¿Y Peyton, de Recursos Humanos?

Griffin asintió con la cabeza.

–Ah, sí, es estupenda.

–¿Has salido con ella?

–Peyton es lesbiana y lleva años viviendo con su pareja.

–¿Y Chloe Young?

Griffin hizo una mueca.

–Está prometida con Ryan Thomas.

–¿En serio?

–En serio. Ryan es un bruto que incluso tiene una espada en casa. Yo no me meto en esos líos.

–Ya veo.

–¿Te he convencido o no?

–Sí.

–Pero la cuestión es por qué necesitas que te convenza.

Sydney vaciló, aunque la respuesta era evidente. Era fácil creer que tenían una relación sin compromisos cuando pensaba que salía con otras mujeres. Ella quería ser la regla, no la excepción.

–No puedo ser la primera empleada con la que has salido –murmuró, apretando el asa de su bolso.

–¿Por qué no?

Ella dejó escapar un suspiro de frustración. Porque eso implicaría que era más importante en su vida de lo que debería. Porque significaba que tal vez su relación era algo especial y ella no quería pensar esas cosas.

–¿Entonces no te has acostado con ninguna otra chica de la Compañía Cain?

Griffin soltó un bufido.

–Tendría que ser tonto para hacer eso como práctica habitual.

–¿Por qué dices eso?

–¿Tú sabes cuánto dinero voy a heredar? ¿O, más bien, cuánto debería heredar si mi padre no hubiese perdido la cabeza?

–No, pero basándome en el valor de la compañía y en las acciones que tiene tu padre... una fortuna. Dalton me contó que, antes de volverse loco, Hollister pensaba dejarle a tu madre el diez por ciento de las acciones y un treinta por ciento a cada uno de sus hijos.

Y eso pondría a Griffin oficialmente en la lista de uno de los hombres más ricos de Texas, algo que la hacía sentir muy incómoda.

–Exactamente. ¿Tú querrías salir con alguien así?

–Bueno, yo...

–Además, no es solo el dinero. Si cometo un error y confío en la persona equivocada no solo tendría que pagar yo sino toda la familia, toda la compañía.

–¿Y tú has cometido un error de ese calibre?

–Una vez, cuando era joven y estúpido. Aunque podría haber sido peor –Griffin apretó el volante–. Pero aprendí de mi padre. En cuanto Sharlene lo dejó, Hollister no volvió a confiar en nadie.

–¿Por eso crees que la aventura con la madre de la heredera debió ser antes de estar con Sharlene?

–Creo que sí, aunque no lo había pensado hasta ahora.

Sydney suspiró.

–Yo he trabajado con Dalton durante un año y nunca he visto que estuviese ni la mitad de paranoico.

–Porque Dalton es diferente. Si vas a invadir un castillo no intentas entrar por la puerta principal; buscas su punto más débil, que soy yo.

–Espera un momento. No puedes pensar que es así como te ve la gente.

–Pues claro que sí. Soy el segundo hijo, de modo que nunca he sido un contrincante por el poder en la compañía. Mi trabajo allí no era real hasta ahora.

–Claro que era real.

–No, no lo era. Ahora soy el director, pero solo un director interino. Y antes de eso...

–Antes de eso eras el director de... algo internacional.

–¿Cómo se llamaba el departamento?

–Internacional... algo. Bueno no sé, viajabas mucho y supongo que tenías muchas reuniones.

–¿Puedes describir mi trabajo?

–No, yo no, pero seguro que tú sí puedes.

–Yo no hago mucho en la Compañía Cain, soy el primero en admitirlo. Si no fuese un negocio familiar no tendría un puesto de trabajo allí.

Interesante.

Sydney se preguntó entonces qué habría hecho de haber podido elegir su profesión.

–Pero te importa la compañía, ¿no? Y prestas atención a lo que pasa. De no ser así, no sabrías cómo lidiar con los ejecutivos.

–Por supuesto que me importa. Si las acciones de la Compañía Cain se hunden, mi herencia se va por el desagüe.

–¿Eso es lo único que te importa?

–Sí.

–No te creo –dijo Sydney. O tal vez no quería creerlo–. No puedes hablar en serio.

–¿Por qué no?

–No creo que solo te importe el dinero.

–¿Quieres que te diga otra vez de cuánto dinero se trata?

–Tú no eres así. Ni siquiera tienes un deportivo.

–A lo mejor prefiero no contaminar.

Sydney frunció el ceño. Muy bien, de acuerdo. Si le importaba la naturaleza y trabajaba para una compañía petrolífera tal vez una cosa equilibraba la otra.

–De todas formas, es un utilitario.

–Oye, no te metas con mi coche. Es estupendo y me lleva a todas partes.

–Pero tiene que haber otros coches un poco más... no sé, más estilosos.

–Por eso tengo un Tesla en el garaje de mi casa, pero no voy a llevar el Tesla a la oficina.

Sydney no sabía lo que era un Tesla, pero podía imaginarlo y saber que tenía un deportivo la molestó. Aunque ella no supiera mucho sobre coches, aunque armonizase con la imagen que siempre había tenido de él.

Cuando lo conoció, incluso la primera vez que se acostaron juntos, había pensado que era un playboy encantador, pero en los últimos días su opinión sobre él había cambiado y la verdad era que le gustaba el hombre a quien importaba la Compañía Cain y conducía un utilitario.

¿El playboy encantador? Era estupendo acostarse con él, fantástico en la cama, divertido fuera de ella, pero ese otro hombre, el que se preocupaba por la empresa de su familia y conducía un coche sensato... de ese hombre podría enamorarse.

Aunque no iba a enamorarse de él porque no quería que le rompiera el corazón, la verdad era que estaba peligrosamente cerca y lo último que necesitaba era encontrar más razones para amarlo.

Daba igual lo que pasara, daba igual cómo hubiera cambiado la relación en los últimos días, solo era una ilusión. Cuando solo se acostaban juntos todo era perfecto, pero contar cosas íntimas, hablar de su infancia... aquello parecía una relación de verdad, como algo que fuese a durar.

Pero no era así. Griffin la necesitaba en ese momento porque toda su vida se había puesto patas arriba, primero por la orden de encontrar a la heredera y luego por la renuncia de Dalton.

La necesitaba en ese momento porque su relación era el único vestigio de normalidad que había en su vida.

Pero debía tener cuidado. No podía olvidar que el afecto que parecía sentir por ella era solo temporal. Una vez que su vida hubiera vuelto a la normalidad, no la necesitaría.

Y ella tendría que asegurarse de no necesitarlo a él.

Capítulo Once

Griffin giró la cabeza para mirarla, extrañado por su silencio.
–Estás muy callada.
–No hay nada que decir.
–¿Estás enfadada conmigo porque he leído tu informe?
–No, no lo estoy.
–Pues claro que lo estás. Y lo comprendo, ha sido una invasión de tu privacidad.
Ella inclinó a un lado la cabeza.
–Bueno, sí, supongo que sí.
–Entonces deberías estar enfadada.
–Posiblemente.
–¿Posiblemente?
–No, seguro.
–¿Posiblemente? –repitió Griffin.
–En realidad, siento curiosidad. ¿Por qué quieres que esté enfadada?
No lo estaba, pensó Griffin. Y eso lo molestaba.
–¿Quieres saber por qué quiero que estés enfadada? ¿Tú sabes cómo me sentí al leer el informe? –Griffin cambió de carril para tomar la salida de la autopista–. Lo mínimo que podías hacer es estar cabreada.
Ella enarcó una ceja.
–A ver si lo entiendo: ¿estás enfadado conmigo porque no estoy enfadada?
El edificio de Sheppard Capital estaba a una manzana de allí y, después de entrar en el aparcamiento, quitó la llave del contacto antes de responder:
–Es que no lo entiendo. Deberías estar enfadadísima.
–No tiene tanta importancia.
–Debería tenerla.
–No –replicó Sydney–. Esa chica que era entonces, la niña asustada de siete años, ya no tiene nada que ver conmigo.
–No te creo.
–Pero es verdad. La chica que se negaba a hablar con nadie en el colegio porque le daba pánico que se la llevaran los Servicios Sociales de nuevo, la niña que buscaba en los cubos de basura para comer... no tiene nada que ver conmigo. No he sido esa niña desde que tenía once años.
Griffin la observaba, en silencio.
Sydney era una contradicción. Dura, pero no inflexible, vulnerable, pero no débil. Y tan diferente a cualquier otra persona que hubiera conocido...
Aquel discurso, por breve que fuera, le había dicho más sobre ella que cualquier conversación. Aunque era fuerte, inteligente y competente, estaba viendo una cara diferente

de Sydney Edwards. Sola, impotente, asustada. Una imagen terrible que no olvidaría nunca.

Y aunque a él no se le daba bien mostrar emoción, sentía el deseo de abrazarla y consolarla.

Pero, por fuerte que fuera ese instinto, igualmente fuerte era la vocecita que le advertía que si lo intentaba Sydney se apartaría. De modo que se quedó inmóvil, esperando.

Un minuto después, Sydney parecía haber recuperado el control y salió del coche para dirigirse al ascensor.

–¿Vienes? –le preguntó, mirando por encima de su hombro.

¿Dejaría de asombrarlo algún día?, se preguntó Griffin. Seguro que no.

Lo curioso era que el sexo había sido siempre la parte más interesante de una relación, pero a Sydney la encontraba fascinante fuera de la cama. Incluso más.

La relación que había empezado siendo solo sexual estaba volviéndose sorprendentemente complicada, pero si la invasión de su privacidad no la había asustado, lidiar con la basura de su familia tampoco la asustaría. O eso esperaba porque aquella nueva Sydney lo intrigaba. Quería conocerla mejor y esperaba tener la oportunidad de hacerlo.

Mientras subían a las oficinas de Sheppard Capital, Sydney notó que Griffin la miraba de soslayo. Tenía la impresión de haber fallado alguna prueba durante la conversación en el coche. No sabía qué esperaba de ella.

¿Quería una pelea? ¿Estaba buscando una razón para romper con ella?

No le había molestado que hubiese leído su informe. Estaba un poco desconcertada porque esa era una información que no compartía con nadie, ni siquiera con Tasha. Se había esforzado mucho para dejar atrás esos años terribles había necesitado años de terapia para hacer las paces con el pasado, pero de verdad creía haberlo superado. Era una adulta competente, no una niña. Su vida no era perfecta, pero tenía un buen trabajo en el que le pagaban muy bien y que era un reto diario. Tenía su propia casa y la estabilidad que no había tenido de niña.

Todo en su vida iba bien.

Y una vez que encontrasen a la heredera, las cosas volverían a la normalidad. Tenía que ser así.

Por el momento, solo quería acabar con aquella reunión sin incidentes, pero cuando se abrieron las puertas del ascensor notó que Griffin estaba tenso. Para animarlo, le dio un empujón mientras entraban en el vestíbulo de Sheppard Capital.

–Menuda oficina. Romper con tu padre fue bueno para Sharlene.

–En todos los sentidos –asintió él–. Sheppard Capital tenía serios problemas cuando Jack Sheppard murió de manera inesperada y Sharlene se hizo cargo de la empresa. No creo que entonces tuviese ningún talento especial para el mundo empresarial, pero todo lo que tiene se lo ha ganado a pulso. Ha luchado con uñas y dientes para que la empresa no tuviera que cerrar.

–Parece que la admiras.

–Y así es –Griffin se acercó al escritorio de la recepcionista y, después de identificarse, pidió ver a Sharlene.

La mujer los miró con expresión airada, aunque se vio obligada a ofrecerles una silla. Por primera vez desde que empezaron aquella aventura, a Sydney se le ocurrió que debía ser un poco raro que apareciesen allí sin haber pedido una cita. Eran como dos ejércitos en una batalla y uno no aparecía en el campo enemigo sin haber enviado antes un mensaje de paz.

–Siéntense, por favor –dijo la recepcionista, con tono desdeñoso–. Voy a ver si la señora Sheppard puede recibirlos.

En su cabeza, Sydney tradujo: «siéntense mientras verifico que mi jefa nunca se rebajaría a hablar con ustedes».

Pero la respuesta de Sharlene no debió ser la que esperaba porque volvió un momento después con cara de sorpresa. Antes de que pudiese decir nada, la puerta del despacho se abrió y Sharlene Sheppard salió a recibirlos.

–¡Griffin, cariño!

Debía tener poco más de cincuenta años, con el pelo rubio platino cuidadosamente peinado. Todo en ella, desde el pelo a la piel perfecta o el elegante traje de chaqueta, decía que era una mujer que sabía cuidar de sí misma y no ahorraba en gastos.

Sharlene se acercó a Griffin con los brazos abiertos y él la abrazó. A pesar de los tacones, apenas le llegaba a los hombros.

Bueno, Griffin era altísimo. Ella, que medía un metro setenta siete, estaba acostumbrada a que le sacase una cabeza. De hecho, era el único hombre que la hacía sentir femenina y delicada, pero al lado de Sharlene parecía un gigante.

Y la recepcionista parecía tan sorprendida como ella por el afectuoso abrazo.

Por fin, Sharlene se apartó.

–Ven a mi despacho, por favor.

–He venido acompañado...

–Ah, muy bien.

Sydney observó la expresión de Sharlene mientras se levantaba de la silla. No le gustaba verla allí, pero intentó disimular.

–No nos has presentado.

–Es mi secretaria, Sydney Edwards. Me está ayudando en un proyecto.

–Ah, qué interesante –Sharlene les hizo un gesto para que entrasen en el despacho y cerró la puerta tras ellos–. La última vez que estuve en la Compañía Cain, tu secretaria se llamaba Marion Green. No sabía que se hubiera marchado. Una pena, llevaba mucho tiempo en la empresa.

–Marion sigue en la empresa y sospecho que si la despidieran seguiría yendo a la oficina todos los días.

–Sí, seguramente –asintió ella, riendo–. Sentaos, por favor. La última vez que viniste a visitarme aún tomabas leche, pero sospecho que tus gustos han cambiado. A ver si lo adivino... tu padre tomaba whisky, pero no creo que tú bebas durante el día. ¿Un café?

–Sí, gracias.

–¿Y usted, señorita Edwards?

–Lo mismo.

Sharlene llamó a la recepcionista por el interfono y, mientras esperaban, Griffin empezó a explicar la razón por la que estaban allí.

–Creemos saber quién es la mujer que escribió la carta.

–¿Ah, sí? Pues habréis tenido que investigar mucho porque debía haber gran número de mujeres.

–Tuvimos una niñera, Vivian. Aparentemente, estaba embarazada y tuvo algún tipo de relación con Hollister. Mi madre recuerda que tú llamaste a la agencia que la envió.

Sharlene inclinó a un lado la cabeza.

–Es posible, pero necesito que me cuentes algo más.

–No sabemos mucho, pero tenemos un par de fotografías.

–Ah, muy bien.

Sydney le entregó la carpeta que llevaba y Sharlene empezó a mirar los papeles con aparente interés mientras la recepcionista entraba con la bandeja y colocaba las tazas sobre la mesa.

–¿Las fotos debían estar aquí? No las veo.

–Lo siento, deben haberse caído en el coche –dijo Sydney–. Voy a buscarlas.

–No, no, Griffin es un chico muy bien educado. Él lo hará –dijo Sharlene, con una sonrisa felina–. Así podremos charlar un rato a solas.

–Pórtate bien –dijo él, mientras se levantaba.

–No sé qué quieres decir.

–Que seas amable con mi secretaria.

En cuanto la puerta se cerró, Sharlene se volvió hacia Sydney.

–De modo que eres su secretaria.

–Así es.

–Yo sé muy bien lo que eso significa. No olvides que fui la secretaria de Hollister durante casi una década.

–Yo solo soy su secretaria, señora Sheppard.

–Sí, ya –murmuró Sharlene, con tono condescendiente.

Y esa condescendencia molestó a Sydney porque implicaba que había algo entre ellas, que eran iguales, parte de la hermandad de secretarias–amantes.

La hermandad a la que Sydney jamás había querido pertenecer.

–Solo llevo unas semanas trabajando para Griffin. Antes era la secretaria de Dalton.

–Ah, muy bien, entonces conoces a los dos hermanos.

–¿Perdone?

–Dices no tener una relación con Griffin, a pesar de su evidente interés por ti, debo añadir. En fin, es asunto tuyo, pero si has trabajado para Dalton y Griffin eres perfecta para mí.

–No la entiendo –Sydney se levantó, airada–. No sé qué quiere dar a entender...

–Cálmate. Solo necesito información.

–No voy a traicionar a la Compañía Cain.

–No voy a pedirte que la traiciones. Ya tengo mas información sobre la Compañía Cain de la que necesito. No quiero secretos empresariales, lo que necesito es información sobre los chicos, información personal.

–¿Y cree que yo voy a dársela? –exclamó Sydney. Aquella mujer estaba loca, pero era muy astuta porque estaba consiguiendo su objetivo: sacarla de sus casillas.

–Cálmate –repitió Sharlene–. Mi interés no es malicioso, te lo aseguro. Quiero saber si son felices, si alguno de ellos tiene una relación seria. ¿Alguno de los dos hace lo que de verdad quiere con su vida?

Sydney no sabía si Griffin era feliz o si estaba haciendo lo que quería con su vida, de modo que se encogió de hombros mientras volvía a sentarse.

–¿Quién hace lo que quiere con su vida?

–Pues es una pena, ¿no? Que Griffin tenga que trabajar en la Compañía Cain cuando no le interesa nada...

–¿Usted sabe qué le interesa?

–Sé algo. Contribuyo lo suficiente como para recibir información, pero no tanto como para llamar la atención. Y sé que no pasa tanto tiempo en África como le gustaría.

–¿África?

–Con Hope2O.

–¿Qué? –exclamó Sydney, atónita.

–Hope2O –repitió Sharlene–. La organización no gubernamental en la que está involucrado.

Capítulo Doce

–¿No te lo ha contado?

Sydney no entendía nada, pero por primera vez desde que entró en el despacho tuvo la impresión de que Sharlene no estaba fingiendo. Su sorpresa era tan real como la suya.

–¿Contarme qué? ¿Que dirige una organización internacional benéfica en su tiempo libre? No, no me ha contado nada. ¿Le importaría empezar por el principio?

Sharlene se levantó para buscar unos papeles en su escritorio.

–Hace unos años... o algo más que unos años, Griffin se involucró con una organización benéfica llamada Hope2O que ayuda a los pueblos más pobres del mundo. Su labor es construir pozos de agua en África y en América Central.

–¿Y Griffin tiene algo que ver con eso?

–Veo que todo esto es una sorpresa para ti.

–No tenía ni idea.

Sharlene le mostró un folleto.

–Desde hace cuatro años, Griffin está en el consejo de administración.

–De una organización benéfica.

–Sí.

–En África.

–Eso es.

–¿Y le ha pedido a usted que donase dinero?

Sharlene soltó una risita.

–No, no, a mí no. Que yo sepa, su trabajo en Hope2O es un secreto para todo el mundo. Dudo que nadie de la familia Cain sepa nada, pero pensé que tú sí lo sabrías. Parece que de verdad me había equivocado sobre tu relación con Griffin.

Sydney apretó los dientes. Se negaba a confirmar o negar sus sospechas.

–¿Y cómo lo sabe usted? Tenía entendido que no se habían visto en muchos años.

–Lo descubrí por accidente. Hace unos años quedé para almorzar con mis antiguas colegas en la Compañía Cain. La secretaria de Griffin estaba allí y se quejaba de lo difícil que era manejar su agenda, de los secretos que guardaba, de que parecía pasar más tiempo de vacaciones que trabajando. Esa descripción no se correspondía con el chico al que yo conocía, así que decidí investigar un poco.

–Y entonces descubrió lo de esa organización.

–Yo sabía que Griffin era una persona decente, pero me puse a husmear por ahí y descubrí lo generoso que es en realidad. Créeme cuando te digo que no me siento orgullosa de mí misma por haber dudado de él.

Sydney también había dudado, debía reconocerlo. Se había acostado con él durante meses sin conocer a la persona con la que compartía cama...

Pensativa, miró el folleto. Bajo la fotografía de una preciosa niña africana con un

cántaro sobre la cabeza había una frase: las mujeres pasan 200 millones de horas al día buscando agua.

No podía creer que Griffin tuviese algo que ver con aquella organización.

Era una causa demasiado noble para aquel playboy encantador. Podía imaginarlo acudiendo a cenas benéficas en lujosos hoteles, no haciendo pozos en África.

Pero en el dorso del folleto había una fotografía de varias personas en un poblado africano y allí estaba Griffin. Era una fotografía pequeña y si no conociese tan bien su rostro tal vez no lo habría reconocido, pero allí estaba.

–¿Por qué lo mantiene en secreto?

Sharlene suspiró.

–¿Por qué guarda secretos la gente? Sospecho que se siente un poco avergonzado.

–¿De hacer un trabajo benéfico? Esto no es blanqueo de dinero.

–Para alguien como tú y como yo la caridad es una virtud, pero en el mundo de Griffin se ve como una debilidad. Una que Caro y Hollister intentaron aplastar desde que era niño.

–¿Por qué?

–Siempre fue mucho más sensible que Dalton. A mediados de los ochenta, cuando el problema del hambre en África aparecía continuamente en televisión, Griffin hizo que la niñera lo llevase al despacho de su padre y le preguntó por qué no enviaba dinero a África. No escuché la respuesta completa de Hollister porque cerró la puerta, pero cuando salió, Griffin estaba llorando. Caro se puso furiosa y despidió a la niñera de manera fulminante.

–Qué horror.

–Desde luego –asintió Sharlene–. No sé qué le dijo Hollister, pero fuera lo que fuera lo afectó mucho porque no volvió a hablar de ayudar a otras personas.

A mediados de los ochenta, Griffin debía tener seis o siete años, ocho como máximo. Qué terrible que aplastasen tu compasión a esa edad.

–¿Por qué me ha enseñado esto? ¿Qué quiere de mí, señora Sheppard?

–Yo creo que es obvio.

–No, no lo es. O está ocultando algo o ha ido muy lejos para satisfacer su curiosidad.

–Muy bien –Sharlene miró hacia la ventana–. Cuando estaba con Hollister, Griffin y Dalton eran casi como hijos para mí, pero él me apartó de sus vidas cuando nos separamos. He intentado muchas veces saber si eran felices, pero los dos son personas muy reservadas... ¿Tan difícil resulta creer que quiero saber si Griffin es feliz?

Parecía sincera, debía reconocer Sydney.

–No –respondió–. No es tan difícil de creer. ¿Por qué no le pregunta a él?

–Han pasado casi veinte años desde la última vez que nos vimos. ¿De verdad crees que me abriría su corazón? ¿Que no sería tan suspicaz como tú? Incluso más que tú.

Sydney no sabía qué responder. Dos semanas antes habría dicho que Griffin era un libro abierto, que no tenía secretos, pero después de saber aquello estaba claro que no conocía al auténtico Griffin Cain.

También ella tenía secretos, el problema era que los de él escondían al hombre que era en realidad.

Cuatro meses antes había empezado una relación con un playboy, un hombre que disfrutaba del placer físico, pero a quien parecía importarle poco todo lo demás. Desde que se convirtió en su secretaria había visto a un hombre completamente diferente...

Y podía enamorarse de aquel hombre.

–Lo siento –dijo Sharlene entonces.

–¿Por qué se disculpa?

–No quería soltar esa bomba. En serio pensé que sabías lo de Hope2O. Griffin parece tan protector contigo que pensé... en fin, yo sé lo que es amar a un hombre que no te abre su corazón.

–Yo... –Sydney no terminó la frase. Era más fácil dejar que creyese que estaba dolida porque Griffin no había confiado en ella. Era una explicación que Sharlene entendería mientras la verdad, su miedo de amar a Griffin, era algo que ni ella misma entendía–. Es complicado.

Afortunadamente, no tuvo que decir nada más porque Griffin volvió al despacho en ese momento. Le gustaría enterrar la cabeza entre las manos, pero tenía que quedarse allí hablando sobre la identidad de la niñera cuando querría estar en cualquier otro sitio.

–¿Has encontrado las fotos?

–No las he encontrado y he buscado por todo el coche. O las hemos perdido o las hemos dejado en el restaurante.

–Ah, mira, pero si están aquí –dijo Sharlene, levantando unos papeles. Griffin enarcó una ceja, incrédulo, pero no dijo nada–.

Ya sé quién es, Vivian Beck. Fue vuestra niñera durante algún tiempo, cuando tú acababas de nacer.

–¿Está segura de que el apellido es Beck? –preguntó Sydney.

–Muy segura.

–¿Qué más puedes contarnos sobre ella? –intervino Griffin.

–No mucho, pero deberías hablar con tu madre.

–Ella dice que no la recuerda en absoluto.

Sharlene esbozó una sonrisa.

–Ah, como en los viejos tiempos. La memoria selectiva de tu madre y sus transparentes intentos de controlarlo todo.

–Si sabes algo, cuéntamelo –dijo Griffin, impaciente.

–Caro tiene que recordarla porque fue a la oficina a ver a Hollister después de despedirla. Estaba furiosa, prácticamente histérica. Incluso llamó a la policía.

–¿La policía? –repitió Griffin–. ¿Por qué?

–Decía que había robado algo. Caro sabe quién es la chica de la foto tan bien como yo, pero no quería que tú lo supieras.

–¿Recuerdas qué robó?

–La alianza de Caro. Era una simple banda de oro con un par de diamantes

pequeños que había sido de la madre de Hollister, pero apenas tenía valor económico. Si hubiera sido el anillo de compromiso habrían llamado al ejército.

–¿No te parece raro que la niñera robase la alianza precisamente?

Sharlene esbozó una burlona sonrisa.

–Lo bastante raro como para recordar el incidente después de tantos años. Pero lo importante es que Caro está mintiendo.

Capítulo Trece

El playboy encantador había desaparecido. Por completo, del todo.

Y eso debería alegrarla, pero el silencio de Griffin la ponía nerviosa. No había dicho una sola palabra desde que subieron al coche y ella no le preguntó dónde iban. No tenía que hacerlo. Griffin conducía por las calles de Houston como un piloto de pruebas, en dirección al exclusivo vecindario donde vivían sus padres.

Estaba cabreado por las mentiras de su madre y lo entendía, pero cuando tomó una curva a noventa kilómetros por hora decidió que era hora de decir algo.

–¿Crees que...?

–No –la interrumpió él, sin dejar de mirar la carretera.

–Tal vez deberías esperar...

–No.

–Sé que estás enfadado, pero...

–Déjalo, Sydney.

–No voy a dejarlo. Para ahora mismo.

–¿Qué? –por fin, Griffin la miró. Solo un segundo, pero al menos había levantado el pie del acelerador.

–No estás en condiciones de conducir y menos de hablar con tu madre.

–Estoy perfectamente –respondió él. Pero cuando el coche que iba delante aminoró la velocidad tuvo que pisar el freno con todas sus fuerzas.

Sin decir nada, Griffin puso el intermitente antes de cambiar de carril para detenerse en un aparcamiento medio vacío. Luego apagó el motor y se quedó en silencio un momento, apretando el volante.

Su madre tenía que saber quién era Vivian y los había engañado a propósito. El comportamiento de Caro Cain era incomprensible para ella, pero tenía que ser mil veces peor para Griffin, que no quería aquel trabajo ni aquella responsabilidad, que estaba harto de las manipulaciones de la familia Cain.

Y ella no sabía qué decir para consolarlo. No sabía si había algo que pudiera consolarlo y se limitó a poner una mano sobre su pierna. Griffin se volvió lentamente para mirarla y la intensidad de los ojos azul Cain la hizo sentir desnuda y vulnerable. Completamente a su merced.

–Yo...

Antes de que pudiera terminar la frase, antes de saber lo que iba a decir, Griffin se quitó el cinturón de seguridad y salió del coche.

–Maldita sea –murmuró Sydney antes de ir tras él–. Esto no es tan terrible como crees.

–Siempre he sabido que mi familia no era normal, ¿pero esto? Esto es increíble.

–Tal vez no sea tan malo...

–¿Ah, no? ¿Que mi madre me mienta, que me engañe deliberadamente para que tenga que seguir buscando como un tonto no es malo?

–Da igual. Enfrentándote con ella ahora no conseguirías nada. Deberías esperar un poco, calmarte antes de hablar con ella.

–¿Y qué recomiendas que haga en lugar de enfrentarme con mi familia?

Su mirada era tan ardiente que parecía quemarle la ropa.

–No lo sé, tal vez... yoga.

–¿Yoga? –Griffin soltó una carcajada. Era una carcajada amarga, pero al menos ya no parecía a punto de partir un árbol con las manos.

–Meditar o algo así –sugirió, aunque sabía que eso era lo último que querría hacer en ese momento.

–No soy de los que meditan –dijo Griffin, dando un paso hacia ella.

Sydney sabía que no le gustaba estar de brazos cruzados. Prefería la acción, en la cama sobre too. El sexo era como un deporte olímpico para él.

Y no debería pensar en sexo en ese momento. No iban a acostarse juntos. No podía acostarse con él porque... ¿por qué? Ah, sí, porque era su jefe. ¡Su jefe!

Y estaba peligrosamente cerca de romperle el corazón.

Tenía que recordar eso porque después de estar con él una semana era como una adicta.

Ni siquiera podía pensar cuando la miraba de ese modo.

Sydney giró la cabeza, esperando encontrar algo que lo distrajera, pero en el aparcamiento no había nadie y los coches pasaban por la autopista sin ver a dos personas charlando bajo un árbol.

–¿Qué estamos...?

–¿A punto de hacer? –terminó Griffin la frase por ella.

–¿De qué estábamos hablando?

–Estabas diciéndome que debería meditar.

–Ah, sí, meditar. No es tan difícil. He oído... en fin, creo que hay que visualizar un sitio agradable y feliz.

Griffin dio otro paso adelante. Estaba tan cerca que podía notar el calor de su piel.

–Muy bien, un sitio agradable y feliz. Ya lo tengo.

Cuando abrió los brazos, Sydney se echó en ellos sin pensarlo dos veces, poniéndose de puntillas para besarlo. A pesar de la sonrisa burlona, no había nada juguetón en aquel beso. Sus labios eran firmes, sus manos posesivas, su cuerpo duro.

La besaba como si la necesitara desesperadamente, como si no hubiera nada en el mundo salvo ella. Como si quisiera grabar ese momento en su memoria para siempre.

Sydney se arqueó hacia él, abriendo la boca para recibir la invasión de su lengua. Griffin la sentó en el capó del coche y ella envolvió las piernas en su cintura, sintiendo su erección a través de los vaqueros.

Parecían hechos el uno para el otro y cuando se apretó contra ella empezó a temblar.

–Espera –dijo, sin embargo, cuando metió las manos bajo su jersey.

Griffin se detuvo inmediatamente, apoyando la cabeza en su cuello.

–Por favor, no me pidas que pare.

–No es eso. Creo que deberíamos ir un poco más despacio.

–Yo también –Griffin apoyó el antebrazo al lado de su cara para mirarla a los ojos–. Pero tienes razón, no podemos hacerlo aquí.

–¿Qué?

Sydney miró alrededor. Estaban en un aparcamiento. De día. Se le había olvidado.

Griffin sonrió, esa sonrisa que hacía asomar dos hoyitos en sus mejillas, mientras sacaba el iPhone del bolsillo.

–Dame diez minutos para encontrar un hotel.

Sydney señaló un edificio al lado del aparcamiento.

–No tendrás que buscar mucho, hay uno ahí mismo.

Cinco minutos después llegaban al hotel y Griffin le pidió que esperase en el coche. Afortunadamente, porque no sabía si hubiera podido soportar la vergüenza de reservar una habitación en pleno día.

Diez minutos después estaba besándola mientras cerraba la puerta de la habitación con el pie. Mientras la llevaba hacia la cama empezó a quitarle la ropa con manos ansiosas, desesperadas incluso. Sydney apartó el embozo de un tirón y se libró de los zapatos mientras él le quitaba el pantalón.

Luego se puso de rodillas frente a ella y respiró con fuerza mientras enterraba la cara entre sus piernas. El placer la hizo suspirar. Sydney cayó sobre la cama y Griffin la devoró con ansiosos lametones, llevándola al abismo mientras gritaba su nombre. Un segundo después se enterraba en ella, besándola por todas partes. Su intensidad la abrumaba, su desesperación la emocionaba.

Le hizo el amor como nunca. Siempre que estaban juntos, Griffin mantenía el control hasta el último momento. Era un maestro haciéndola perder la cabeza, un amante increíble, pero ella siempre se había sentido en desventaja.

En aquella ocasión, sin embargo, no parecía capaz de controlarse.

Embistiendola una y otra vez, Griffin gritó su nombre mientras enterraba la cara en su cuello. Aquello era algo más que deseo; la necesitaba desesperadamente. Y pensar eso la hizo llegar al orgasmo de nuevo mientras él empujaba por última vez.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Lloraba porque al fin entendía. No podía tenerlo y no tenía nada que ver con que fuera su jefe. No tenía nada que ver con el trabajo.

Ella necesitaba que Griffin la necesitase. Nadie la había necesitado nunca y quería eso, necesitaba eso, más de lo que hubiera podido imaginar.

Y por eso precisamente tenía que alejarse.

Tal vez Griffin la necesitaba en ese momento, pero era algo temporal porque su vida era un caos. Ella representaba su antigua y cómoda vida, era como una manta de seguridad.

Hasta ese momento no había entendido lo desesperadamente que quería que la necesitase. Pero sabiéndolo, entendiéndolo, tenía que escapar. Porque aunque la necesitase en ese momento, no la necesitaría para siempre. Y ella, sin embargo... ella sí porque lo

amaba.

–Griffin...

–Sydney, lo siento.

Ella lo miró, desconcertada.

–¿Por qué te disculpas?

–Prometí que no nos acostaríamos juntos mientras fuera tu jefe y...

–En realidad, no lo prometiste –se apresuró a corregirlo ella para animarlo un poco–. De hecho, la idea te hacía muchísima gracia.

–Sé que no es esto lo que quieres. Te he traicionado.

Unas semanas antes habría pensado que esa expresión torturada era una farsa, pero ahora sabía que no era así. Sabía que, a pesar de su familia, de su arrogancia, de su encanto natural, Griffin Cain era un hombre decente. Tal vez el hombre más decente que había conocido nunca.

Y entendía eso como no podría haberlo entendido unas semanas antes. Incluso veinticuatro horas antes.

Le rompía el corazón pensar que estaba preocupado por haberla traicionado. Con todos los problemas que tenía en ese momento, el destino de una compañía multimillonaria sobre sus hombros, los problemas de su familia y sus sueños de dirigir Hope2O, estaba preocupado por ella. Porque él era así de compasivo. Y la asombraba.

De modo que se sentó sobre sus rodillas, con una pierna a cada lado, la sábana como única barrera. La necesitaba porque se sentía demasiado vulnerable en ese momento.

–No me has traicionado. Esto es lo que quería, lo que los dos necesitábamos.

Griffin la estudió en silencio durante unos segundos antes de asentir con la cabeza.

–De todas formas, lo lamento.

–Sé que no quieres manipular y controlar a la gente a tu antojo. No quieres ser como tu padre, pero te aseguro que no te pareces nada a Hollister. En absoluto. No te pareces a nadie de tu familia.

–Te equivocas –Griffin se levantó bruscamente y la depositó sobre la cama–. Me parezco más a mi padre de lo que tú crees. Te he mentido, Sydney.

Ella tragó saliva, sintiendo que se le paraba el corazón.

–¿En qué sentido?

–Todo este jaleo con mi familia, la estúpida búsqueda de la heredera en la que nos ha metido mi padre, la complicada telaraña de mentiras que ha tejido mi madre... todo eso podría haberse evitado si alguien contase la verdad. Si hubieran sido honestos sobre su matrimonio todo habría sido diferente. Y yo no quiero parte de un legado de mentiras, secretos y engaños.

Sydney lo dejó hablar. Fuese cual fuese la mentira que le había contado, no podía ser nada serio. Lo conocía demasiado bien.

–Quiero ser totalmente sincero contigo –siguió él, mientras se ponía los vaqueros–. No tengo intención de seguir siendo el director de la Compañía Cain.

–Lo sé, me lo has dicho muchas veces.

–La única razón por la que acepté el puesto es que mi padre amenazó con desheredarme si no trabajaba para la empresa durante al menos diez años.

–No hay que ser un genio para ver que tu trabajo allí no te hace feliz.

–Es algo más que eso. No es solo que no quiera trabajar para la Compañía Cain, es que tengo otros planes. Cosas que he ido haciendo durante estos años, pero en las que no podía concentrarme del todo porque...

–Lo sé –dijo Sydney entonces.

–¿Lo sabes?

–Sé lo de Hope2O.

–¿Qué? ¿Cómo? –exclamó Griffin, dando un paso atrás–. ¿Cómo has podido enterarte? ¿Dalton lo sabe también?

–Dalton no sabe nada. Me lo ha contado Sharlene.

–¿Y no estás enfadada?

–¿Por qué iba a estar enfadada? Me parece algo generoso y admirable.

–Algunas mujeres se sentirían engañadas.

–Tú nunca me has engañado. Sencillamente, eres reservado sobre esa parte de tu vida. Hay una gran diferencia.

–Eso lo dices ahora, pero puede que cambies de opinión cuando hayas tenido tiempo de pensarlo. Después de todo, empezaste saliendo con un hombre rico que estaba a punto de heredar millones, no con un hombre que trabaja para una organización no gubernamental.

–No creerás que salía contigo por tu dinero, ¿verdad?

–No, supongo que no –asintió Griffin.

Había un tono de finalidad en su voz, como si hubiera tomado una decisión. Y Sydney no sabía si quería que la compartiese con ella. No sabía si entrar en su intimidad era lo que debía hacer cuando aquella relación no tenía futuro.

Capítulo Catorce

Tal vez era un idiota, pero no se dio cuenta de que a Sydney le pasaba algo hasta que llegaron a su casa.

–Tardaré solo un momento en cambiarme. ¿Te importa esperar aquí? –le preguntó.

–Prefiero entrar –respondió Griffin, sin darse cuenta de que tal vez estaba pidiéndole que no entrase en su casa.

–Hay refrescos en la nevera –murmuró ella antes de cerrar la puerta de su dormitorio, dejándolo en el salón sin saber qué hacer.

Normalmente, Sydney no era tímida. Se había y se desnudado delante de él numerosas veces en el pasado. ¿Por qué de repente cerraba la puerta? ¿Estaba enfadada por haberse acostado con él en el hotel?

Mientras se cambiaba de ropa, él curioseó por la casa, seguramente construida en los años treinta, pero reformada. La cocina era abierta y moderna, con una isla de granito entre el salón y la cocina. El estudio seguramente podría usarse como segundo dormitorio, pero Sydney había hecho construir estanterías y había un sillón Eames en el centro de la habitación.

Había un gato de color castaño sobre el sillón, pero cuando intentó tocarlo el animal abrió un ojo y gruñó amenazadoramente.

La casa estaba decorada con lo que parecían antigüedades, mucha madera clara y líneas modernas. Los muebles habían sido cuidadosamente elegidos y estaban bien cuidados. Parecían heredados de sus abuelos, aunque él sabía que no era así.

–No sabía que tuvieras un gato –le dijo, apoyando un hombro en el quicio de la puerta.

–Ah, sí. Se llama Grommet –Sydney salió unos segundos después con unos vaqueros y un jersey de color verde musgo–. Le gusta el queso.

Estaba guapísima. Siempre lo estaba, pero aquel atuendo tan informal era raro en ella, que solía llevar traje de chaqueta a la oficina.

–¿Estás lista?

–Verás, creo que es mejor que yo no vaya a tu casa.

–¿Vas a dejar que mi familia te intimide?

–No, no es eso. Es que... –parecía estar buscando las palabras. Sydney, a quien nunca faltaban palabras para nada.

–¿Qué ocurre?

–Creo que deberías hacer esto solo.

Griffin frunció el ceño al ver que se mordía los labios, indecisa.

–Te necesito a mi lado. Necesito la voz de la razón en esa casa de locos. Necesito alguien que pueda ver las cosas desde fuera, tú misma lo dijiste.

–Sí, pero no... –por fin, Sydney lo miró a los ojos–. No creo que yo sea la voz de la

razón.

Griffin pensó en todo lo que su madre y su padre le habían hecho pasar durante toda su vida. Cada vez que se peleaba con ellos tenía que hacerlo solo... nadie se había puesto nunca de su lado.

Hasta aquel momento, hasta Sydney.

Sydney lo era todo para él y daba igual lo que pasara, no iba a apartarla de su lado.

Y por eso la besó, poniendo en aquel beso todas las cosas que no podía decirle hasta que el problema con su familia hubiera sido resuelto.

–Te necesito a mi lado –dijo luego.

Y Sydney no discutió.

Encontraron a su madre en casa, sentada al lado de la cama de Hollister, leyendo la sección financiera del periódico en voz alta. La mayoría de los días era imposible mantener una conversación privada con sus padres, pero la enfermera debía haber aprovechado que Caro estaba allí para descansar un rato.

Sydney le había hecho un gesto, como diciendo que esperaría en el pasillo, pero Griffin la tomó del brazo con firmeza.

No sabía si conocía a su padre personalmente, pero si su frágil aspecto la sorprendió, no dijo nada.

Teniéndola a su lado, Griffin veía a Hollister con otros ojos, notando cosas que no había notado antes. Por ejemplo, que su piel era tan fina como el papel, que tenía los ojos hundidos, que los tubos y aparatos a los que estaba enganchado le daban mayor apariencia de fragilidad.

Pero no dejó que ese momento de empatía lo detuviese. Entró en la habitación y tiró las fotos de la misteriosa niñera sobre la cama. Sus padres levantaron la cabeza, sorprendidos.

–¿Qué significa esto? –preguntó Caro.

–Yo iba a hacerte la misma pregunta.

Hollister levantó una temblorosa mano para tomar las fotografías... antes de soltarlas de nuevo con un suspiro de desdén.

–¿Esto es todo lo que has encontrado? ¿Una fotografía de hace treinta años?

Griffin no quería hacer aquello, pero no era él quien había empezado.

–Esa fotografía de hace treinta años es de la mujer que escribió la carta. Trabajó aquí como niñera cuando yo acababa de nacer y me niego a creer que ninguno de los dos la recuerda. Especialmente porque vino siguiendo a Hollister y robó la alianza de mamá. Según Sharlene Sheppard, antes de desaparecer Vivian te sacó de tus casillas hasta tal punto que llamaste a la policía. ¿Vais a decirme que no la recordáis?

Hollister lo fulminó con la mirada y la ira que había en sus ojos era lo bastante fuerte como para abolir cualquier ilusión de fragilidad. Caro, en cambio, se había puesto tan pálida como las sábanas.

–Quiero respuestas y las quiero ahora porque estas podrían ser las últimas palabras que me dirijáis –les advirtió Griffin.

Hollister emitió un bufido de incredulidad y su madre apretó el periódico hasta arrugarlo. Pero luego lo dobló cuidadosamente y se levantó para mirar por la ventana.

–Todo esto es culpa de tu padre.

–Por supuesto. Siempre es culpa mía –dijo Hollister, irónico.

Caro soltó una amarga carcajada que hizo eco en la habitación.

–Porque lo es, pero en esta ocasión más que nunca –respondió, volviéndose para mirar a su marido–. ¿Por qué no podías dejarlo estar? ¿Por qué no podías recibir la carta, sentirte traicionado y aceptar que hay alguien en el mundo a quien no puedes aplastar y controlar? ¡Eso era lo que deberías haber hecho, maldita sea!

Hollister parpadeó, sorprendido. Por primera vez en su vida, su expresión no era arrogante o desafiante sino desconcertada.

–¿Qué quieres decir?

Y, de repente, Griffin lo entendió todo. Entendió lo que debería haber sido evidente desde el primer momento.

–Madre, ¿qué has hecho?

–¿Caro? –la llamó Hollister, su voz extrañamente hueca.

Ella, que parecía muy frágil de repente, se abrazó a sí misma.

–Yo no quería que esto pasara. Quería castigarte, hacerte tanto daño como tú me habías hecho a mí tantas veces. Y sabía que te volvería loco no saber nada más sobre tu hija.

–Así que tú enviaste la carta –murmuró Griffin. Pero Caro no respondió–. Por amor de Dios, ¿no puedes ser sincera por una vez en tu vida? ¿No puedes...?

–Sí, la envié yo –lo interrumpió su madre–. Jamás imaginé que tu padre haría lo que ha hecho.

–Pero cuando nos reunió a todos aquí, cuando nos mostró la carta y nos retó a encontrar a esa chica, ¿por qué no lo dijiste entonces?

–¡Porque lo había perdido todo! Hollister me había dejado fuera de su testamento. Lo único que tenía era la esperanza de que encontraseis a la chica, os quedaseis con las acciones y tuvierais compasión de mí.

–Madre, tú...

–¿Tú sabes lo difícil que era intentar daros pistas sin delatarme? ¿Lo que me ha costado que Dalton no lo descubriese todo? ¿Lo complicado que era daros información sin revelar nada?

Su madre parecía al borde de la histeria y Griffin sacudió la cabeza. Estaba harto de sus manipulaciones. Si se hubiera enfrentado a Hollister una sola vez tal vez podría sentir simpatía por ella, pero había visto cómo sacrificaba su orgullo, su dignidad y a sus hijos para conseguir lo que quería. Jamás se enfrentaría con Hollister porque hacerlo pondría en peligro su situación económica y su estatus social. Otra mujer se habría divorciado años atrás, pero Caro era o demasiado orgullosa o demasiado avariciosa.

Su marido la miraba con gesto de desagrado.

–Caro, eres una tonta ignorante.

Los tres se volvieron hacia la cama. Era la misma frase que se mencionaba en la carta y Griffin sintió una punzada de simpatía por su madre. Por manipuladora y mentirosa que fuera, no merecía que su marido le hablase de ese modo y menos delante de una extraña.

–¿Hay alguna verdad en esa carta, madre? ¿Hollister tiene una hija o te la has inventado?

Caro apretó los labios, sus ojos llenos de lágrimas.

–Vivian era la niñera de Dalton. Tuvo una hija y creo que esa hija es de Hollister. ¿Por qué si no estaría obsesionada con él? ¿Por qué si no se habría llevado la alianza de su madre?

–Tal vez estaba enfadada porque la habías despedido. ¿No se te ocurrió que podría ser eso?

–No –Caro negó con la cabeza–. Si solo estuviera enfadada se habría llevado algo de valor... unos cubiertos de plata o un billete de quinientos dólares que hubiera encontrado sobre la cómoda. Yo no me había puesto el anillo de compromiso ese día, pero no se llevó el anillo sino una alianza que apenas valía nada.

Griffin se volvió hacia su padre.

–Muy bien, entonces dínoslo tú. ¿Te acostaste con esa chica?

Hollister ni siquiera miró la fotografía.

–Por supuesto que sí, pero Vee resultó estar loca. Me perseguía, consiguió un trabajo aquí como niñera... pero yo me negué a verla.

–¿No sabías que estaba embarazada?

–¿Crees que estaríamos teniendo esta conversación de haberlo sabido? –replicó su padre–. Pero no pienses que has ganado. Identificar a la madre de la niña nunca ha sido el desafío y me da igual quién enviase la carta –Hollister hizo una pausa para tomar aliento–. Tienes que encontrar a la chica –dijo luego, con un hilo de voz.

–No tengo que encontrar a nadie –replicó Griffin–. Pero si Cooper quiere hacerlo, podrá empezar a buscar por ahí.

–¿Qué estás diciendo?

–Que no quiero saber nada de este asunto.

–¿Qué? –exclamó Sydney. Era la primera vez que intervenía en la conversación y todos se volvieron para mirarla; Caro con los ojos llorosos, Hollister como si no supiera que estaba allí y Griffin con una sonrisa en los labios.

–Se acabó. Igual que Dalton, me niego a seguir buscando a esa chica. Y se acabó trabajar para la Compañía Cain. Estoy cansado de pertenecer a una familia tan enferma– Griffin se acercó a Sydney y le ofreció su mano–. Vámonos.

Sydney dejó que la sacase de la casa. Iba a tal velocidad que sus pies apenas tocaban el suelo, pero antes de subir al coche, clavó los tacones en la hierba.

–Espera un momento.

Él se volvió para mirarla, como esperando que hubiese perdido un zapato.

–¿Qué?

Él quería seguir adelante, subir al coche, pisar el acelerador y marcharse de allí sin mirar atrás. Sentía la misma descarga de adrenalina que había experimentado antes, pero en lugar de empujado por la ira en aquella ocasión era una sensación de libertad.

–Estás cometiendo un error –dijo Sydney.

–¿Qué? No te entiendo.

–Dejar de buscar a esa chica, dejar la empresa, todo es un error. Tienes que volver y decirles que has cambiado de opinión.

Griffin soltó una carcajada.

–¿Estás loca? ¿Es que no has escuchado la conversación? No voy a cambiar de opinión, se terminó. No quiero saber nada de esta familia.

–No puedes dejar la Compañía Cain.

Sydney contuvo el aliento mientras esperaba su respuesta. Sabía que estaba dolido, enfadado, pero en lugar de gritar Griffin soltó otra risotada.

–Si Dalton puede dejarlo todo, yo también.

–Pero ahora la Compañía Cain eres tú. ¿Qué harás si lo dejas todo?

–¿Qué más da? Podemos viajar, ir donde queramos, casarnos.

Ella levantó las manos.

–Un momento, un momento. ¿Ahora quieres casarte?

Griffin pero se encogió de hombros.

–¿Es que no lo entiendes? No tengo que seguir siendo parte de esta familia, puedo hacer lo que quiera. Puedo casarme con quien quiera.

Era peor de lo que había pensado. Había esperado que se agarrase desesperadamente a su relación por familiaridad, pero aquello era un desastre. No se le había ocurrido que Griffin intentase asociarla a la rebelión contra su familia, pero eso no era ser el amor de su vida. A pesar de la proposición, en lo que debía ser un ataque de delirio, Griffin no había mencionado la palabra «amor».

¿Y por qué iba a hacerlo? Sí, se acostaban juntos, pero eso no significaba que hubiese una emoción real por su parte.

Si ella fuera otra persona, si no fuese alguien que necesitaba ser necesitado, podría arriesgarse. Podría decir que sí, esperando que Griffin se enamorase de ella con el tiempo, pero Sydney Edwards, Sinnamon Edwards, necesitaba ser amada de verdad.

Pero no podía contarle eso porque Griffin era muy listo y si pensaba que necesitaba palabras de amor para convencerla, seguramente las pronunciaría. Aunque fuesen palabras vacías.

–No puedes escapar de tu vida –le dijo.

–¿Por qué no? ¿Qué me retiene aquí?

–Tu trabajo, por ejemplo.

Él la miró, sorprendido.

–¿Tanto te importa mi trabajo?

–Claro que me importa. Me importa la Compañía Cain y a ti también, pero eres demasiado terco como para verlo. Todo este tiempo buscando a la heredera, planeando recuperar a Dalton como director y no has visto que tú podrías ser tan buen director como él. Incluso mejor.

Griffin dio un paso atrás.

–¿Crees que debería quedarme, encontrar a la heredera y seguir siendo el director de la compañía? ¿Entonces nos casaríamos?

El comentario parecía más una pulla que una proposición, de modo que Sydney no se molestó en responder.

–Lo importante es encontrar a tu hermana. Crees que puedes huir a África para reinventarte a ti mismo, pero no puedes. Crees que la única manera de saber si alguien te quiere por ti mismo es renunciar al dinero de tu familia, pero es una tontería.

–¿Ah, sí? –el tono de Griffin era helado.

–Tú eres quien eres, con el dinero de tu padre o sin él. Y si te marchas ahora, te estarás robando a ti mismo la posibilidad de ser la persona que debes ser.

–¿Y quién es esa persona, alguien con mucho dinero?

–Alguien que podría tener una hermana por ahí, alguien que es un buen director. Piensa en la gente que trabaja para la Compañía Cain: Jenna, Peyton, Marion, hay miles de empleados que dependen de la empresa. ¿De verdad vas a darles la espalda? ¿Vas a dejarlos en la calle?

–Entonces, ese es tu plan: que me quede como director en la empresa y tú estarás a mi lado. Porque, seguramente, cuando valga cientos de millones de dólares se te quitará el miedo de ser la secretaria que se acuesta con su jefe.

Muy bien, no estaba haciéndose el tonto, sencillamente era tonto.

–¿Crees que me interesa tu dinero?

–Creo que tienes mucho que ganar. Has dicho muchas veces que el sueldo de la Compañía Cain te daba seguridad, de modo que o te quedas como secretaria o te casas con un hombre rico. En cualquier caso, tu seguridad económica estaría garantizada, ¿no?

–¿Eso es lo que piensas, que solo me interesa el dinero?

–¿Por qué si no intentas convencerme para que me quede?

–Porque quiero lo mejor para ti, idiota. ¿No se te ha ocurrido pensar eso?

–No, no se me ha ocurrido. ¿Y sabes por qué? Porque si sabes de Hope2O y entiendes lo que hago allí, deberías entender que nada me haría más feliz que meter el dinero de la compañía en esa organización benéfica, donde de verdad se ayuda a miles de personas que no tienen nada.

–Lo entiendo perfectamente –replicó ella, tan enfadada que le gustaría darle un empujón–. Entiendo que tu familia te tiene hecho un lío y que crees que nadie te querrá nunca por ti mismo. Piensas que necesitas redimirte o ganarte el respeto de los demás poniendo todo tu dinero en esa organización.

–Yo no...

–Lo entiendo –lo interrumpió Sydney–. Y eso sería muy conveniente, ¿no? Porque

entonces no tendrás que preguntarte si la gente te quiere por tu dinero y no tendrás que aprender a confiar en alguien solo por sus méritos. Eso sería perfecto, ¿no?

Griffin se negaba a reconocer la verdad que había en sus palabras y se limitó a sacudir la cabeza.

–Y tal vez eso habría funcionado si a tu padre no se le hubiera ocurrido ese maldito concurso –siguió Sydney– pero lo ha hecho y ha estropeado tus planes. Quieras admitirlo o no, te importa la compañía, te importa esa gente. Y si te vas ahora, acabarás lamentándolo toda tu vida. Tú sabes lo que pasará si no juegas al juego de Hollister, ¿no? Cooper no está interesado en la empresa, él tiene su propio negocio, así que la Compañía Cain terminará en manos del Estado. O Sheppard Capital la comprará y la desmantelará poco a poco.

–Cooper...

–Aún no he terminado –lo interrumpió Sydney–. Sí, sabrás que una mujer te quiere por ti mismo, eso estará garantizado porque los dos viviréis en África con el salario mínimo. Pero para garantizar tu felicidad personal tendrás que sacrificar miles de puestos de trabajo.

Terminó la frase con rabia, ella, que nunca perdía los nervios, que nunca se había enfadado con él, ni siquiera cuando se enteró de que había leído su informe personal.

Pero había perdido los nervios porque estaba siendo un tonto y no sabía lo que era bueno para él y para los demás.

Griffin la miraba como si hubiese perdido la cabeza.

–¿De verdad vas a sacrificar la Compañía Cain para tener cierta garantía de que la gente te quiere por ti mismo? ¿Estás dispuesto a hacer ese sacrificio?

–¿Y si fuera así?

–Entonces no eres el hombre que yo creía que eras.

–A ver si lo adivino: si soy el hombre que puede renunciar a quinientos millones de dólares, entonces no quieres estar conmigo.

–El dinero no tiene nada que ver.

–Responde a la pregunta, Sydney: si dejo la Compañía Cain, te pierdo. ¿Es así?

–Eso es lo que no entiendes. Para empezar, nunca me has tenido.

–¿Estás segura? Porque creo recordar que te tuve hace una hora.

–Muy gracioso –replicó ella–. Si no eres capaz de dar razones, utiliza el sexo para hacerme sentir mal. No quieres ser cruel o manipulador como tu familia, pero te pareces mucho.

–Ah, entonces te va a encantar esto. No quieres ser la chica que se acuesta con su jefe para salir adelante, ¿no? Muy bien, ya no eres esa chica. Estás despedida.

Sydney soltó una amarga carcajada.

–Te demandaría por despido improcedente, así que olvídalo. ¿Quieres saber la verdadera razón por la que no me casaría contigo? Porque estás equivocado. Esto no tiene nada que ver con el dinero o con el control de la Compañía Cain. Es que lo he visto venir desde el principio. Sabía desde el primer día que acabarías aburrido y frustrado y te apartarías de mí.

–Así que tú me has apartado antes de que lo hiciera yo, ¿es eso? Da igual, estás despedida.

Sydney estaba tan enfadada que no podía responder. Aunque no creía que fuese a despedirla, y lo demandaría si se atreviese a hacerlo, no podía creer que se atreviese a amenazarla.

–No puedes despedirme porque has dejado tu puesto en la empresa, ¿no? Ya no eres mi jefe.

–Solo le he dicho a mis padres que me iba, pero me quedaré el tiempo suficiente para que no vuelvas a trabajar allí.

–¿Entonces aguantarás algo que no soportas solo para hacerme la vida imposible? –Sydney tragó saliva, con el corazón roto–. Tu padre estaría orgulloso de ti, Griffin Cain.

Capítulo Quince

Pensaba que Griffin iría tras ella.

Incluso después de las cosas horribles que se habían dicho, incluso con el corazón roto, de verdad esperaba que fuese tras ella. Aunque solo fuese porque estaba a kilómetros de su casa y no tenía coche.

Pero no fue tras ella.

Tardó una eternidad en salir de la finca, notando que Griffin seguía de pie, mirándola, con los puños apretados, viendo cómo se alejaba de él.

Esa imagen fue lo único que evitó que se derrumbase porque, pasara lo que pasara, no iba a llorar delante de él. No eran sus fuerzas lo que la mantenía en pie sino el orgullo y la terquedad.

Lo había perdido todo a los siete años; todo lo que conocía le había sido arrebatado, aunque fuese un asco. Pero una vez que lo perdió todo supo que era capaz de sobrevivir. Podía estar muerta de miedo, pero seguiría adelante pasara lo que pasara.

De modo que siguió caminando, poniendo un pie delante de otro hasta que por fin salió de la finca. Y siguió caminando por el borde de la carretera hasta que tuvo que admitir que se había perdido.

Sentándose a la sombra de un roble, sacó su iPhone del bolso y buscó el mapa en Google. Había siete kilómetros hasta su casa. Podrían ser veintisiete, daba igual, no tenía energía para seguir caminando y decidió llamar a Tasha.

–¿Qué ocurre, Sydney? Es muy raro que me llames durante el día.

Solo quería pedirle que fuese a buscarla, pero al final, le contó toda la historia.

–¡Lo mato! –exclamó Tasha, indignada.

Sydney soltó una carcajada.

–No creo que...

–No, en serio, creo que deberíamos matarlo. Marco, Jen, George... todos crecimos en la calle antes de llegar a casa de Molly. Alguno tiene que conocer a un asesino a sueldo.

De nuevo, Sydney rio.

–Por el momento, solo necesito que alguien me lleve a casa.

–Cariño, ya estoy en el coche. Llegaré en quince minutos.

Trece minutos después, Sydney subía al coche de su hermana de acogida, que era la peor conductora del mundo. Pero aquella era la primera vez que no temía por su vida. Sencillamente, estaba como anestesiada después de lo que había pasado.

–Nunca te había visto llorar –dijo Tasha, al ver que se sonaba la nariz.

–No creo que nadie me haya visto nunca –respondió Sydney–. No sé qué voy a hacer.

–No puede despedirte así como así.

–No creo que vaya a hacerlo. Entrará en razón y se dará cuenta de que sería

absurdo. El problema es cómo voy a seguir trabajando allí. No puedo verlo todos los días. Y aunque encontrase otro puesto en la empresa, seguiría trabajando para él porque es el director.

Y allí estaba, la razón número uno para no acostarse con su jefe.

–Encontrarás otro trabajo, no te preocupes.

–¿Con esta crisis? Podría tardar meses. Sí, tengo algunos ahorros, pero... –Sydney sacudió la cabeza–. Puedo vender la casa. Tendría que encontrar un apartamento en el que admitan gatos, pero tampoco necesito mucho espacio.

Tasha soltó una risita.

–No voy a dejar que vendas tu casa. Me has ayudado a pagar mis estudios, así que estoy en deuda contigo.

–No me debes nada –protestó Sydney.

–Podríamos vivir juntas, así pagaríamos la hipoteca a medias. Incluso podríamos arreglarnos con un solo coche si es necesario. Eres mi hermana y no voy a dejar que vendas tu casa. No hay nada más que decir.

Las palabras de Tasha deberían haber hecho que se sintiera mejor, pero solo consiguieron hacerla llorar más.

Griffin le había robado la red de seguridad por la que tanto se había esforzado durante toda su vida. Había trabajado y ahorrado sin descanso para llegar donde estaba... o más bien donde estaba una semana antes. Y por haberse acostado con Griffin, lo había perdido todo.

Debería estar desolada, debería hacerse un ovillo y llorar hasta que no le quedasen lágrimas. Y estaba desolada, pero no por el trabajo, el dinero o la seguridad. Podía vivir sin todo eso. Tendría que empezar de nuevo, pero ella era una experta.

No, lo que la tenía desolada era haber perdido a Griffin. Cierto, nunca lo había tenido, pero en el fondo de su corazón lo creía así. Su corazón soñaba lo que su razón nunca se había atrevido a imaginar: una vida con Griffin. Sería feliz en Houston, trabajando en la Compañía Cain o en África. Iría a cualquier sitio para estar con él. Desgraciadamente, Griffin ni la quería ni la necesitaba.

Superaría perder el trabajo, pero tal vez jamás se recuperaría de haberlo perdido a él.

Al final, Tasha no tuvo que irse a vivir con ella y la búsqueda de un nuevo trabajo terminó no siendo horrible ni larga. El día después de su pelea con Griffin renunció a su puesto en la Compañía Cain. Al principio, él se negó a aceptarla e incluso intentó ofrecer una tensa disculpa, pero Sydney no quiso escuchar. Dejó una carta sobre su escritorio y se marchó.

Cuatro días después, recibió una llamada de Sheppard Capital. Sharlene le ofrecía un puesto de trabajo.

Al principio, tuvo la tentación de rechazarlo porque no quería caridad y menos que

Griffin intentase librarse del sentimiento de culpa usando sus contactos...

–No digas tonterías –le había dicho Sharlene–. Griffin no me ha llamado, ha sido Dalton. Se enfadó mucho con su hermano por ponerte en esta situación. Él mismo quería contratarte, pero no abrirá su nueva empresa hasta dentro de unos meses, así que decidí adelantarme. Después de todo, sé que eres una fantástica secretaria de dirección, él mismo me lo ha dicho.

Sydney dejó que Sharlene la convenciese porque necesitaba el trabajo y el sueldo era casi el mismo que recibía en la Compañía Cain.

Llevaba allí una semana cuando Griffin entró en la oficina.

Eso era lo único que no había anticipado cuando aceptó el puesto y verlo fue como un golpe en el estómago.

–¿Te espera la señora Sheppard? –le preguntó, intentando controlar las lágrimas.

–No –respondió él, muy serio–. No he venido a verla a ella.

Sydney no tenía energía para ser amable cuando lo único que quería era ponerse a llorar. Durante un mes o dos.

–Entonces, dime a quién quieres ver.

–He venido a verte a ti –Griffin sacó una tarjeta del bolsillo.

–Escúchame...

–Mira la tarjeta, maldita sea.

La tarjeta tenía el logo de la Compañía Cain a la izquierda, en el centro el nombre Griffin Cain y debajo Presidente y Director Ejecutivo.

–No entiendo.

–Llevo dos semanas y media trabajando sin descanso para convencer al consejo de administración de que me hicieran presidente y director ejecutivo. Le he suplicado a mi padre, he pedido todo tipo de favores... no voy a dejarlo, no voy a abandonar la Compañía Cain.

Griffin tiró de ella para levantarla de la silla y luego, sin dejarla protestar, clavó una rodilla en el suelo y sacó una cajita del bolsillo. Dentro había un sencillo anillo con un solitario de diamantes.

–¿Ahora te casarás conmigo, por favor?

Verlo de rodillas ante ella, el anillo, la proposición... era como un cuento de hadas y la angustiaba tener que rechazarlo.

–Griffin, yo... –Sydney sacudió la cabeza. Las lágrimas no le permitían hablar.

–No me digas que no.

–No puedo decir que sí.

–¿Por qué?

–Porque yo no te importo de verdad.

Para su sorpresa, él se incorporó soltando una carcajada.

–Eso es ridículo, claro que me importas. Te quiero.

El corazón parecía querer salirse de su pecho y echarse en las manos de Griffin.

–No es verdad.

–Te quiero. Sé que crees conocerme, pero no puedes decirme lo que siento.

Sydney no podía mirarlo a los ojos, así que miró el último botón de su camisa.

–No lo dices de verdad.

–Lo digo de todo corazón.

–Crees estar enamorado de mí, pero yo sé que no es así. Solo es sexo y familiaridad.

–Un sexo genial –Griffin levantó su barbilla con un dedo–. Y amor.

Le gustaba tanto estar a su lado otra vez, sentir el calor de su cuerpo...

–Las cosas han sido muy complicadas en las últimas semanas y estás desconcertado. Si crees amarme es porque yo soy lo único estable en tu vida ahora mismo y...

–¿Crees que tú eres lo único estable en mi vida? Sydney, me vuelves loco. Me haces sentir cosas que nadie más me ha hecho sentir. Eres lo único inestable en mi vida.

–Yo...

–Tenías razón sobre muchas cosas. Mi obligación era seguir siendo el director de la Compañía Cain, pero no tienes razón sobre por qué te pido que te cases conmigo. No te lo pido porque seas lo único estable en mi vida sino porque te quiero en ella.

–Pero no me quieres de verdad.

–¿Por qué crees que no te quiero?

–Si me querías, ¿por qué no me hablaste nunca de Hope2O?

–Si me querías, ¿por qué no me hablaste nunca de tu infancia?

Ella lo miró, boquiabierta. Y se dio cuenta de que no tenía una respuesta.

Griffin sonrió.

–Los dos teníamos secretos, los dos somos personas reservadas y esta loca búsqueda de la heredera lo ha puesto todo patas arriba, pero eso no es malo. Si no hubiera pasado, seguramente habríamos tardado más tiempo en llegar aquí, pero no tengo la menor duda de que habríamos llegado aquí tarde o temprano. Te quiero, Sydney, te he querido desde el primer día.

–Pero...

–Llevo dos semanas viajando por todo el país para hablar personalmente con todos los miembros del consejo de administración. Tenía que convencerlos de que yo debía estar a cargo de la empresa de manera definitiva para poder hacer la proposición como quería hacerla. Metí la pata cuando te pedí que te casaras conmigo y quería hacerlo bien esta vez –de nuevo, volvió a clavar la rodilla en el suelo y le ofreció la cajita–. Sydney Edwards, ¿quieres casarte conmigo?

Y, de repente, Sydney se puso a llorar. Ella, que jamás lloraba delante de nadie, estaba llorando de nuevo. No dijo que sí, porque no podía. Se limitó a asentir con la cabeza hasta que Griffin se levantó y la besó en los labios.

Por fin, mucho tiempo después, Sydney se apartó para mirarlo a los ojos.

–Supongo que no es buen momento para devolver la llave de tu apartamento.

Griffin frunció el ceño, como si no supiera de qué estaba hablando.

–Ah, la llave. ¿Por qué no te la quedas? Puede que te venga bien mientras hacemos los planes de boda.

Estaba a punto de besarlo cuando se dio cuenta de que llevaba el mismo jersey de cachemir que había llevado a la primera reunión del consejo.

–Llevas el jersey de Dalton.

–Según tú me quedaba bien, así que se lo pedí como regalo. Y él dijo que me regalaría todos sus jerséis si dejaba de lloriquear y venía a buscarte de una vez.

Sydney le dio un puñetazo en el hombro.

–No estarías lloriqueando, ¿verdad? Tú no eres de los que lloriquean.

–No, ya no –respondió Griffin, envolviéndola en sus brazos.

Epílogo

–Ahora lo sabemos con certeza: esta es la chica que estamos buscando –anunció Griffin, poniendo las dos fotografías sobre la otomana, frente al sofá.

Sydney entró en el salón con una bandeja de café y Griffin le regaló una sonrisa que ella le devolvió, preguntándose cómo había tenido tanta suerte.

Dalton le pasó una taza a Laney, que estaba sentada a su lado en el sofá, y otra a Cooper, que estaba de pie.

Sydney había conocido al hermanastro de los Cain esa mañana, en la boda de Dalton y Laney, un discreto evento celebrado en el jardín para que Hollister pudiese presenciarlo desde su silla de ruedas.

–No has hecho grandes progresos, ¿no? –se burló Cooper, mirando las fotografías.

–He estado ocupado llevando la empresa –respondió él, molesto.

«Ocupado» era decir poco. Griffin trabajaba sin descanso, con el mismo fervor que dedicaba a Hope2O. Sharlene se había unido al proyecto y estaban intentando involucrar a Dalton. Entre los tres, la organización benéfica sería un gran éxito, no tenía la menor duda.

–Hollister se encuentra un poco mejor, pero no podemos esperar para siempre –siguió Griffin.

–Es verdad –asintió Dalton–. Tenemos que encontrar a esta chica.

Cooper los miró enarcando una ceja.

–¿Basándoos en un par de viejas fotografías?

Sydney se sentó en el brazo del sofá.

–Sabemos que es la chica. La foto fue tomada hace años, pero debe ser de la edad de Griffin. Y esta mujer es su madre. Cuando trabajaba para los Cain usaba el nombre de Vivian Beck, pero creemos que podría no ser su nombre auténtico.

–¿Por qué?

–Porque hemos intentado localizarla por su número de la Seguridad Social, pero eso no nos ha llevado a ningún sitio, de modo que debe usar otro nombre –le explicó Griffin.

–O sea, que seguimos sin tener nada –dijo Dalton.

–No exactamente –Sydney tomó un sorbo de café–. Cuando le mostramos la fotografía a Hollister, él llamó Vee a la madre, no Vivian. Y admitió que había ido siguiéndolo a Houston. En otra conversación la llamó Victoria, así que comprobamos los informes de su vida laboral y...

–Se llama Victoria –terminó Dalton la frase por ella.

–¡Así que yo tenía razón! –exclamó Laney–. Victoria era el nombre de la madre, aparte de ser el nombre de una ciudad.

Él asintió, con expresión seria.

–En 1982, Hollister pasó tres meses en Victoria, Texas. Allí conoció, y seguramente dejó embarazada, a una mujer cuyo nombre era también Victoria. La ciudad no es

demasiado grande, no creo que sea tan difícil localizarla.

–Una vez que encontremos a la madre, habremos encontrado a la hija –dijo Griffin.

Cooper torció el gesto.

–¿Estáis seguros de que esa es la mujer que escribió la carta?

Sydney miró a Griffin de soslayo. Habían debatido si debían contarles que Caro era la autora de la carta...

–Sí –mintió él–. Estamos seguros de que es la chica que buscamos.

Cooper tomó un sorbo de café antes de dejar la taza sobre la mesa.

–Parece que lo tenéis todo controlado, ¿no? Muy bien, habéis ganado.

–No te he pedido que vinieras para restregártelo por la cara.

–¿Entonces para qué me has invitado?

–Ni Dalton ni yo hemos podido encontrar a esa chica y estamos cansados de los juegos de Hollister. Deberíamos unir fuerzas, Cooper. Necesitamos tu ayuda.

–¿Vais a dividir la compañía en tres partes?

–No, en cuatro partes –respondió Griffin–. Una vez que la encontremos, tendremos que darle una parte a ella. Después de todo, es nuestra hermana.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Table of Content